



se

ROMANCE, TRAICIÓN
Y UN SECRETO GUARDADO
POR SIGLOS

EL ÚLTIMO MANUSCRITO

MARÍA
CORREA
LUNA



Lectulandia

Una novela de amor y misterio en pleno siglo XXI que gira en torno a la búsqueda de los libros rescatados durante la quema de la biblioteca de Alejandría en el siglo III.

Emerio Beltrán, magnate de medios de comunicación, aparece ahorcado con los labios cosidos en la biblioteca del zoológico de Buenos Aires. Su hija Ana, médica forense, reconoce su cuerpo en compañía de Marcos Gutiérrez, apoderado de una editorial de la familia. Un día después, Ana recibe la noticia de que un antiguo novio que residía en España, Máximo Zaldívar, también fue asesinado. Para su asombro, el cuerpo de Máximo aparece colgado y con los labios cosidos.

A partir de ese momento, la vida de Ana se transformará para siempre. Acechada por La Legión, un grupo que busca destruir los libros rescatados en la quema de la biblioteca de Alejandría, deberá encontrar las pistas necesarias que la llevarán a desentrañar un secreto milenario. Un tesoro cuyo último custodio fue Eduardo Ladislao Holmberg, director y responsable del trazado del zoológico.

El último manuscrito es una novela policial deslumbrante, el inicio de una magnífica saga adictiva. María Correa Luna nos sumerge en una trama de intriga, suspenso y misterio con la fuerza de lo sugerido. Dos asesinatos, una búsqueda frenética, un romance y, sobre todo, una traición.

Lectulandia

María Correa Luna

El último manuscrito

El último manuscrito - 1

ePub r1.0

Titivillus 15.12.16

Título original: *El último manuscrito*
María Correa Luna, 2013

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*A Rufino,
por ser la luz en mi vida.
A Carlos, María, Rafael, Lucila y Manuel,
por todo y más.*

*Saldrá a la luz el libro escrito
que todo lo contiene, por el que
el mundo será juzgado.*

TOMMASO DA CELANO, siglo XIII

Capítulo I

Viernes

ANA Beltrán tenía el puño apretado, tan apretado que los nudillos se le habían puesto blancos. Sostenía un reloj pulsera que, en el apuro, no había logrado ponerse en la muñeca. Lo sujetaba tan fuerte que no lo notó hasta que el auto en el que la trasladaban llegó a destino y debió estirar la mano para abrir la puerta y bajar. Entonces miró el reloj. Eran las tres de la mañana. Tampoco se percató de que llevaba jeans y botas pero que había olvidado sacarse la camisa del pijama, de que no llevaba suéter y la campera que la abrigaba no era de ella. Se acomodó la correa de cuero del reloj en la muñeca y miró el cielo. No había luna, tampoco estrellas. Era una noche cerrada. Apenas distinguía los contornos de los recintos a su alrededor. Como si esa oscuridad infinita anticipara la escena con la que debía enfrentarse.

Criminóloga de profesión, Ana estaba acostumbrada a recibir llamados de la Policía Forense en horarios poco convencionales, por eso no le sorprendió que su celular sonara en la madrugada. Sin embargo, que el llamado fuera de Marcos Gutiérrez, director de la Editorial Centauro —propiedad de la familia Beltrán—, y que lo estuviera haciendo desde la puerta de su casa, significaba que era algo grave. Gutiérrez, a quien Ana conocía como la mano derecha de su padre desde que tenía memoria y a quien consideraba un sátrapa desde aquel verano nefasto, entró en el departamento y le dio la noticia sin preámbulos.

A partir de ese momento, los sucesos transcurridos entre que salió de su casa, frente al Botánico, y llegó al lugar de los hechos eran parte de una nebulosa. No sabía cuánto tiempo había pasado entre que escuchó de la boca del periodista que habían encontrado a Emerio Beltrán ahorcado en la biblioteca del Zoológico de Buenos Aires y el momento en que llegó al lugar. Solo quería tratar de recordar cuándo había visitado el zoológico por última vez; incluso frente a la gravedad del asunto, solo podía pensar que seguramente ya no venderían más los copos de algodón dulce y de color rosa que tanto le gustaban.

Toda la situación le resultaba ajena, como si sufriera un proceso de extrañamiento en el que ella era una observadora más, como en cada caso en el que trabajaba. Ana Beltrán estaba acostumbrada a ver los crímenes más macabros, pero no estaba preparada para ver a su padre colgado.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo. No quería pensar. Se acomodó la campera sobre el pecho y dejó que Marcos Gutiérrez la guiara en silencio. Trataba de concentrarse en su respiración, en el frío que sentía en la punta de los dedos, en los pies entumecidos por la helada de la madrugada, en lo insólito de estar caminando por las callecitas internas del zoológico, en medio de una oscuridad inmensa y acompañada por dos agentes de seguridad nacional.

Su mente se desviaba a los copos de algodón y sus pensamientos erráticos se perdían entre el rumor del viento que disimulaba las voces de sus escoltas cuyas linternas no iluminaban lo suficiente como para ver por dónde pisaban. Ella caminaba como un autómatas, escuchando su propia respiración mezclada con el murmullo nocturno del parque. Volvió a arrojarse con la campera, se frotó las manos contra los jeans y trató de calentarlas. Continuó firme detrás de Gutiérrez y de los dos oficiales que se abrían paso rumbo a la biblioteca.

Marcos Gutiérrez aminoró el paso y se acercó a ella. Se arrimó lentamente y le apoyó la mano izquierda sobre el hombro. Ana levantó la mirada del suelo y agradeció con un leve movimiento de cabeza el gesto. De alguna manera, Gutiérrez quería aliviar la situación. Aunque fuera imposible, al menos quería que ella supiera que contaba con él. Era consciente de que no habían quedado en buenos términos, y que la criminóloga no olvidaba lo sucedido entre ambos. Sin embargo, en ese momento quería dejar los rencores a un lado. Ana también lo comprendió así. Respiró profundo y tomó su mano.

En la oscuridad, la biblioteca, que era una réplica del Templo de Vesta — construcción en honor a la diosa romana del fuego y el hogar—, se mostraba tenebrosa. De estructura circular y erigida sobre dieciséis columnas adornadas por frisos de bronce, no invitaba a entrar. Sobre la inmensa puerta principal, se podía observar una leyenda en latín: *Divae Matri Matutae*. «Divina protectora inmutable», susurró Ana antes de dar el primer paso y seguir al oficial que los esperaba en el acceso al recinto. Al tomar conciencia del calor de la mano de Gutiérrez, la soltó y avanzó hacia la entrada. Ana Beltrán no estaba preparada para lo que iba a ver esa noche.



Máximo Zaldívar tomó el teléfono y marcó esperando escuchar una voz conocida del otro lado. Para su sorpresa, atendió el contestador. Dejó un mensaje, cortó y sostuvo con firmeza el celular. Ya era muy tarde, no había posibilidad de escape. Trató de serenarse, volvió a mirar la imagen que había recibido en su Blackberry y sintió ganas de vomitar.

Todo a su alrededor giraba, un frío lento le crispó la espalda. Estaba mareado, le faltaba el aire, transpiraba. Se aflojó la corbata y respiró profundamente. Volvió a marcar, pero esta vez un número distinto. Tampoco obtuvo respuesta. Desbordado por el pánico, dejó que sus palabras salieran solas, sin pensarlas. Al fin de cuentas, después de ver las imágenes de Emerio Beltrán que había recibido, sabía que irían por él.

Sintió náuseas. Tuvo que retroceder un paso y respirar. Dejó que una mano la sostuviera, y escuchó frases sueltas e inconexas que la marearon aún más. Salió de la biblioteca casi a ciegas, sin dejar que el aire entrara en su cuerpo. No quería respirar ni una gota de la atmósfera viciada del Templo de Vesta porteño. Esperó a estar al descubierto para que el aire le pegara en la nariz y como un torrente helado le recorriera las fosas nasales y se perdiera en las infinidades de los pulmones, hasta expandirse y volver a contraerse. Respiró. El aire estaba frío, gélido.

Escuchó a Marcos susurrándole algo al oído, pero no entendió. O no quiso. Dejó que la llevara hasta un banco iluminado por un farol pintado de verde, en medio del parque.

—Respirá.

Ana asintió. «Respirá», repitió ella para sus adentros y trató de sacarse la imagen de Emerio de la cabeza.

—Ana —insistió Gutiérrez—. Ana...

—Estoy bien —mintió—. Fue... fue la impresión. No me imaginé que...

—Podemos esperar un rato acá, hasta que te recuperes. Pero vamos a tener que volver a entrar. Vos mejor que nadie sabés que las primeras veinticuatro horas son cruciales.

Ella asintió.

—Papá está muerto hace más de veinticuatro horas —murmuró—. Está colgado ahí desde hace tres días por lo menos.

—¿Estás segura?

—Marcos, papá está ahí desde el miércoles, o antes...

—Pero si es así, alguien debería haberlo visto, ¿no te parece? Aparte, nadie notó su ausencia en la oficina, en su casa...

—No sé qué decirte —interrumpió la mujer mientras se ponía de pie, aparentemente recompuesta—. Vos sos la mano derecha de papá.

Ana caminó firme rumbo a la biblioteca. No podía quitar de sus ojos el estado azul purpúreo del cuerpo que colgaba del techo. Marcos la siguió con los ojos. Intentaba mantener al margen sus emociones, pero estimaba a Emerio Beltrán y nunca imaginó verlo así. Trató de despabilarse con el aire frío y hacer a un lado las ideas revueltas que, de inmediato, se le agolparon en la cabeza. Se puso de pie y siguió a la mujer, que se le había adelantado varios metros. La alcanzó bajo el dintel de la puerta. Apoyó una mano en el hombro, ella no se negó. Entraron juntos.

La Policía Científica ya estaba trabajando. Un perito estaba tomando fotos del cuerpo cuando ella entró. Un silencio forzado se apoderó del lugar. La mujer notó el murmullo que acompañó sus pasos. Quien colgaba de un cable negro sujeto de una de las vigas centrales de la biblioteca del zoológico de la ciudad era el reconocido magnate de los medios Emerio Beltrán, dueño de una cadena de televisión, varios diarios y revistas y de la prestigiosa Editorial Centauro. Un ciudadano ilustre, un

filántropo, un misterio para muchos. Incluso para su hija, quien iba a reconocer el cadáver. Se acercó despacio, firme, pero tratando de postergar el momento de enfrentar los ojos muertos cuando el cuerpo descendiera a manos de los analistas.

Lentamente los oficiales descolgaron el cadáver. La escena era espantosa. Un oficial, subido a una escalera de madera doble —«Una escalera de pintor», pensó Ana — sujetó el cuerpo sin vida, otro oficial, del otro lado de la escalera pero un poco más arriba, cortó el cable. Luego, entre ambos, bajaron a Emerio Beltrán. Ana levantó la mirada y pudo ver el nudo del cable ubicado delante de la oreja. El rostro cianótico no parecía el de su padre. Sin embargo, el azulino de la piel, alguna vez lozana, no le impactó tanto como los ocho puntos de sutura prolija que atravesaban la boca de lado a lado. Los labios habían sido cosidos con algún tipo de hilo quirúrgico. Como todos los presentes, Ana entendió que aquello no se trataba de un suicidio. Al gran Emerio Beltrán le habían cosido la boca y lo habían colgado de la viga principal de un edificio público.

Sábado

Sofía miró el reloj. Eran cerca de las seis de la tarde y no sabía nada de Máximo. Volvió a escuchar el mensaje que le había dejado en el contestador casi veinticuatro horas atrás: «Lo siento, Sofía». Ella lo había llamado una y otra vez, pero él no respondía. No era extraño que Máximo Zaldívar se tomara un día fuera de la oficina, pero jamás evitaba responder un llamado de su socia.

Un sentimiento que no lograba definir se adueñó de su carácter calmo, relajado. Estacionó su auto en la cochera y bajó del vehículo rápidamente. Caminó por la Calle de los Mancebos apresurada, sin detenerse a observar los restos de la antigua muralla cristiana que alguna vez había protegido aquellas tierras, ni reparando en las calles estrechas que había recorrido una y otra vez. No prestó atención a los edificios color terracota y de múltiples ventanas, con balconadas de forja y aleros cubiertos de tejas árabes. El paisaje cotidiano que tanto admiraba cada mañana no le resultaba atractivo en ese momento. Tenía que llegar a su casa y ver si Máximo estaba allí.

Zaldívar solía recluirse en su piso de La Latina cada vez que necesitaba pensar. El departamento de Sofía era el reducto perfecto cuando necesitaba paz. Desde que ella se había separado, Máximo había retomado su costumbre de entrar sin pedir permiso y pasar largas horas allí.

Sofía continuó a paso firme por la Calle de la Redondilla. Con desgano devolvió el saludo a un vecino; en otro momento se hubiera detenido y hubiera preguntado por la familia. Tomó su celular y llamó al *broker*. No obtuvo respuesta. Se detuvo ante el paso de cebra de la Carrera de San Francisco. El corazón le latía a un ritmo inusitado. Algo no estaba bien, podía sentirlo. Un sinsabor extraño se había instalado en su boca, las manos le transpiraban. El semáforo pareció tardar más de lo habitual. Sus dedos jugueteaban con las llaves del departamento; el repiqueteo constante del metal

anticipaba la urgencia por llegar a su piso. «¿Dónde te metiste, Max?».

El taco de diez centímetros de sus Ron Ron de Christian Louboutin reventaba contra la vereda. No le preocupaba destruir su calzado de quinientos euros en aquel peregrinaje, por eso aceleró el paso. Dobló a la izquierda en la Calle de Oriente y, una cuadra después, pudo divisar el edificio sobre el número cuatro de la Calle del Humilladero. Las ventanas estaban cerradas. A Máximo le gustaba abrirlas de par en par y observar la Plaza de la Latina y el contrafrente del antiguo Mercado de la Cebada. ¿Era posible que no estuviera allí?

Colocó la llave en la cerradura y abrió la pesada puerta de madera oscura y gastada con esfuerzo. El hall estaba vacío. El mármol blanco del piso que se continuaba en las escaleras se le presentó más frío que de costumbre. Fue hacia la escalera, sus tacos retumbando contra el suelo. Subió los cuatro pisos que la separaban de la planta baja y su hogar. Abrió la puerta y entró en un recibidor lleno de luz.

—Max —dijo. No obtuvo respuesta—. Max, ¿estás en casa? —Tampoco hubo respuesta.

Dejó su cartera sobre un *chaise longue* y se quitó el saco.

—Máximo —insistió.

El silencio le resultó abrumador. Fue al *living* mientras volvía a presionar la tecla para llamar al último número marcado. El celular de Máximo Zaldívar comenzó a sonar. Desconcertada, Sofía intentó identificar de dónde provenía el sonido. Se dirigió hacia el comedor, donde parecía ser más fuerte, pero no llegó a determinar su origen antes de que el *ringtone* cesara y apareciera el contestador. Volvió a llamar. La tonada familiar volvió a escucharse. Parecía venir del interior de la casa. La mujer se adentró en las habitaciones y pasó por el que había sido el escritorio de Ernesto. Todavía estaban las dos maletas de cuero de cocodrilo y cierres de titanio de la firma Theodore Anthony en el centro de la habitación. Debía recordarle a su asistente que las enviara adonde fuera que estuviera su ex. De Alvear no iba a volver a buscarlas y ella ya no quería nada con él.

Volvió a centrar su atención en la melodía del móvil; provenía del dormitorio principal. Apuró el paso y entró en el cuarto. El aparato dejó de sonar. No había rastros de Máximo. Volvió a llamar. Se detuvo frente a un gran armario. Un frío inesperado le recorrió el cuerpo. El teléfono seguía sonando. Se estremeció. Por un segundo pensó en salir de allí y retrasar el momento de la verdad. Dudó, pero de alguna manera se obligó a estirar la mano y sujetar el tirador de la puerta. La abrió con parsimonia, casi de una manera elegante. Sin saber cómo ni por qué, Sofía Campos intuía que estaba frente a un punto desde el cual no había retorno.

El cuerpo de Máximo colgaba de la viga del vestidor. Ella cerró la puerta sin pensarlo y antes de dar un paso, vomitó. Se arrastró hacia la cama y se limpió la boca con lo primero que encontró y empezó a llorar. Temblaba y le costaba hilar los pensamientos. Por un momento no supo qué hacer, hasta que tomó su celular y marcó

el 112, el número de emergencias de la Comunidad de Madrid. Terminó la comunicación y salió. No miró hacia atrás, no quiso ver. Caminó como un autómata, cruzó el piso hasta la entrada, abandonó el departamento y se sentó en la escalera a esperar que llegara la Policía. No podía volver a entrar en su casa.

La Policía Forense cercó el acceso al departamento de Sofía Campos. Una faja amarilla delimitaba el dormitorio principal del piso y un equipo de siete personas trabajaba en simultáneo para decodificar la muerte del reconocido hombre de finanzas. Un dibujante planimétrico tomaba medidas del lugar y volcaba la información en una computadora, un fotógrafo capturaba el cuerpo suspendido de la viga de metal desde infinidad de ángulos.

Sofía relató una y otra vez lo sucedido. Francisco Pereyra la invitó a sentarse en el sofá de la sala de estar. Ella no había dejado de temblar.

—¿A qué hora llegó a casa?

—No habían pasado las seis y media —respondió Campos, mientras con cierta dificultad sacaba un cigarrillo y lo llevaba a su boca.

—¿Por qué dice que «sabía que algo estaba mal»?

—No lo sé, simplemente lo sentí —encendió el cigarrillo. Las manos le temblaban y una lágrima resbaló hasta la comisura de sus labios. Dio la primera bocanada, cerró los ojos un segundo y luego continuó—. Max nunca desconecta su teléfono, y si lo hace, cuando ve mis llamados se comunica enseguida. Al ver que las horas pasaban y él no respondía, supe que algo estaba mal.

—¿Cómo sabía que iba a estar en su casa?

—No sabía. No sé... —Volvió a aspirar y expulsó el humo mientras se secaba nuevamente los ojos. Temblaba—. Máximo viene aquí seguido, más cuando necesita pensar. Últimamente él ha estado —guardó silencio un momento, estaba buscando la palabra indicada para describir el estado de su amigo en los últimos días—... extraño.

—¿Extraño?

—Nervioso. Max es el tipo más calmo que conozco. No se altera, no exterioriza sus emociones, pero estos últimos días ha estado nervioso.

—¿Tenía enemigos?

—Nadie en particular. Supongo que cualquiera en el mundo de las finanzas ha cosechado enemigos. Pero nadie que se destaque.

—Necesito una lista de nombres —Sofía asintió. Luego Pereyra preguntó—: ¿Por qué Zaldívar vino hoy a su casa?

—No lo sé. Le dije que no lo sé —elevó el tono de voz y luego de cruzar sus piernas empezó a mover el pie rítmicamente, como un tic nervioso.

—¿Usted sabía que él vendría?

—No —dijo mientras continuaba moviendo la pierna de arriba abajo y fumaba su cigarro como si fuera el último de su vida—. Pero me lo imaginé.

—¿Por qué?

—Esta mañana, cuando llegué a MZ —la sociedad de bolsa que ambos

manejaban— y no lo encontré detrás de su escritorio, me imaginé que necesitaba un lugar tranquilo, un lugar para pensar. Anoche lo noté muy alterado.

—¿Suelen ir a la oficina los sábados? —inquirió Pereyra intrigado.

Sofía lo miró incrédula. ¿Qué importaba si trabajaban los sábados o no?

—No, sí... no sé —contestó molesta—. Estamos próximos a los cierres de balance y estamos allí todos los días.

—¿A qué hora lo vio anoche?

—Eran cerca de las diez. Él seguía en la oficina cuando yo me fui.

—El rostro de Zaldívar está cubierto por una bolsa, ¿cómo supo que era él?

—Reconocería su cuerpo aún con los ojos cerrados.

Sofía sintió que la boca le temblaba, que las manos transpiraban otra vez y que ya no podía contener las lágrimas.

—No me hizo falta verle la cara. Es él.

Un forense se acercó a Pereyra y le susurró algo al oído. El detective se excusó y se levantó de inmediato. Sofía lo siguió con la mirada y pudo ver cómo se adentraba en su habitación. Divisó a un hombre arrodillado que espolvoreaba la puerta del ropero con un pincel. Trató de agudizar el oído y escuchar qué le decían a Pereyra.

—Hemos vaporizado el ambiente con cianocrilato, pero las huellas visibles pertenecen solo a la víctima y a la dueña de casa. Quien lo mató, procuró no dejar rastro —dijo uno de los peritos.

—¿Qué otros indicios biológicos encontraron?

—Apaguen la luz —pidió el perito—. Enciendan la *poli* —agregó. Polilight es una luz que se utiliza para detectar manchas de sangre, semen, heces, vómito o cualquier otro fluido biológico.

Pereyra retrocedió un paso para ver mejor el rastro. Un camino de manchas azul fluorescente se iluminó sobre el piso de madera. Provenía del baño de la habitación y terminaba a un metro de distancia de donde habían hallado el cuerpo.

—Alguien se molestó mucho en limpiar las manchas de sangre —comentó Pereyra.

—Hay algo más —interrumpió el forense—. Mire.

El legista se acercó al cuerpo y con las manos enfundadas en guantes descartables levantó la bolsa negra que ocultaba el rostro desfigurado de Zaldívar. Lo que vieron bajo el plástico los dejó sin habla.

Se acomodó frente al monitor y, antes de abrir el correo que acababa de recibir, inspiró profundamente. Cada vez que recibía una misiva por parte de Diaco, su vida daba un giro. Pero en esta oportunidad no esperaba instrucciones sino una respuesta.

Se había unido a las filas de La Legión como agente encubierto. Su misión: desbaratar la cofradía desde adentro. Lentamente se había ganado la confianza de cada uno de los miembros del grupo, hasta convertirse en el mejor de sus hombres.

Durante los primeros años, relevó información crucial respecto a su

funcionamiento, redes de espionaje, de asesinato y chantaje, y cuando el alto mando consideró que era digno de confianza, le revelaron el mayor de los secretos: La Legión seleccionaba y entrenaba a los futuros espías papales.

Su misión estaba más que lograda. Se había adentrado en la organización, tenía acceso al círculo que comandaba los hilos de tan compleja red, había conseguido imágenes de cada uno de sus miembros. Había dilucidado quién era quién en la escala de poder. Había registrado cuentas bancarias, conocía las rutas de lavado de dinero y había detectado los vínculos que la sociedad secreta mantenía con las altas esferas del poder mundial. Estaba listo para retirarse, pero la Agencia quería más.

Ya estaba adentro, ahora querían que fuera seleccionado como espía del Vaticano. Así, su vida había dejado de ser su vida, había pasado a ser de la Agencia y de La Legión.

Se necesitó una red de ingeniería para diseñar su historia. El oficial Agustín Riglos dejó de existir para convertirse en un individuo sin pasado avocado a un perverso circuito de entrenamiento que, pasado un año, lo erigió como uno de los cuatro espías que trabajarían al servicio del Vaticano.

El día en que inició sus servicios en la Santa Sede, Diaco le asignó su nombre de guerra: Uróboro.

Anotaciones de Pérgamo

Egipto, Alejandría, 415 d. C.

El calor era sofocante. Brucchium parecía una ciudad muerta. No estaban acostumbrados a esos soles, pensó Hipatia mientras se abanicaba con una hoja de palma. Bebió un poco de shedeh y dejó que sus ojos se fundieran en la distancia. A lo lejos divisó el faro. Era magnífico, imponente y recortado contra el turquesa del mar parecía una obra de los dioses.

La noche anterior había estado allí reunida con el grupo de los sabios. El consejo había decidido que la carta de Aristeas no formara parte de la selección. Ella no compartía la decisión, sin embargo era consciente de que el grupo velaba por el contenido de la biblioteca y la decisión estaba tomada. No tenía más que aceptarla.

Sobre su escritorio reposaba el pinake actualizado con los últimos escritos. Había estado repasándolo para el banquete de la noche. Debía exponer su simposio a los estudiosos invitados a casa de Orestes, el gobernador, aunque estimaba que Cirilo no compartiría su punto de vista por más convincente que fuera.

Vide infra. «Mira más adelante», decía su padre. No dejes que el pensamiento acotado de otros recorte tu cosmovisión. Teón era sabio, el más sabio de todos, y no permitiría que otros le impusieran su pensamiento.

Hipatia había seguido sus pasos en los caminos de la física y la astronomía, pero lo había superado ampliamente. Era reconocida entre los más sabios como una mujer de inteligencia y sabiduría supremas. Erudita matemática, se avocó al estudio de la aritmética de Diofanto y se destacaba por su conocimiento en el campo de la física y la filosofía. Pero los tiempos del libre pensamiento habían terminado con la llegada de la nueva religión y, como tantos otros sabios, Hipatia y Teón habían sido amenazados por los cristianos, que los perseguían para que se convirtieran a la fe católica. Hipatia se negó y, ante todo, defendió el conocimiento griego por encima de cualquier otro. Su enemistad declarada con Cirilo, fanático arzobispo cristiano, fue el preámbulo de un desenlace inminente.

Hipatia era consciente del gran riesgo que corría, pero debía salvar aquellos escritos para que la humanidad creciera y se desarrollara, para que la sabiduría llegara hasta el sitio más recóndito de aquellas latitudes y todo ciudadano pudiera ser parte del cosmos.

El celular volvió a vibrar. Miró la pantalla y reconoció el número. Marcos Gutiérrez. Atendió.

—Tenemos que hablar —escuchó decir al otro lado de la línea—. Es sobre Máximo. Estoy en la puerta. Abrime, por favor.

«Marcos no es el mismo de hace cinco años», pensó Ana cuando lo vio entrar en su departamento. La saludó con un movimiento de cabeza apenas la vio, se acercó y, tomando a Ana por sorpresa, la abrazó.

—No lo puedo creer, Ana —atinó a decir en un hilo de voz que no parecía ser la del editor en jefe fuerte que ella recordaba.

Dejó que Gutiérrez la estrechara sin oponerse. No había tenido oportunidad de agradecerle su compañía la noche anterior. Las imágenes de su padre volvieron a alojarse en su cabeza. Se obligó a ahuyentarlas, ahora tenían otra situación inesperada: Máximo Zaldívar. Se apartó lentamente y lo miró fijo. Temía preguntar.

—¿Qué le pasó a Max?

Gutiérrez dio media vuelta y se acercó al enorme ventanal, se quitó el saco y se aflojó la corbata. Por un momento se olvidó de que no estaba en su casa. Resopló, se apoyó sobre el vidrio y empezó a hablar.

—Lo mataron. Lo encontraron esta madrugada. Recibí un llamado de Miranda hace un rato.

Ana desvió la mirada apenas escuchó el nombre de la mujer de Zaldívar. Marcos lo notó de inmediato pero hizo caso omiso al gesto. La vio retroceder, ponerse pálida, pensó que se desmayaba. Se acercó rápido, pero ella lo rechazó de inmediato.

—¿Cómo? —la oyó preguntar débilmente.

Vio cómo los ojos se le llenaban de lágrimas y hacía un esfuerzo sobrehumano por no sucumbir. La garganta se le cerró, seguramente un millón de recuerdos e

imágenes compartidas se atollaron en su cerebro y no la dejaban pensar. Marcos se acercó lentamente y la abrazó con ternura. Ella se resistió, pero Gutiérrez se mantuvo inmóvil y la sostuvo fuerte mientras Beltrán se desmoronaba y lloraba sin más.

Ana trató de asimilar la idea de que Máximo Zaldívar estaba muerto, pero no podía. Hacía años que no hablaba con él, que no sabía nada de él. Sin embargo, siempre lo pensaba. No había podido olvidarlo, no quería olvidarlo. Y ahora, como si el destino le estuviese jugando una broma macabra, reaparecía en su vida pero muerto.

Se desenvolvió de los brazos de Gutiérrez y se distanció de él. No debía volver a quebrarse así, él no podía volver a verla de esa manera. No debía olvidar quién era Gutiérrez en realidad, más allá de su aspecto seductor y de su apariencia. Una única vez se le había entregado en cuerpo y alma y él la usó. «No te olvides, Ana, no te olvides de quién es Marcos en realidad», se obligó a pensar.

—Necesito tomar algo —dijo mientras se acercaba al bar y servía dos whiskies. Luego le alcanzó una copa a Gutiérrez y sin quitarle los ojos de encima tomó de un solo trago el líquido—. Ahora quiero que me cuentes qué pasó.

Marcos se sentó en el sofá. Miró el whisky, agitó el vaso y lo bebió de un trago mientras trataba de ordenar sus ideas.

—No sé mucho más. Lo encontraron ahorcado en un departamento en Madrid. Miranda llamó esta mañana, me dijo solo eso. Además, me pidió que fuéramos a la lectura del testamento.

—¿Fuéramos? —interrumpió Ana desconcertada—. ¿Y por qué querría Miranda que fuéramos?

—Ella no —respondió Gutiérrez—. Max dejó instrucciones precisas en caso de que algo le ocurriera. No se puede abrir su testamento si no estamos presentes. Nos esperan en Madrid luego del entierro de tu padre.

Ana dejó escapar una carcajada.

—No me interesa. Nada de lo que Max pueda haberme dejado me importa. Podés decirle a Miranda que estoy demasiado ocupada con la muerte de papá como para viajar al otro lado del mundo por una herencia que no me puede importar menos.

Marcos sonrió.

—Lo seguís queriendo —dijo entre triste y resignado.

Ana levantó la mirada y lo miró fijo. No pensaba responder. Suspiró. Marcos debió de haber interpretado que iba a llorar, por eso se acercó y la rodeó nuevamente. Ana lo rechazó firme. Le resultaba extraño encontrarse con Marcos en una situación tan poco común. El contacto cuerpo a cuerpo después de un encuentro sexual casual, del cual él se arrepintió, le hacía las cosas más difíciles. Habían pasado por lo menos cinco años, pero todavía le incomodaba saber que habían estado juntos. Recordaba el encuentro como si hubiera sido reciente.

Una noche de verano, cuando el año llegaba a su fin y la fiesta también, dejó que una copa llevara a otra, y el calor del cuerpo de Marcos y el de ella se encontraron en

un oscuro rincón de la casa del editor en Punta del Este. Después del forcejeo y el arrebató del momento, Ana se encontró desnuda en la cama de Gutiérrez. Él, por su parte, no dijo nada. Ana se levantó y dijo que se volvía a su casa. Él asintió sin emitir sonido. Pero cuando Ana quiso salir, el aguacero era brutal y el resto de los cuartos estaban ocupados. Volvió al dormitorio principal y, como si fuera una adolescente, dijo: «Diluvia y los demás cuartos están ocupados. ¿Puedo dormir acá?». Marcos asintió nuevamente y se dio media vuelta. Ana se acomodó en la punta de la cama del amante esporádico y trató de no moverse en lo que quedaba de la noche. Casi no durmió. Cuando el sol se coló por los huecos de los postigos, se levantó sin hacer ruido y huyó.

Tenía veintinueve años y se sentía una adolescente en fuga. ¿Cómo había llegado a dormir con Marcos? Nunca le había resultado atractivo, pero de repente hubo algo en esos ojos que le despertó sensaciones incontrolables. Miradas que se cruzaban una y otra vez, que decían todo y solo ellos lo sabían.

Mientras caminaba por una Posta del Cangrejo aún profundamente dormida, tomó su celular y llamó a su confidente. Verónica atendió del otro lado y escuchó, sorprendida, la confesión de su amiga.

—Me acosté con Marcos —dijo. No podía creer lo que estaba diciendo.

Entre dormida y sorprendida, Verónica dejó escapar una risotada poco elegante y no pudo evitar hacer la pregunta de rigor: «¿Y cómo estuvo?».

De repente Marcos la había abrazado y, ahora, intentaba volver a hacerlo después de años de no verse, como si nada, desconsolado por la muerte del amigo en común. Ana se alejó y decidió darle un giro a la conversación. No quería recordar lo sucedido entre ellos.

—No entiendo qué está pasando. Anoche papá, hoy Max...

—Miranda tampoco se explica...

—¿Ella te dijo si Max había sido amenazado? ¿O si sabe quién pudo haberlo matado?

Marcos la observó un momento: parecía no importarle que Máximo se hubiera casado, pero él sabía perfectamente que nunca había dejado de quererlo, ni aún esa noche en Punta del Este.

Seguía siendo una mujer que le quitaba el sueño; se había obligado a olvidarla. Debía borrarla. Pero cuando, un año después de que Zaldívar la abandonara, ella se presentó en la fiesta vestida con unos pantalones blancos que le perforaron las retinas y sus miradas se cruzaron un segundo, supo que esa era la noche en que Ana Beltrán caería en su cama. Lo que no imaginó fue el efecto que le produciría ese encuentro.

Nadie había notado que desaparecían casi cuando el sol empezaba a asomar. Los besos que se habían arrancado en los recodos oscuros del quincho que daba a la playa habían sido el detonante de un fuego interno que ni él ni ella pudieron contener. Sin preverlo, se encontraron sacándose la ropa en la habitación principal. No hablaron. Él solo dijo que quería comérsela, ella pareció no escuchar porque dejó escapar un

«¿Qué?» jadeante al que Marcos no respondió para descender a su desconocida humedad.

La abrió con una dulzura que le resultó inusitada, quería poseerla por completo. La anhelaba, y en ese momento en el que su lengua se hundía en la intimidad de la mujer cuyo cuerpo se arqueaba involuntariamente, ofreciéndole un paraíso oculto, él supo que no habría un después de Ana Beltrán. Comprendió que esa mujer despertaba en él sentimientos que le eran ajenos, sensaciones que no estaba entrenado para manejar, y eso iba a ser un problema en el futuro.

—Miranda está tan desconcertada como nosotros —respondió Marcos retomando la conversación y haciendo a un lado los recuerdos—. Sin tomar en cuenta lo que pasó anoche, ¿hace cuánto que no nos vemos? —preguntó sin despegar sus ojos de los de ella.

—Desde Punta del Este —respondió ella. Vio que Marcos sonreía—. ¿De qué te reís? —preguntó entre divertida y molesta.

—Perdón, Ana. No puedo olvidarme de cómo saliste corriendo ese día, y que casi no me hablaste la mañana siguiente en la playa.

—Si no me equivoco, fuiste vos el que no emitió sonido cuando caíste en la cuenta de que pasada la calentura del momento, te habías arrepentido de llevarme a tu cama —dijo bastante enojada.

—Dejémoslo ahí —interrumpió Marcos, que recordaba su actitud y sabía que se debía a razones diferentes de las que ella suponía.

—Vos sacaste el tema.

—Está bien, pero dejémoslo ahí —el rostro de Gutiérrez se tornó sombrío. Había sido un error intimar con ella. Se corrigió. Había sido un error permitirse sentir algo por ella. Desterró los pensamientos de inmediato, se acercó a la botella y se sirvió otra medida.

Ana lo miró desconcertada. Había tratado de olvidarlo y creía haberlo dejado atrás, pero verlo le había hecho revivir las sensaciones que había experimentado aquella noche. La química que había surgido entre los dos la había sorprendido. El recuerdo de sus manos, de su lengua. El silencio que los envolvió a lo largo del encuentro fue el preludio del abismo que devino. El encuentro con Marcos Gutiérrez había sido memorable y ahora ella estaba reviviendo ese desenfrenado torrente de sensaciones. Si tenía que ser honesta, ni Máximo Zaldívar había despertado en ella lo que Marcos Gutiérrez había logrado en una sola noche. Se reprendió por la reflexión y encauzó sus pensamientos otra vez a la realidad, la muerte de Máximo.

—¿Qué pudiste hablar con la mujer de Máximo? —Ana decidió volver al tema que los ocupaba.

—¿No te molesta que se haya casado? —preguntó Gutiérrez.

—¿Por qué debería molestarme? Máximo y yo nos separamos hace años. Sería una boba si me molestara.

Le molestaba, y mucho. Que Máximo hubiera rehecho su vida sin ella era algo

que no podía soportar.

Marcos no le creyó, pero no dijo nada. Retomó la conversación sin volver al tema.

—Miranda no sale de su asombro. Dice que Max estaba algo nervioso, pero nunca pensó que...

—Nunca me imaginé que Máximo podía llegar a casarse con alguien del tipo de Miranda del Hierro —interrumpió Ana, como haciendo una reflexión en voz alta. Marcos dejó que continuara con su monólogo—. Sabía que era lógico que algún día sentara cabeza, pero una rubia tan insulsa como esta... no lo hubiera imaginado jamás.

Marcos no pudo evitar sonreír. Lo que Ana no notó, aún enfrascada en su análisis de la esposa de Zaldívar, es que se trató de una sonrisa triste.

—No quiero ser mala ni sonar despechada, pero tiene pinta de gata. No sé, no me da el perfil de Máximo.

—¿Y cuál era el perfil de Max, Ana? —inquirió Marcos suspicaz, tratando de no parecer celoso—. ¿Vos?

Ana levantó la mirada que se había perdido en el horizonte tras su ventana y se percató de que su interlocutor no era otro que Marcos Gutiérrez. Se arrepintió de haber verbalizado sus pensamientos.

—No, claro, por supuesto que no era su tipo, eso es obvio, pero... Me refiero a que Miranda no parecía el tipo con quien se casaría, nada más.

Ana sintió que el rostro se enrojecía. Para salir de la situación, dio un giro radical al tema.

—¿Qué dice la Policía?

Lunes

El cuerpo de Emerio Beltrán reposaba sobre la camilla de metal. Lo habían lavado y revisado. Luego de cuarenta y ocho horas, Ana tenía en sus manos el informe final de la autopsia. Verónica Ávalos, además de ser la forense responsable del procedimiento, era su amiga.

A cargo del Departamento de Criminalística de Gendarmería Nacional, Ávalos había hecho la autopsia ella misma. No quería que se cometiera ningún error en el procedimiento y, sobre todo, quería «escuchar al cuerpo», como decía cada vez que realizaba una autopsia.

—Lo mataron —dijo Ana mientras se acercaba al cuerpo sin vida de Emerio y le acariciaba el brazo frío.

Ávalos asintió. Se alejaron del cuerpo y salieron del recinto. En silencio, Verónica escoltó a su amiga a una oficina. Una vez allí se sentaron en un sillón dispuestas a discutir el análisis forense.

—Ana, lo que vas a leer es duro, incluso para vos que estás acostumbrada. A

Emerio lo torturaron y le cosieron la boca cuando aún estaba vivo. Después lo ahorcaron. La causa de muerte es asfixia mecánica.

Ana asintió, tratando de no perder la compostura. Abrió el informe lentamente y se sumergió en la lectura.

—¿No había nada adentro de la boca?

—No.

—No querían que hablara. Le están mandando un mensaje a alguien más — conjeturó Ana—. ¿Qué podía saber papá para que lo mataran?

—Es evidente que se trata de algo grande. No cualquiera puede acceder a un tipo como tu padre, menos entrar impunemente a la biblioteca del zoológico y plantar ahí un cuerpo.

—Tengo que hablar con Marcos —dijo Ana.

—¿Gutiérrez? —inquirió Verónica desconcertada—. Pensé que después de lo de Punta del Este no querías volver a verlo.

Ana sonrió.

—Él me avisó lo de papá. Vino a buscarme a casa y me acompañó al zoológico. Más allá de eso, es la mano derecha de Emerio desde hace años. Tiene que saber algo, algún dato que me pueda ayudar a resolver este tema.

—Alfredo está a cargo de la investigación. Ya me llamó dos veces para pedirme el informe. Rompí varias reglas para dártelo primero. Más allá de tus diferencias con él, creo que es el mejor para investigar este homicidio.

—Supongo —respondió Ana, que se había puesto de pie y buscaba su tapado.

Alfredo Etchegaray era comisario mayor de la Policía Federal y director del Departamento de Investigación y Pericias Complejas de la Policía Científica. Ana y él habían trabajado juntos casi diez años, hasta que el puesto de director recayó sobre él. Entonces Ana renunció. No coincidía con la línea de trabajo de Etchegaray y las diferencias eran incompatibles.

El «Caso Emerio Beltrán» se estaba convirtiendo en la atracción principal de diarios y noticieros. La dudosa muerte de un reconocido millonario y dueño del multimedio más importante del país era el caso que Etchegaray estaba esperando para seguir ascendiendo. Ana sabía que Alfredo iba tras el puesto de jefe de la Policía y comisario general y que no dejaría pasar la oportunidad de estar a cargo de la investigación.

Verónica interrumpió sus pensamientos.

—¿No vas a contarme cómo estás con lo de Máximo?

Ana intentó evitar que las lágrimas afloraran, no podía digerir la muerte de Emerio y la de Máximo juntas. No lograba procesar lo sucedido. Se dejó caer nuevamente sobre el sillón y resopló.

—Me pidieron que fuera a Madrid, a la lectura del testamento.

Ávalos se mantuvo expectante frente al resto del relato.

—Parece que él intuía que algo iba a pasarle porque dejó instrucciones muy

claras: no habrá lectura de su testamento o disposición de sus bienes hasta que Marcos Gutiérrez y yo nos hagamos presentes.

—Ah, bueno —interrumpió Verónica—. Eso sí que no me lo esperaba, ¿no te resulta un tanto retorcido?

—Me parece una tomada de pelo. Estoy furiosa con Max, y no solo por esta estupidez del testamento, sino también por querer reaparecer en mi vida, diez años después de dejarme. Pero ¿quién se cree que es? El muy estúpido...

—¿Y pensás ir?

—No sé, Vero, no sé...

Marcos Gutiérrez llegó a su oficina cerca de las ocho de la mañana. Todavía no había demasiado movimiento. Algunos redactores ocupaban sus escritorios, pero la editorial parecía desierta. Aquella sería una dura jornada. La inesperada muerte de Emerio lo colocaba como director del multimedia.

Se aflojó la corbata y se sentó frente al escritorio. Encendió la computadora y, mientras la máquina arrancaba, se recostó sobre su asiento y reflexionó sobre los sucesos de las últimas cuarenta y ocho horas.

Recordó el día que conoció a Emerio y cómo, contra todo pronóstico, había aprendido a estimarlo. Se iba a notar su ausencia. Pensó en Máximo, en su inesperada amistad. Nunca habrían sido amigos en circunstancias comunes, pero de alguna manera el vínculo se había generado.

La computadora arrancó y los correos empezaron a entrar. La casilla estaba saturada. No había correos importantes, que era lo que estaba buscando en realidad. Eliminó la mitad de los mensajes y accedió, de manera remota, a la carpeta de archivos que Emerio guardaba en la red privada virtual y donde solía resguardar información sensible que prefería tener fuera de su ordenador y del servidor de la empresa. Abrió la carpeta, la copió en un *pendrive* y lo guardó en su bolsillo; luego eliminó la carpeta. Se incorporó y se dirigió a la oficina de Emerio para acceder a su *notebook*. De camino al despacho, se sorprendió pensando en Ana. Tenían un viaje pendiente.

Francisco Pereyra se presentó en el departamento de la familia Zaldívar para conversar con la reciente viuda. La encontró con la madre del difunto. Ambas estaban desoladas. Como al pasar escuchó que para la lectura del testamento se había citado a la antigua novia de Máximo, quien todavía no se había presentado ante el notario. Iba a tener que visitar a Ana Beltrán una vez que arribara.

Miranda, desconcertada aún por los sucesos de la víspera, no podía terminar de digerir que Zaldívar hubiera dejado estrictas instrucciones para que la amante de sus épocas de gloria como banquero estuviera presente en la lectura de su última voluntad. Recordó haber insistido en el contenido del testamento. Ella desconocía por completo las disposiciones de su esposo y se podía ver su indignación al respecto.

Pereyra pensaba que un sujeto como Máximo Zaldívar no actuaba azarosamente. Algo en ese testamento podía ser la clave para descifrar el porqué de su muerte.

Se había retirado de lo de Zaldívar luego de reiterar el pésame a la viuda y a su madre. Había dejado a ambas mujeres intoxicadas por el dolor, perdidas en el desconcierto, en no saber por qué habían asesinado a Máximo.



Miranda llegó al piso que había compartido con Máximo y se dejó caer sobre el sofá del hall de entrada. No entendía nada. Su marido, su exitoso marido, reservado y forrado en euros, estaba muerto. Y ahora aparecía Ana Beltrán, ¡Ana Beltrán! ¡Como si no hubiera escuchado suficiente sobre esa mujer a lo largo de años, incluso después de muerto Máximo tenía que recordársela!

Cuando el notario Herrero del Madero le comunicó que había una cláusula especial en el testamento de Máximo, ella jamás imaginó que la condición sería que Ana Beltrán y Marcos Gutiérrez estuvieran presentes en la lectura y que, además, existiera la posibilidad de que parte de lo que le correspondía a ella, Miranda del Hierro y Argüello, fuera a parar a las garras de la amante despechada.

La madre de Máximo no tenía idea de qué se trataba. Tan azorada como ella, no podía entender por qué Máximo había dejado semejante testamento. Nunca había logrado entender la relación entre Ana y su hijo; pero, por sobre todo, lo que no llegaba a comprender era por qué Máximo, aún años después de separarse de ella seguía —incluso después de muerto— tan pendiente, tan al corriente de sus asuntos, de sus viajes y avatares.

Más de una vez lo había sorprendido leyendo sus entrevistas en el diario *La Posta* sobre algún caso en el que estaba trabajando; o si salía en alguna nota de sociedad, él siempre estaba al corriente de los *affaires* de su ex. ¿Por qué tanto amor por aquella mujer? ¿Qué tenía Ana Beltrán que él no había podido olvidar? No solo no tenía respuesta, sino que además ahí estaba ella. Sola, a la vera del destino, buscando resolver los interrogantes de una relación que había nacido de una pregunta sin contestar. Recordaba haberle preguntado: «¿La sigues queriendo, Máximo?». Él no habló, y su silencio había sido peor que la más brutal de las verdades. Lo no dicho, la declaración de un amor falso, un engaño. ¿Por qué se habría casado con ella? Definitivamente no había sido por dinero —Máximo tenía mucho más que ella—, tampoco por apellido. La alcurnia le importaba una mierda a Zaldívar. No entendía. Menos lograba descifrar en qué había estado involucrado su marido para merecer una muerte tan macabra.

Máximo había estado comportándose de manera extraña en el último tiempo, algo lo tenía preocupado. Había pasado horas encerrado en su escritorio, escribía y

escribía... Sin embargo no había rastro alguno de aquello que había redactado de puño y letra que, una tarde casi de casualidad, llegó a ver cuando, con la excusa de alcanzarle el almuerzo, había irrumpido en el despacho sin pedir permiso. Máximo se había puesto nervioso, reacción para nada normal en él. Trató de ocultar la papelería que lo rodeaba y deshacerse de ella lo más rápido posible. Había un par de sobres cerrados con destinatarios que ella no conocía. Otro, si bien no lo había visto, debería de ser una de las cartas que dejó para Ana Beltrán. ¿Qué le diría? ¿Podía ser que Máximo dedicara sus últimas palabras a la amante de la juventud? ¿Qué escondía el testamento?

No podía acceder al documento hasta que Beltrán y Gutiérrez se apersonaran en las oficinas del notario. Sabía por Marcos que él iba a viajar, pero Ana parecía no estar interesada y, además, estaba el asunto de Emerio.

La muerte de Emerio Beltrán era noticia de tapa en la Argentina. El asesinato tenía en vilo a la audiencia y a la policía. A los intereses de Miranda, la muerte del padre de Ana le jugaba en contra, porque si Ana Beltrán no se presentaba en Madrid el primero de abril, nunca iba a poder acceder a la última voluntad de su marido.

Miranda conocía lo suficiente a su esposo como para saber que no lo movía el sentimentalismo en las disposiciones de su testamento. Máximo había dejado un mensaje en ese documento, estaba convencida, y ella necesitaba saber de qué se trataba. Aunque le doliera el corazón confirmar sus sospechas respecto al amor incondicional que su marido le profesaba a la criminóloga, necesitaba enfrentar esa caja de Pandora y ver por sus propios ojos qué mensaje, qué enigma en la vida de Máximo no había podido resolver que, aún después de muerto, le dejaba para solucionar a su ex.

Anotaciones de Pérgamo

Egipto, Alejandría, 415 d. C.

Orestes percibió la presencia de Hipatia de inmediato. Su aroma impregnó el lugar. Su cuerpo era una visión. Sonrió. La directora de la biblioteca lo vislumbró entre la muchedumbre, pero no se acercó. En cambio, hablaba animadamente con Calímaco y Teón. Orestes continuó su ronda mientras saludaba a los invitados. Sutilmente pasó junto al cuerpo de la mujer y susurró algo a su oído, pero ella hizo caso omiso y continuó con su charla.

El gobernador se dedicó a agasajar a los invitados. Su casa rebosaba alegría, el shedeh corría y los sirvientes abanicaban con hojas de palma a los huéspedes. Nada saldría mal. Luego del simposio Hipatia pasaría la noche en sus aposentos. Extrañaba su carne blanca y abundante, el contoneo de su cintura cuando se acercaba al lecho y ofrecía sus secretos de amante.

Añoraba las curvas conocidas y el calor del cuerpo de la matemática. Divisó a Cirilo, que ingresaba a su morada. Lo miraba sonriente. El arzobispo se acercó a él y con un movimiento de cabeza lo saludó.

—Bienvenido, arzobispo —dijo Orestes—. Estábamos esperándolo para empezar.

Luego de que Cirilo hiciera su ingreso triunfal a casa del gobernador, rodeado por sus súbditos, un grupillo que se denominaba La Legión y que siempre lo acompañaba ingresó detrás. Teón cruzó miradas con su hija. La enemistad entre el arzobispo y la directora de la biblioteca era de público conocimiento. Por más argumentos que presentara la mujer, Cirilo no accedería a mantener el recinto impoluto y libre de veedores.

Fiel seguidor de Teodosio, Cirilo quería que la biblioteca pasara a manos de la Iglesia. Debían controlar ese punto de insurrección. Pero Hipatia, cabeza máxima del Templo de Serepis, se oponía. Y, bajo el amparo de Demetrio de Falero, uno de los más importantes sabios y antiguos maestros de la biblioteca, disertaría esa noche respecto al porqué de la necesidad de mantenerse como entidad autónoma e independiente del gobierno y de la Iglesia como lo hacían desde los tiempos de Ptolomeo I, la época en que nació la biblioteca.

Como el miembro más antiguo de la comunidad de sabios, Demetrio se acomodó en el ágora e hizo un gesto que invitó a los presentes a hacer silencio. Lentamente, levantó su mano y en ella pudo distinguirse un cilindro de madera.

—Este umbilicus —dijo haciendo referencia al rollo que tenía en la mano y del que colgaba el syllabus (una membrana donde se colocaba el nombre del autor)— representa los cientos de rollos que se almacenan en cestas en el Serepeo. El conocimiento todo se alberga en el templo de las musas y bajo la mano recta de Hipatia, hija de Teón, los pinakes aumentan con el correr del tiempo. Gracias a que la filósofa —dijo refiriéndose a la mujer— ha incentivado el crecimiento del catálogo y la proliferación de aprendices y de escribas, es que hoy somos el centro neurálgico del saber. Coartar a Hipatia es privar a todo ciudadano del cosmos del conocimiento futuro y de los nobles saberes de Aristóteles, Filócrates y Sófocles. ¿Imaginan un cosmos sin la sabiduría aristotélica? ¿Conciben el cálculo sin los aportes de Eratóstenes?

El silencio en el auditorio era absoluto. Hipatia sentía la mirada de Cirilo clavada en su frente. Dudó. No sabía si tomar la palabra o dejar que Demetrio continuara su discurso. Orestes percibió la tensión en el ambiente. Aquellos que apoyaban a la mujer murmuraban por lo bajo; los que apostaban a la mirada religiosa de Cirilo también discutían entre ellos. El gobernador intuía que el debate no terminaría allí y que el conflicto era

mucho más grave de lo que pensaban. ¿Cómo resolver las diferencias irreconciliables entre Cirilo e Hipatia?, ¿había existido algún tipo de romance entre ellos? ¿Por qué Cirilo odiaba tanto a la filósofa?

Los sentimientos encontrados no lo dejaban pensar. Eso se repetía Orestes una y otra vez cuando las lucubraciones respecto a los amoríos entre Cirilo e Hipatia se entremezclaban con las decisiones que debía tomar. ¿Cómo avanzar si su pensamiento estaba contaminado por las pasiones de la carne? ¿Cómo evitar que su juicio no se opacara frente al deseo que despertaba en él la directora de la biblioteca?

Volvió a enfocar su mente en el discurso de Falero. Hipatia seguía sentada a su derecha, inmutable. La bravía de Hipatia era admirable. No importaba quién se interpusiera en su camino, ella seguiría adelante, no daría el brazo a torcer frente a Cirilo. El arzobispo tendría que dar una dura batalla para lograr que la mujer le cediera los umbilicus bajo su ala protectora.

La biblioteca era el centro mismo de la sabiduría, el punto que concentraba los cerebros más brillantes y los inventos más fabulosos que la ciudad de Alejandría y el resto del cosmos podrían siquiera imaginar. Ceder todo ese conocimiento a manos del cristianismo era impensado para ella. El objeto último de aquel ágape era disuadir al emisario del emperador Teodosio de confiscar el material celosamente resguardado en el Templo de las Musas.

La galería de la casa del gobernador se mantenía en silencio. Demetrio de Falero había concluido su discurso y Cirilo, sin ánimo de entrar en debate, se levantó silencioso pero con la cabeza en alto. Se ubicó junto a Hipatia y, mientras la invitaba a ponerse de pie y acompañarlo, saludó a los presentes.

—Amigos, este debate no nos llevará a ningún sitio. ¿Por qué no disfrutamos de la hospitalidad de nuestro gran y noble gobernador —dijo refiriéndose a Orestes— y nos deleitamos con shedeh y los manjares con los que nos agasajará nuestro anfitrión?

El movimiento natural de las cosas llevó a un inmediato cambio de frentes. La tensión entre las partes se aflojó y los círculos se fueron mezclando y, entre copas, música y bailes, la discusión entre los que estaban a favor de la biblioteca o a favor de Cirilo se dispersó.

La frustración de Hipatia se podía ver en su rostro. Cirilo, que aún no se había movido de su lado, tomó a la mujer por la cintura y susurró en su oído:

—Vamos, Hipatia. Puedes aceptar mi propuesta. Seguirás siendo la directora.

—No lo haré, Arzobispo. No podría ver cómo destruye el fruto del Gran Alejandro.

—Podría ser tan sencillo... —Cirilo se acercó más. Su modo sugerente no parecía incomodar a Hipatia, que se mantenía impávida frente al avance del arzobispo.

—Muy sencillo. Déjeme en paz.

Cirilo sonrió y dejó que la palma de su mano apretara la cintura de la mujer y se alejó. Orestes, que había presenciado la escena, se acercó a la filósofa. No le gustaba que Cirilo se acercara así a su mujer. Aunque si Hipatia lo escuchaba decir que él la llamaba «su mujer» el romance se terminaría en un abrir y cerrar de ojos.

La matemática era hija del libre pensamiento y sus encuentros sexuales eran casuales. No había compromiso entre ellos, por lo menos no que Hipatia buscara dar a conocer. Intimaban en secreto y los jardines de la biblioteca resultaban los aliados perfectos en las noches de luna llena cuando los cuerpos se encontraban para unirse.

—No me dio oportunidad de hablar —comentó Hipatia al oído de Orestes mientras se refería al accionar de Cirilo.

—Quizá fue mejor —respondió el gobernador, que caminaba lentamente junto a la mujer—. Mañana, cuando el sol se ponga, he de asistir a la audiencia del Emperador Teodosio. Le expondré mi pensamiento al respecto.

Hipatia se mantuvo en silencio, pensativa. Se debatía entre aceptar la propuesta del Arzobispo y dar el brazo a torcer en pos de asegurar el futuro de los umbilicus a su cargo. Acceder implicaba entregar la suma de todo el conocimiento a manos del fanatismo de Cirilo. Negarse era perder total acceso a la biblioteca. ¿Qué debía hacer? ¿Qué era preferible: una biblioteca a su mando pero bajo el poder del cristianismo, o insistir y correr el riesgo de perderla?

Orestes notó que la mujer estaba ensimismada en sus pensamientos. Alejada del ágape, su espíritu no estaba allí. Su mente, tampoco. Intuía que se debatía respecto a si debía aceptar, o no, la propuesta de Cirilo. ¿O a Cirilo?

Capítulo II

Zúrich, fines de 2010

REGULADA bajo la ley de secreto bancario, Suiza era el mejor seguro de vida. Así lo había decidido Máximo cuando intuyó que su plan podía no salir bien. Desde que la Organización de las Naciones Unidas había aceptado al paraíso fiscal preferido por gobiernos, políticos y grandes corporaciones entre sus miembros, el beneficio del anonimato de las cuentas numeradas se perdía en el momento de realizar una transferencia. Cada vez que tuviera que girar dinero, inevitablemente, y cumpliendo con el pacto establecido entre la ONU y Suiza, todo cliente con una cuenta numerada debía informar el nombre del titular. Para prevenir el lavado de dinero y posibles actos terroristas (especialmente luego del atentado contra el World Trade Center en 2001). Suiza accedió a esta petición, y aquellos clientes beneficiados por la privacidad debieron buscar otra vía para volver a conseguirla.

En Estados Unidos, donde las cuentas eran absolutamente blancas —declaradas al fisco—, se agregó a cualquier documentación de apertura de cuentas de inversión lo que se conoció como *Patriot Act*, una declaración jurada donde debe constar que el dinero que compondría la cuenta no era producto de acciones terroristas, lavado de dinero o narcotráfico. Máximo sonrió. El mundo de las finanzas era el lugar perfecto para poner a resguardo su descubrimiento y, si fuera necesario, para que este llegara a manos de quien debía decidir qué hacer con tal información. El problema por resolver era la cuestión de la cuenta numerada.

El papelerío parecía más complicado de lo que realmente era. Máximo sabía qué requisitos se necesitaban para abrir una cuenta, una serie de documentos cuyos datos jamás completaría (¿qué gracia había en tener una cuenta secreta y numerada si existía un documento que revelara la identidad del propietario?). En estos documentos volcaría sus iniciales (en lápiz negro) y firmaría al pie de cada una de las hojas y tacharía el resto. En un sobre separado le entregaría a su contacto en la Unión de Bancos Suizos (más conocida como UBS) una *Due Diligence Form*, una suerte de biografía personal en la que se debe justificar el origen de las riquezas. Con toda esa documentación, enviada por separado pero identificada por un código de barras, Ralph Grazia generaría un número de cuenta y allí dejaría lo que tenía que dejar.

Debió en silencio el nombre de fantasía que iba a ponerle a la cuenta. Su nombre propio estaba descartado. Pensó en llamarla Alinghi, como el velero de la UBS que corría las reconocidas regatas, más a modo de broma que otra cosa, pero estimó que Ralph no se lo permitiría. Luego de mucho pensar, decidió llamarla Monalia. Resuelto el asunto, levantó el teléfono y llamó a Grazia.

—*Bonjour* —respondió la voz conocida del otro lado, sin especificar que quien atendía era uno de los asesores financieros más prestigiosos de la banca suiza.

—*Comment ça va!* —dijo Máximo al amigo conocido.

—¿Cómo vas, tío? —respondió Grazia sin necesidad de dar nombres—. ¿Todo bien?

—Todo listo. Paso a la tarde.

Finalizada la breve charla, Máximo se dispuso a escribir una carta. Allí estaba toda la verdad. Solo restaba que quien abriera la caja supiera interpretar la información correctamente.

Capítulo III

Miércoles

EL entierro de Emerio Beltrán resultó un desfile de políticos, celebridades y personalidades diversas de la televisión y los medios gráficos. «Era una persona querida», pensó Ana mientras se bajaba del auto que llevaba el cuerpo de su padre y saludaba a alguien que se acercaba a darle el pésame. Sentía que había entrado en una dimensión desconocida, que los sucesos a partir de la noche en el zoológico eran un absurdo, una fantasía de la que no podía formar parte. Los hechos se agolpaban en su cabeza y se repetían incansablemente. Su padre colgado con la boca cosida. Era absolutamente macabro.

A lo lejos divisó a Alfredo Etchegaray. Inclino la cabeza a modo de saludo. El comisario mayor no tenía ninguna pista firme por el momento. Verónica Ávalos la había llamado esa misma mañana para ponerla al tanto de los últimos avances de la investigación: ninguno. El panorama resultaba desolador. La Policía no tenía idea de por qué habían asesinado a Emerio Beltrán, incluso carecía de pista alguna respecto a quién podría haberlo hecho.

Ana seguía con la imagen de los labios de Beltrán en la cabeza. ¿A quién o a quiénes les estaban mandando un mensaje? Porque ese era un mensaje, sin lugar a dudas. No podía dejar de pensar y de darle vueltas al asunto. ¿Qué secreto se escondía detrás de esa muerte? Sin dejar de pensar en eso, saludó sin descanso. Cuando llegó el turno de Etchegaray, recibió las condolencias sinceras y lo escuchó atenta.

—Vamos a descubrir qué pasó, Ana. Quiero que sepas que tengo a toda la Federal trabajando en esto.

—Lo sé, Alfredo. Y no esperaba menos de vos. También sé que me estabas buscando. Prometo que mañana paso por tu oficina.

Etchegaray asintió y se despidió. No confiaba en Ana Beltrán.

La criminóloga lo siguió con la mirada. El comisario se acercó a Marcos Gutiérrez y ella se vio obligada a desviar la atención hacia las personas que le estaban presentando sus respetos. Iba a ser un día muy largo. De cualquier manera, continuó atenta a los movimientos de Etchegaray, que minutos después de comenzada su charla con Gutiérrez se alejaba para perderse entre el sinfín de gente en el Parque Memorial. Entonces, pudo percibir su mirada.

Marcos Gutiérrez la observaba desde lejos. Podía sentir su ojos en cada uno de sus movimientos. Se estaba acercando. Lo saludó con una leve inclinación de cabeza y dejó que la abrazara cariñosamente. Era consciente de que el editor había querido mucho a su padre. De hecho, siempre intuyó que Emerio había encontrado en él al hijo que no había tenido. Ella, en cambio, no lograba ver la grandeza que Emerio

había alabado tanto en el empresario editorial.

—¿Cómo estás? —le preguntó al oído.

Ana se alejó de manera elegante. Lo quería lejos.

—Bien. Con muchas cosas por resolver.

—De eso tenemos que hablar.

—No voy a viajar a Madrid.

—No, tenemos que hablar de la editorial y de las empresas de tu padre. Como apoderado, hay muchas cosas que tengo que consultarte siendo la única heredera de Emerio.

—Hoy no, Marcos, hoy no.

—Hoy sí. Esta noche paso por tu casa. Mañana salgo para Madrid.



Verónica Ávalos releyó el escrito, ya lo conocía de memoria. Hacía tiempo que no se dedicaba a realizar personalmente una autopsia. Ella y Ana eran amigas desde la infancia. Se habían conocido en el Colegio de Todos los Santos, en Olivos. Desde ese momento se habían vuelto inseparables. A medida que fueron creciendo, descubrieron su particular afición por los misterios. Su juego favorito consistía en elegir una noticia policial y especular respecto al posible culpable. Así descubrieron una profesión: la criminología forense.

Una vez que concluyeron sus estudios de medicina, ingresaron en la Escuela de Oficiales General Don Martín Miguel de Güemes, de la Gendarmería Nacional, y tras cuatro años de estudio obtuvieron la licenciatura en Criminología. Trabajaron juntas para la Policía Científica por casi diez años. Luego Ana se enamoró de Máximo Zaldívar, «el *playboy* de las finanzas», como lo llamaba la prensa amarillista, y la vida de Ana dio un vuelco. Creyó que había encontrado al hombre de su vida, y cuando estaba decidida a pasar el resto de sus días con él, el financista la abandonó sin explicación. Ana nunca se lo perdonó.

Meses después de la ruptura, renunció a la Federal y se dedicó a ser consultora externa. En pocos años se convirtió en la estrella de los casos policiales más sórdidos. Había logrado resolver misterios que, por años, se habían calificado como «crímenes perfectos». Su atrevida línea de análisis y sus innovadores métodos de investigación la ubicaban como una de las mejores forenses del país, y también gozaba de una destacada reputación en el exterior. Además, el hecho de que la criminóloga fuera hija del exitosísimo empresario Emerio Beltrán le abría las puertas del mundo, y más.

Verónica hizo a un lado los recuerdos y volvió a leer el reporte criminalístico.

El examen *post mortem* arrojaba una conclusión clara: muerte por asfixia mecánica, antecedida por reiteradas y diversas torturas. El procedimiento médico

había sido impecable. No había errores en el análisis forense. El horario de deceso se había determinado entre las cinco y las siete de la tarde del miércoles anterior. Se informaba de manera detallada cada una de las torturas a las que la víctima fue sometida. Más allá de eso, los investigadores no tenían con qué trabajar. No había motivo aparente, no había antecedentes de amenaza, nada.

Ávalos había pasado horas observando detenidamente el cuerpo del difunto. El asesino demostraba inteligencia. Pese a su profundo análisis, ella no lograba encontrar pista alguna que confirmase su presencia en el lugar. Emerio no había podido colgarse solo, alguien lo había subido a la viga central de la biblioteca. Pero si no encontraba un indicio que lo confirmara, la muerte de Beltrán iba a ser muy difícil de resolver.

El *leitmotiv* de todo buen forense, sostenía la criminóloga, es que el criminal siempre deja su sello personal sobre el cuerpo de la víctima o en el lugar de los hechos. Una colilla, un cabello, un fragmento de piel bajo las uñas de la víctima. Pero en lo que a la muerte del millonario concernía, no había ningún indicio. La boca había sido cosida con un hilo quirúrgico sintético, de poliamidas o nylon, no absorbible, algo muy común. No era rastreable y se conseguía fácilmente. Tampoco presentaba huellas, por lo tanto no era útil como pista. Al quitar el hilo y abrir la boca del difunto, constató que la dentadura presentaba piezas desprendidas (probablemente, consecuencia de los golpes recibidos) que se encontraron en el fondo de la cavidad bucal.

Emerio Beltrán tenía casi ochenta años. Había sido un hombre sano y muy activo. Quien lo atacó no tuvo contemplaciones. El estado en el que lo encontraron resultaba brutal, aun para un forense. ¿Qué provocó tal ensañamiento? Debía hablar con Alfredo Etchegaray y pedirle que citara a Marcos Gutiérrez, la mano derecha del millonario; él debía estar al tanto de las tareas del director de Centauro.

Verónica volvió sobre las fotos de la autopsia. Observó detenidamente las marcas del cable con el que había sido ahorcado Beltrán. La carne había quedado al rojo vivo; el peso del cuerpo y las horas que estuvo colgado hicieron estragos en la piel avejentada y de tinte violáceo. Se recostó sobre la silla. Encendió su computadora y abrió un buscador. Luego, más por instinto que por razones empíricas, buscó información sobre otra muerte, la de Máximo Zaldívar.

Madrid

Francisco Pereyra tenía concertada una entrevista con Sofía Campos, la socia de Máximo Zaldívar, para esa misma tarde en las oficinas que ella había compartido con la víctima. A medida que avanzaba en la investigación del asesinato del financista, más lejos se sentía de la verdad. No tenía ninguna pista. El homicida era un profesional, no tenía dudas. No habían logrado encontrar huellas ni otro rastro de una segunda persona en el lugar de la muerte, con excepción del esmero puesto en la

limpieza de la sangre en el baño y sobre el piso.

El llamado a Campos había sido breve y preciso. La mujer accedió a recibirlo de inmediato. Pereyra sabía que Sofía Campos había estado involucrada sentimentalmente con Zaldívar antes de que él conociese a Miranda, su actual viuda. Se preguntaba en qué términos habrían quedado. Supuso que buenos, ya que continuaban trabajando juntos, aunque las cuestiones afectivas no solían seguir el mismo camino.



Cuando la tarde llegó a su fin y el silencio en las oficinas de MZ se hizo casi tangible, Sofía Campos notó que se había quedado sola. Como siempre. Sin razón para volver a su hogar y resistiéndose a recorrer los mismos pasos que había seguido detrás de Máximo horas antes, prefirió avocarse al trabajo y concentrarse en lo que tenía pendiente.

El número cuatro de la calle Humilladero era su casa desde que había empezado a trabajar con Zaldívar, en 2001. Habían compartido ese piso unas semanas antes de que Miranda del Hierro y Argüello apareciera en sus vidas. Sonrió. Máximo solía ir cuando necesitaba pensar, despejarse. Apagaba su celular, entraba a la casa y dormía una siesta, o simplemente salía a caminar por el Barrio de La Latina. Aun casado, no había perdido la costumbre de hacerlo. Fue allí donde encontró la muerte. Se sintió aún más triste. Lo extrañaba.

No podía concentrarse. Cerró su *laptop* y giró la silla. Se quedó mirando el Paseo de la Castellana. No dejaba de repasar mentalmente las últimas conversaciones con Máximo. No lograba recordar nada fuera de lo normal. Miró la hora. El detective Pereyra arribaría en cualquier momento.

¿Cómo había llegado todo a este punto? Máximo, muerto; ella, a cargo de una empresa que solo le interesaba administrar si era junto con Zaldívar; Ana Beltrán, nombrada heredera ¿del imperio Zaldívar? No poder acceder al testamento del difunto le estaba carcomiendo los nervios. Máximo había planeado algo y la había dejado afuera. Desde que se había casado, ya no era el mismo. Desde que ella se había casado, tampoco era la misma.

Sabía por Miranda que Marcos estaba por llegar a Madrid. Marcos había estado con Miranda, con ella y, seguramente, también con Ana Beltrán. ¿Qué atractivo le encontraban las mujeres a ese hombre?

«Cara de hombre», pensó Sofía mientras evocaba el último encuentro con el nuevo director de Centauro. También sabía moverse muy bien bajo las sábanas. Había algo en Gutiérrez que atraía a las mujeres. No podía definir de qué se trataba, pero aquel era un hombre mucho más complejo de lo que alguien podía imaginarse.

Paradójicamente, él también había caído por Ana Beltrán. Primero Ernesto, después Máximo y, por último, el único hombre que nunca había logrado descifrar del todo: Marcos Gutiérrez.

La vista volvió a escaparse hacia La Castellana. Las luces, intermitentes, parecían parpadear al son de alguna melodía imposible de escuchar detrás del vidrio blindado que la separaba del mundo. Esa hora de la noche, cuando la soledad y el silencio abrumaban y las horas de trabajo se le hacían tangibles en el cuerpo, era para Sofía quizás el momento más áspero.

Un golpe en la puerta la volvió a la realidad. Se sobresaltó al encontrarse con la figura oscura de Francisco Pereyra.

—No quise asustarla —se disculpó el detective con la voz firme mientras se acercaba—. He llamado a su móvil y me he decidido a entrar porque no contestaba.

—Lo siento, no lo he escuchado —respondió Sofía acercándose al policía y estrechándole la mano—. Pase. ¿En qué puedo ayudar?

—Necesito hacerle unas preguntas más, Sofía. Sé que es tarde y debe de estar cansada, así que a cambio de su cooperación la invito a cenar y luego la llevo a su casa.

Ella se sorprendió. La invitación del policía le pareció atípica, pero lo cierto era que le apetecía una cena con alguien fuera de su círculo de conocidos. Por lo tanto, no dudó en aceptar. Pereyra parecía un sujeto educado, amable, de rasgos finos y elegantes. «Demasiado bien vestido para ser detective», se sorprendió reflexionando. No pudo evitar recorrerlo con la mirada por un par de segundos cuando él se adelantó para responder un llamado. Tendría unos cuarenta años, el pelo oscuro que contrastaba de manera singular con los ojos verdes. «No está nada mal», pensó Campos.

—La debe sorprender que la invite a cenar.

—No —mintió Sofía—. Supongo que quiere que me relaje para sacar la mayor información posible, ¿me equivoco?

Pereyra no pudo evitar sonreír.

—No, no se equivoca. Necesito que me diga muchas cosas que creo que no está diciendo.

—¿Eso cree? Yo creo que le he dicho todo lo que sé.

El detective volvió a sonreír. Y le cedió el paso. Caminaron por el largo pasillo casi en penumbras y esperaron el ascensor. Subieron.

—Creo que sabe más de lo que dice.

—¿Y piensa que con una buena comida y un buen vino va a obtener más información?

Sofía notó que Pereyra quería comer con ella más allá de la investigación. A ella también le gustaba la idea. Pereyra le señaló su vehículo.

—Eso, y la buena compañía —contestó el detective y abrió la puerta del coche para invitarla a subir.

Sofía dejó escapar una carcajada y se relajó. Había algo en Pereyra que le daba cierta paz, y a esa altura de la noche era más de lo que podía pedir.

Buenos Aires

Ana se desplomó sobre el sofá y dejó que el día decantara. Había enterrado a Emerio. Mil veces imaginó cómo sería el día en que muriera y ella tuviera que hacerse cargo de un imperio que, desde que tenía memoria, había tratado de evitar.

Su pasión por los crímenes había nacido en su niñez, y su padre no se opuso. Al contrario, la alentó. Así se había convertido en una renombrada figura de la criminología forense. Pero Emerio dejó algo bien claro: cuando él no estuviera, la única heredera sería ella. Sin hermanos, y habiendo muerto su madre, Ana era la única y total heredera de la Corporación Centauro. Y había llegado el momento de aceptar la responsabilidad y de hacerse cargo.

Se sentía abrumada. Le gustaba su vida tal y como era, simple y tranquila. Y heredar Centauro iba a obligarla a cambiar sus hábitos. También estaba el tema de Marcos Gutiérrez. Su padre confiaba ciegamente en él. De hecho, era quien manejaba la corporación desde hacía años, pero ella no le tenía tal confianza. No solo por el pasado compartido. Había algo más, algo que no lograba definir.

Cerró los ojos y recostó la cabeza sobre el respaldo del sillón. Necesitaba dormir y dejar de pensar una y otra vez en los labios cosidos de Emerio, en la muerte de Máximo, en Centauro, en Marcos. Necesitaba poner la mente en blanco y no elaborar conjeturas propias de su profesión. Debía dejar que fueran Etchegaray y Verónica quienes se ocuparan de resolver el asesinato, aunque no podía evitar que la misma imagen se repitiera una y otra vez. ¿Qué sabía su padre que le costó la vida?

No iba a poder descansar hasta despejar sus dudas. Tenía que bañarse, cambiarse de ropa y después ir a la casa paterna. Había mucho por revolver. Debía encontrar algún indicio. Se incorporó lentamente. Le dolía el cuerpo y sentía la falta de sueño. Estiró lentamente el cuello y luego se desabotonó la camisa. No había terminado de quitarse los zapatos cuando sus ojos se cruzaron con la luz parpadeante del contestador telefónico. Desde la noche del zoológico que no escuchaba mensajes. No tenía ánimo de oír los cientos que había, pero debía hacerlo. Se acercó, presionó un botón y dejó que las voces salieran del aparato mientras iba a preparar el baño.

Caminó despacio. Iba descalza, podía sentir la madera tersa bajo las plantas de los pies y luego la alfombra suave. Se terminó de sacar los pantalones oscuros y se desató el pelo. Movié la cabeza para ambos lados y sacudió la larga cabellera, al tiempo que trataba de sacarse el día de encima. Respiró profundo y se miró en el espejo. Tenía treinta y cinco años y estaba a punto de hacerse cargo de la empresa familiar. «Familiar». Repitió la palabra y sonrió triste. Tras la muerte de Emerio, estaba completamente sola. No se había casado, no tenía hijos, ni siquiera tenía novio. Su vida era patética. Abocada a su trabajo, día y noche, había rechazado

cualquier relación de tintes románticos, especialmente después de que Máximo Zaldívar la dejara. Y entonces le pareció escuchar su voz.

Capítulo IV

Buenos Aires, fines de 2001

MÁXIMO Zaldívar dio una vuelta por el *lobby* del hotel mientras el resto de la comitiva festejaba en el bar la compra de Centauro. Haber logrado adquirir la editorial de Beltrán era un triunfo personal. Sonrió. No podía evitar imaginar el desconcierto de Emerio cuando supiera quién había sido realmente el comprador de la mitad del paquete accionario de su empresa. A lo lejos distinguió a Marcos Gutiérrez que se acercaba. En su mano traía una botella de champagne y dos copas.

—Felicitaciones, Max —dijo mientras le acercaba una.

Zaldívar sonrió. Después de mucho trabajo, finalmente podían festejar. Sin la ayuda de Marcos, nunca habría entrado en los círculos en los que se movía en la actualidad. Le debía mucho. Y solo por eso levantó su copa y dijo:

—Por el próximo director de Centauro.

Marcos dejó escapar una carcajada. Haber dejado que Máximo se encargara de sus negocios había sido un acierto. Era despiadado, un buitre carroñero que arrasaba con cualquiera que se interpusiera entre el objetivo final y él. Y eso era justo lo que necesitaba para entrar en Centauro. Brindó con el que, en breve, se convertiría en su amigo y confidente. Sonrió y volvió a servir champagne en las copas.

—Va a ser dura la fusión.

—Y va a ser muy complicado que Beltrán acepte nuestras condiciones —respondió Máximo mientras bebía, perdiendo la mirada en la figura que acababa de abandonar el bar y caminaba directo hacia ellos.

—Parece que te vienen a buscar —comentó Marcos mientras seguía el contoneo sugerente de la mujer que se acercaba.

—Bueno, si me busca, haré el esfuerzo —respondió Zaldívar—. Esta noche no me vendría mal un poco de diversión.

Máximo tenía los ojos clavados en el escote que se aproximaba. Gutiérrez observó la escena divertido. Máximo y Sofía Campos mantenían una relación que se basaba en un juego permanente de seducción desde que tenían veinte años. No recordaba ocasión en la que no los hubiera visto discutir fogosamente para luego desaparecer en la oscuridad. Amantes eternos pero escurridizos a la hora del compromiso, habían tenido relaciones estables pero siempre volvían a la cama del otro.

Compartían un lenguaje secreto, un código íntimo que solo ellos sabían descifrar. Bailaban al compás de una melodía que nadie más escuchaba. Gutiérrez no entendía por qué no estaban juntos. Eran tal para cual. Se desafiaban, compartían los mismos placeres y con tan solo mirarse decían más que cualquier pareja con años de casados. Sin embargo, ahí estaban, otra vez, a la vera de la contienda, destilando feromonas

mientras mantenían la mirada del uno clavada en la del otro. A ver quién de los dos caía primero. La energía sexual que emanaban resultaba casi palpable.

Sofía y Máximo. Una batalla. Cada vez que se encontraban, aunque supieran que acabarían enroscados entre sábanas, desplegaron sus mejores armas de conquista y se disponían a atacar al enemigo. Eran como serpientes acorralando a la presa. Disfrutaban más del preludeo que del encuentro. Se observaban, se estudiaban, se desafiaban y, antes de acceder al convite, se probaban. ¿Cuánto tardarían esta vez?

Sofía se acercó sonriente. Sus ojos estaban clavados en el azul profundo de los de Máximo. Lo miró desafiante, como siempre, como cada ataque planeado en el que la víctima conocida se deja seducir otra vez para caer en sus garras y entregarse.

—Señores —dijo ella levantando la copa que traía en la mano—. Por la mejor compra de Financial Asset Management.

Marcos volvió a sonreír. Chocó su copa con la de la mujer y la besó cariñosamente en la mejilla. Ella respondió al saludo con la calidez de siempre.

—Tratelo bien —dijo Marcos. Sofía y Máximo rieron.

—Siempre —respondió ella, al tiempo que clavaba su mirada en los ojos color azul petróleo de Zaldívar—. Siempre.

Máximo Zaldívar se encontraba en la cresta de la ola, inmerso en el néctar del éxito. Era un as de las inversiones bursátiles que, a la hora de diseñar portafolios a medida, realizaba maravillas en los abultados bolsillos de su cartera de clientes. Atractivo y exitoso, podía darse el lujo de ser todo lo selectivo y desconsiderado que le viniera en gana. Los tiempos de salir a la caza de clientes o de una operación habían terminado. Ahora los inversores tocaban a su puerta y él prefería recluirse en el silencio de sus pensamientos y filtrar los contactos.

En público, era un sujeto lo necesariamente agradable. En la intimidad, odiaba las fiestas y los encuentros sociales, aunque era consciente de que un asesor financiero vivía de esos eventos y del arte de hacer buenas conexiones. La fama y el dinero le habían facilitado el acceso a los mejores sitios, y el porte varonil, a las mejores mujeres.

Su primera operación grande fue la venta de todas las acciones que sus clientes tenían en las aseguradoras de fondos de pensión. Dos días después, el Ministro de Economía anunciaba una canasta de tres monedas y la bancarización compulsiva a través de tarjeta de débito. La fuga de capitales frente a la inevitable debacle financiera hizo que los valores de las acciones de empresas institucionales, como por ejemplo las de ahorro y jubilación, se desmoronaran. Las pérdidas fueron incalculables. Las aseguradoras licuaron sus activos y, en un santiamén, los inversionistas perdieron todo su capital. Los clientes de Zaldívar, en cambio, brindaron con champagne por los dólares que el *broker* había logrado sacar del país a través de alguna operación *non sancta* —o, como decían en la jerga, «una operación blue»— cuyo costo pagaron sin protestar con tal de asegurar el resguardo de su

patrimonio.

No fue mucho después cuando Máximo giró los fondos de sus clientes al exterior eludiendo los controles y las restricciones del Banco de la República frente a la explosión financiera. La devaluación fue lapidaria, pero la seguridad de los bancos *off shore* y los paraísos fiscales hicieron de Zaldívar el gurú de las finanzas y el único que les dio a sus clientes la tranquilidad de haber transferido sus activos a la zona franca de Montevideo y, desde allí, al mundo: Tortola Virgin Island, Suiza o Caimán, las posibilidades eran infinitas.

Máximo estaba muy bien conectado, y su visión de negocio era brillante e impecable. Ante cualquier catástrofe bursátil, la cartera de Zaldívar quedaba intacta, o se triplicaba en un abrir y cerrar de ojos. Por eso las comisiones obscenas que cobraba eran aceptadas sin discusión por los empresarios que confiaban la administración de sus patrimonios al niño estrella de las finanzas que mejor se movía en las esferas del poder.

Cuando Zaldívar fue nombrado gerente general de la sociedad de bolsa en la que trabajaba, no se sorprendió. Había hecho ganar más dinero a la firma en un año que sus mejores *brokers* estrella en el último lustro. Financial Asset Management —o FAM, como se la conocía en el mundillo bursátil— estaba a sus pies, y la conciencia laxa del comité directivo le daba un campo de acción por demás tentador y fructífero. Con tan solo treinta y seis años, Máximo Zaldívar tenía una pequeña fortuna que bien valía cada una de sus operaciones oscuras. Atractivo y poderoso, resultaba un soltero interesante de atrapar. Pero Máximo estaba demasiado dedicado a los negocios, y sus salidas nocturnas no eran más que una forma de agasajar clientes o conectarse con aquellos que le interesaba incorporar en su cartera de inversores. Durante esas noches, si la oferta era tentadora, jamás dejaba pasar la oportunidad de divertirse. Las mujeres le resultaban fáciles. Las conocía en alguna reunión social, las seducía sin el menor esfuerzo y ellas se entregaban sin pestañear. Luego, aburrido, las despachaba. Por eso, cuando de casualidad conoció a Ana Beltrán en las oficinas de Centauro, asumió que su caso no sería diferente. Se equivocó.



La reunión de directorio estaba pautada para las doce. El salón de conferencias del piso treinta aún estaba vacío. Ana entró, recorrió la inmensa sala con la mirada y dejó su cartera sobre la silla en la que acostumbraba ubicarse, junto a la de su padre. No solía pasar mucho tiempo en la editorial. Sin embargo, cuando había reunión de directorio, tenía obligación de asistir por poseer parte del paquete accionario de la corporación.

Había entrado a la editorial por primera vez cuando tenía siete años. De la mano

de Emerio descubrió el mundo de las noticias y el dedicado oficio de editor. Le gustaba verlo trabajar, quedarse en silencio en su oficina hasta que él se olvidaba de que estaba ahí, y entonces observar la forma en que apoyaba la cabeza sobre la mano derecha cuando estaba formulando alguna idea. O la manera en que se recostaba en el sillón y levantaba su pierna hasta apoyar un pie sobre la rodilla, en forma de ángulo recto, para después abrir un libro y leer sin pausa. Había aprendido a conocer a su padre mediante la mera observación. Sus silencios, sus pausas al hablar, la manera en que agarraba la lapicera cuando corregía un editorial (le gustaba hacerlo sobre papel, sin excepción) o el modo en que arqueaba la ceja derecha cuando algo no estaba bien. Si cerraba los ojos, podía escuchar la música de fondo que acostumbraba a oír. Wagner, *La cabalgata de las valquirias*. Podía quedarse horas en aquel refugio, y observar tranquila como Emerio escribía hasta que levantaba la vista, la miraba, y sonreían.

Durante sus visitas, cerca de las cinco de la tarde, Margarita, la secretaria que lo asistía desde que tenía memoria, le preparaba un té de jazmín y le convidaba galletitas Manón. Ese era su momento preferido. El brebaje tenía un aroma exótico, nuevo. Cada vez que lo saboreaba, dejaba que su esencia se alojara en la boca impregnando hasta la última papila gustativa. La tisana le resultaba tan personal y distintiva que se sentía sofisticada y elegante tan solo con tomarlo. Por aquel entonces no conocía a nadie más que lo bebiera. Se convirtió en su infusión favorita.

Emerio Beltrán era un buen padre. Había hecho malabares entre el trabajo y la crianza de Ana cuando enviudó. Su rutina laboral se alteró por completo, como también la de la casa que compartían. Se obligaba a volver temprano cada noche y comer juntos, y había suspendido cualquier reunión durante los fines de semana. Esos días los dedicaba a su hija. Por eso, cuando ella decidió dedicarse a la criminología forense, y no seguir sus pasos, él no se opuso sino que la alentó. Solo puso una sola condición: el día en que él no estuviera, Ana quedaría a cargo. Y ella aceptó.

No lo escuchó. Emerio entró sin anunciarse, sigiloso. Sonrió, la miró un rato y cuando apoyó su anotador sobre la mesa, ella giró y le devolvió la sonrisa.

—Tenemos que hablar, Ana.



Máximo Zaldívar repasó los estados contables de Centauro rápidamente y los colocó en el maletín; no le interesaban en absoluto. Había comprado la mitad del paquete accionario por motivos totalmente ajenos al negocio. El primer paso ya lo había dado: adquirir una parte importante de la empresa. Ahora debía ganarse la confianza de Beltrán, y para eso necesitaba a Marcos Gutiérrez.

Si bien se movían dentro del mismo círculo, no se conocieron hasta que

ingresaron en la universidad. Y allí congeniaron enseguida. Marcos le presentó a Sofía Campos, y Máximo quedó deslumbrado con ella. Primero fueron amigos, muy pronto se convirtieron en amantes y luego fueron todo eso y más.

Miró el reloj. Debía estar en Centauro en una hora. El consejo directivo se reuniría para conformar el acta con la nueva participación accionaria. El comprador, una sociedad anónima ficticia que había creado para la ocasión, le serviría para ocultar que él era el verdadero dueño de la compañía. Si Beltrán sospechaba quién era el comprador, el plan podía desmoronarse.

Le había llevado mucho tiempo planificarlo. Por eso, cuando escuchó que Centauro estaba atravesando dificultades financieras, creó Monalia, una empresa ficticia que se mostró interesada por el cuarenta y nueve por ciento del paquete accionario. La oferta fue muy tentadora y Beltrán aceptó. La operación de compraventa se realizó a través de FAM, la empresa en la que trabajaba Máximo, por lo tanto no resultaba sospechoso que él la manejara. De hecho, Monalia le otorgó un poder para manejar la fusión de las compañías.

Centauro había nacido como casa editorial a principios de 1880. Sin embargo, sus orígenes fueron anteriores. En 1871, cuando estalló la epidemia de la fiebre amarilla en Buenos Aires, las familias porteñas se alejaron de la ciudad para evitar el contagio. Los Zaldívar se habían refugiado en La Querencia, la estancia que tenían en Mercedes. Allí, un grupo de amigos se reunía cada semana y fundó una asociación literaria que empezó a gestar lo que más tarde sería la editorial. Cuando la amenaza de la fiebre pasó y el grupo volvió a la gran ciudad, comenzaron a publicar una revista titulada *El Porvenir Literario* y así nació la Sociedad de Ensayos Literarios. Fue en 1873 cuando este mismo grupo conformó la Academia Argentina de Ciencias y Letras, que presidió Martín Coronado.

Aquella fue una época de esplendor. Además del dramaturgo, la academia contaba con intelectuales ilustres como Juan Carballido, Gregorio Uriarte, Carlos Vega Belgrano y Justo Beltrán; poetas del talento de Rafael Obligado y científicos como Eduardo Ladislao Holmberg y Federico Zaldívar; también artistas plásticos como Ventura Lynch y Lucio Correa Morales. En 1879 la entidad se disolvió.

Juan Carballido y Gregorio Uriarte continuaron dedicándose a sus labores en el ámbito del Derecho. Carlos Vega Belgrano, el periodista, continuó publicando *El Plata Literario*. Holmberg fundó *El Naturalista Argentino*, primer periódico científico del país, unos años antes de convertirse en director del Zoológico de Buenos Aires. Por su parte, Justo Beltrán y Federico Zaldívar fundaron Centauro; tras varios años de sociedad y sin motivo aparente, Beltrán compró la parte correspondiente a Zaldívar y se separaron definitivamente.

Anotaciones de Pérgamo

Egipto, Alejandría, 415 d. C.

Abandonó la casa de Orestes y emprendió camino hacia el templo erigido en honor al dios Serepis. No le importaba perderse en la oscuridad de la noche. Necesitaba despejar su cabeza, liberar su mente de la sensación de fracaso de la víspera. El ágape en casa del gobernador no había llegado a buen puerto. Cirilo insistía en poseerla, física y mentalmente. La quería para él. Ya lo había dicho: la biblioteca y su directora, en cuerpo y espíritu.

El arzobispo la deseaba en su cama, se lo había dejado bien claro en más de una oportunidad. La deseaba. La buscaba cuando ella menos lo esperaba. Y después estaba Orestes, su fiel amigo Orestes, amante perfecto, galante, inteligente... Aunque Cirilo le despertara una repulsión y una atracción que no podía manejar. La gran Hipatia de Alejandría, primogénita de Teón y primera directora de la biblioteca, se encontraba en la disyuntiva gracias a que un cristiano se le había inmiscuido en la mente de una manera que no le permitía pensar. La reflexión silenciosa la hizo sonreír. Se detuvo. Respiró profundamente: estaba en el medio de los jardines de la corte.

El zoológico, creado por el Gran Alejandro, era su lugar preferido dentro del Templo de las Musas. Los rugidos nocturnos, los olores exóticos, los sonidos familiares pero misteriosos a la luz de la luna. Se sentó bajo la pérgola y cerró los ojos. No le sorprendió sentir su aroma, sabía que la había seguido.

—Te fuiste sin despedirte —dijo él, y con el dorso de la mano recorrió la espalda semidescubierta de la mujer bajo la toga blanca.

—Sabía que me seguirías —respondió ella mientras se recostaba sobre el vientre duro del gobernador y sentía cómo él se inclinaba para besarle el cuello y luego desprenderla de su túnica.

—Estás mal acostumbrada, mujer... pero no puedo evitarlo.

Orestes deslizó sus manos por el cuerpo desnudo de la directora de la biblioteca. Ella se entregó a los placeres sin dudar. Sin embargo, mientras el gobernador la poseía sobre la piedra fría del zoológico alejandrino, su mente imaginaba que, sobre ella, estaba Cirilo, quien, con su piel aceitunada, la penetraba hasta la locura.

Buenos Aires, 1903

Federico Zaldívar asintió lentamente. Luego posó sus ojos sobre Justo en busca de un gesto de aprobación. Beltrán inclinó la cabeza. Estaba de acuerdo. Aliviado, Eduardo les entregó el libro.

—Julio está de acuerdo en que Centauro sea el custodio de este secreto.

—Dígale al general Roca —respondió Zaldívar— que lo cuidaremos con nuestra vida.

Holmberg asintió.

—No sé cuánto tiempo más seré el director del zoológico. El intendente Casares ha designado una comisión consultiva que intervendrá el parque. Este manuscrito ya no está seguro en mi poder.

Beltrán volvió a asentir, estiró su mano y tomó el libro. Estaba envuelto en un género viejo que amenazaba con deshacerse. Lo abrió.

—¿Y el resto? ¿Podemos verlo?

—No, lo siento. Solo yo tengo acceso —respondió Eduardo mientras se ponía de pie y miraba por última vez el libro—. He tenido este tesoro desde 1887. No se ha apartado de mi lado nunca. Les ruego, como me pidió a mi don Faustino, que lo protejan de aquellos que quieren que el conocimiento todo desaparezca.

—¿Sarmiento? —preguntó Zaldívar.

—Sí, y a él se lo entregó el mismísimo Charles Darwin durante su segunda expedición a bordo del *HMS Beagle* a principios de los setenta. Este secreto viene de las manos más antiguas y hemos de velar por él hasta que llegue el momento de ser revelado.

Buenos Aires, fines de 2001

La reunión del consejo directivo había comenzado a las doce. Emerio Beltrán, como socio mayorista, presidía la sesión. A su izquierda se ubicaba Ana y, frente a ellos, la gente de Monalia, la empresa que había adquirido el cuarenta y nueve por ciento de las acciones. La sociedad estaba representada por Marcos Gutiérrez, quien de manera inmediata ocuparía el cargo de editor en jefe. A su lado se ubicaba el representante legal y financiero de la compañía, Máximo Zaldívar.

Ana conocía la reputación de Zaldívar. El *broker* tenía fama de buitre. Además de operar de una manera muy agresiva en el mercado de valores, se dedicaba a la compra de empresas en declive para remontarlas y venderlas a precios exorbitantes. Era especialista en fusiones, y por eso estaba allí. Pero Ana no pensaba dejar que Zaldívar sacara ventaja de la situación de Centauro.

Conocía Centauro de una punta a la otra. Sus vértices minúsculos, sus aristas profundas, las discusiones de pasillo y los reclamos del personal. Se había criado en la editorial. Por eso, cuando supo que el reconocido financista y *playboy* estaba a cargo de la operación que comprometía a su compañía, decidió participar activamente del comité directivo que controlaría la nueva Centauro. No iba a permitir que un ave de carroña se devorase la empresa por la que su padre se había desvivido. No concebía la posibilidad de perder Centauro a manos de un reconocido gígol.

Zaldívar había abierto la sesión tratando de ser lo más agradable posible. Habló de la historia de Centauro, de su renombre y de los ilustres autores que la casa había publicado. Ana lo escuchó atentamente pero no pudo evitar distraerse cuando notó que Emerio tenía la mirada perdida en el paisaje tras la ventana de la oficina: un

innovador puente del arquitecto Santiago Calatrava que estaba a punto de terminar de construirse. Este cruzaba el Río de la Plata logrando una síntesis perfecta entre lo pacífico del río y lo revolucionario de la construcción. Sufría. Emerio no lograba digerir la pérdida del control total de su compañía. Ana no podía ver a su padre abatido. Volvió a concentrarse en Máximo. El hombre, envuelto en un traje azul oscuro e impecable camisa blanca, parecía un modelo a la espera de una sesión de fotos para *Vogue* más que un mago de las finanzas y las inversiones de múltiples cifras. Ya no lo estaba escuchando. Y él lo notó porque, sin ningún sentimiento de culpa, se ubicó frente a ella y la recorrió de punta a punta. Ana no lo notó hasta que el silencio fue evidente. Tenía la cabeza en otro lado.

—Perdón, me distraje —se disculpó. Se acomodó en la silla y esperó que Zaldívar continuara con su perorata.

Marcos Gutiérrez se excusó cuando recibió un llamado telefónico y salió de la oficina. Emerio aprovechó la interrupción para salir un momento también.

—Por favor —dijo Emerio Beltrán—, continúe, señor Zaldívar. Ana es de mi total confianza, usted puede informarle todo a ella. Enseguida vuelvo.

Máximo asintió y volvió a la criminóloga. La había conocido por los diarios, sabía que era una belleza, pero no imaginaba que en persona lo era mucho más. Prosiguió.

Ana lo estudió unos segundos mientras se acomodaba en la silla y se servía un vaso de agua. Máximo Zaldívar era famoso por su temperamento y por su habilidad para mantenerse impávido frente a cualquier situación. Era una de esas personalidades difíciles de descifrar, un enigma que no hubiera tenido ningún inconveniente en descubrir si no le generara tanto rechazo su personalidad egocéntrica. Ni hablar del modo en que acababa de recorrerla con la mirada. Una ola de calor le arrebató el cuerpo y la rosácea se hizo evidente. Notó que Zaldívar sonreía burlón. Ya no era una adolescente como para no controlar sus emociones. A fin de cuentas, estaba allí por un objetivo concreto: sacar la mayor ventaja posible frente a la fusión.

La voz profunda de Zaldívar la devolvió a la realidad. Había algo en él que le resultaba atractivo. Algo que no podía definir, un extraño cosquilleo y una aversión contrapuesta y simultánea. Una mezcla de rechazo y atracción que la desconcertaba. Le había molestado pero, por otro lado, el calor de esos ojos que parecieron desvestirla palmo a palmo había levantado la temperatura de su cuerpo de manera inesperada.

—Dígame, señorita Beltrán, ¿no resultan suficientes las garantías que le di a su padre?

Ana sonrió. Zaldívar pensaba que era idiota.

—Creo que es mejor para todos resolver esto mano a mano —respondió ella con una firmeza que no pareció molestar a Máximo.

—¿No confía en mí? —inquirió él divertido, mientras se apoyaba sobre el borde

de la mesa de reuniones y se cruzaba de brazos marcando el trabajo evidente de sus músculos.

—No —contestó Ana desafiante—. La palabra de un señor, como le dijo a Emerio, no es ninguna garantía.

—Usted sabe que soy cabeza de una de las sociedades de bolsa más prestigiosas del mercado de valores. La Comisión Nacional no admitiría menos que un señor entre sus miembros —dijo Zaldívar burlón.

Ana dejó escapar una carcajada que resumía lo que pensaba de toda la parafernalia del mercado de valores y de señores como Zaldívar.

—La CNV —irrumpió Ana— cierra los ojos cuando no quiere ver. Insisto, ni su dudoso carácter de señor ni su cintura bursátil son garantía de nada. Un par de operaciones exitosas en el momento justo y el mundillo financiero está a sus pies. Pero ¿cuánto va a durar? ¿Hasta un próximo «Tequila»?

Máximo no pudo evitar reírse. La mujer no tenía ni la menor idea de lo que hablaba, sin embargo en ella había algo que le hacía acordar a alguien. A él. Era desafiante, fuerte y poseía una personalidad interesante, sin dejar de mencionar que tenía un cuerpo que se le antojaba para otra cosa más que para una negociación tan poco fructífera como aquella. Decidió seguirle el juego.

—Discúlpeme, señorita Beltrán, pero el hecho de que no le guste que su empresa haya caído en manos de mi cliente no hace de mí una mala persona y, menos que menos, un caballero de honra dudosa —Zaldívar le estaba tomando el pelo—. Soy un simple intermediario. Que me piense como una estrella financiera, es demasiado.

—¿Cuál es su comisión? —preguntó Ana sin inmutarse; Zaldívar sonrió—. Vamos, Máximo, usted no está acá por mero altruismo. Dígame cuánto le paga Monalia. ¿El uno y medio? Le pago el doble si se aparta de la fusión y deja todo en manos de otra gente.

Ana concluyó su frase al tiempo que se cruzaba de piernas y clavaba sus ojos negros en el azul petróleo de los de él. Percibió cierto desconcierto en el *broker*, que enarcó una ceja, incrédulo.

—¿Tanta mala fama tengo? —inquirió Máximo divertidísimo con el modo en que se estaban desarrollando los hechos.

—Su trabajo no es el de un miembro de Cáritas.

—Gracias a Dios —contestó Zaldívar mientras reía—. Si fuera de Cáritas, la gente como usted perdería su fortuna en un abrir y cerrar de ojos.

—¡La gente como yo! —Ana estaba furiosa.

—Exacto. Gente que hereda fortuna de la labor incansable de sus padres o abuelos y la patina en un abrir y cerrar de ojos, por incapaces.

Ella no podía creer lo que estaba escuchando. Él no solo se estaba burlando de ella, también la estaba llamando incapaz.

Máximo sonrió. Ana Beltrán no esperaba semejante respuesta, no estaba acostumbrada a que le hablaran así, y menos que le discutieran. Era dueña de una

cuantiosa fortuna y heredera de un imperio, todo el mundo le decía que sí. Eso la sacó de su lugar, y Máximo pensaba usarlo para su beneficio.

—¿Y usted se llama a sí mismo «señor»? —Peguntó incrédula—. ¡Me ocuparé personalmente de que la CNV le revoque la matrícula de operador de mercado! —gritó indignada.

—¿Cómo intentó hacer con Ernesto de Alvear?

El golpe fue bajo, pensó. Sabía que su ruptura con Alvear era *vox populi* y que su reacción pública, poco digna de un Beltrán. Respiró, trató de no volver a cometer el mismo error.

—Nos estamos desviando del tema, Zaldívar.

—Cierto, nuestro tema es Centauro. Le anticipé que no voy a negociar ni un solo punto de lo pactado.

—No esperaba menos —dijo Ana— pero creo que podemos llegar a un arreglo.

—No hay nada en el mundo que pueda ofrecerme, señorita Beltrán. Lo que se arregló con la compra del paquete accionario así se queda.

—Le puedo hacer la vida muy difícil en el comité —respondió la mujer.

Zaldívar se acercó al cuerpo firme que reposaba sobre la silla y dejó que sus manos se aposentaran sobre el apoyabrazos.

—Se la puedo hacer mucho más difícil —dijo él.

Ana pudo sentir el aliento cálido de Zaldívar. Lo tenía a escasos dos centímetros. La mirada clavada en sus ojos, los brazos apoyados a sus costados impidiéndole moverse. El silencio que los envolvía resultaba demasiado tenso.

—No me amenace, señorita. Soy mucho más de lo que puede manejar.

Máximo se alejó de la silla y volvió a su escritorio. Repentinamente abandonó su postura de galán y surgió el hombre de negocios. Ana había subestimado al oponente. Máximo no era Ernesto y su escote no estaba dando los efectos esperados.

—Le estoy ofreciendo una salida elegante, señor Zaldívar —insistió Ana—. Creo que un tres por ciento es más de lo que cualquiera estaría dispuesto a pagar, tan solo porque deje que yo elija al manager de la fusión.

—No insista —respondió Zaldívar—. En este caso no hay billete que valga —el sarcasmo en la voz del *broker* no la sorprendió.

—¿«En este caso»? —inquirió Beltrán—. ¿Es un asunto personal? ¿Algo pendiente con mi padre, tal vez?

—¿No le da miedo que sus preguntas destapen cuestiones que no está preparada para afrontar? —retrucó Zaldívar.

—No hay nada que no pueda manejar. De hecho, si tiene algún tema pendiente con Emerio Beltrán, resuélvalo en este preciso instante.

Se levantó de la silla y se acercó a la puerta con la intención de buscar a su padre. Máximo se acercó a tal punto que pudo percibir el perfume que llevaba. Ella no se inmutó y devolvió la mirada sin pestañear. Luego dijo:

—Hágame el favor —intentó abrir la puerta—, terminemos con esto y resuelva lo

que tenga pendiente con mi padre. Después haremos negocios.

—No existen pendientes entre el señor Zaldívar y yo, Ana —interrumpió Emerio, que notó la tensión entre ambos—. Continuemos, por favor.

Máximo sonrió, y volvió a mirarla. Le clavó los ojos como si fuera la última vez que fuera a verlos. Ana no se inmutó. Marcos Gutiérrez volvió a la sala.

—¿Seguimos?

Los presentes asintieron.

Ana escuchó el resto de la conversación en silencio. Máximo continuó su charla con Emerio y, eventualmente, la miraba desafiante. Ella devolvía el convite sin amedrentarse. El teléfono de Gutiérrez volvió a interrumpir la reunión. Se disculpó y salió; no pasaron más de dos minutos y regresó.

—Señor Beltrán, los escribanos nos esperan en la sala contigua.

—Perfecto. Por favor, Ana, continuá vos. Yo firmo los papeles y luego tengo otra reunión. ¿Está de acuerdo, señor Zaldívar?

—Encantado —respondió el financista. Luego sonrió y volvió a mirar a Ana. No pensaba dejarla escapar.

Cuando Emerio y Marcos salieron de la sala, Máximo se incorporó, recogió el sobretodo y dijo:

—Vamos.

Ana no atinó a moverse. No tenía intención de ir a ningún lado con Zaldívar.

—Dije «vamos» —insistió y, sin saber por qué, Ana hizo caso al imperativo poco sutil.

—¿Dónde? —Se sintió en desventaja.

¿Desde cuándo le hacía caso a un total desconocido? Pero Máximo no le dio respuesta ni tiempo para pensar, simplemente salió de la oficina y llamó al ascensor. Ella lo siguió sin decir palabra y solo habló cuando notó que estaban en la cochera del edificio.

—Perdón, ¿me puede decir adónde vamos?

Máximo sonrió.

—No —respondió y enfiló por Alicia Moreau de Justo.

Capítulo V

Miércoles

— **A**NA, soy Max. Escuchame bien. No puedo hablar mucho. Se lo notaba agitado, hablaba a toda prisa, casi como si no quisiera perder tiempo en respirar.

Ana salió del baño corriendo y alcanzó el contestador cuando el mensaje de Máximo llegaba a su fin. Presionó el botón de repetir y sintió cómo le latía el corazón. Volvió a escuchar la voz angustiada del amante de antaño.

—Fueron por Emerio, vienen por mí y, si no hacés exactamente como te digo, van a ir por vos, porque sos la heredera de Centauro.

Parecía aterrado. Guardó silencio por unos segundos y finalmente agregó:

—Ana, no confíes en nadie, están muy cerca.

La comunicación se cortaba ahí. Volvió a escuchar el mensaje una y otra vez. Luego, para nada tranquila, abrió el celular y llamó a Marcos. Cuando él respondió, no le dio tiempo de hablar.

—Nos vamos a Madrid —le dijo convencida—. Te veo en el aeropuerto.



Uróboro era su nombre de guerra. Pese al aspecto de hombre común, era un doble agente. No había un segundo de paz en su vida. El carácter arquitectónico de la mentira en que vivía permitía sostener dos realidades paralelas: el agente encubierto de Interpol, inmerso en el corazón de La Legión, y Uróboro, el espía que La Legión creía haber formado y preparado para infiltrar en la Corporación Centauro.

Para los Servicios Secretos de Interpol, Agustín Riglos se convirtió en el Agente Cero y solo unos pocos oficiales conocían su verdadera identidad, misión y destino. Para La Legión era Uróboro, su espía en Centauro.

Él ya no sabía quién era, en realidad. Demasiados años trabajando en la clandestinidad. Y fueron las muertes de Beltrán y de Zaldívar las que despertaron la necesidad de parar. El objetivo de estar metido en el centro de la organización era poder desbaratar sus planes, pero Diaco no lo había participado del asunto. Se encontró con el hecho consumado y la culpa a flor de piel.

Se comunicó con su contacto en la Agencia y le informó sobre su necesidad de terminar la misión. Los servicios accedieron a liberarlo de su posición encubierta una vez que completara la misión que le había encargado La Legión. Después de eso podía retirarse y ellos, desbaratar la organización que venían investigando por más de

una década. Accedió, no faltaba demasiado para concretar la misión que Diaco le había encargado.



La lectura del testamento estaba acordada para el primero de abril en una sala del Barclays Bank en la calle María de Molina. Ana se sentía fuera de lugar. No entendía por qué Máximo había dejado tales instrucciones y no podía soportar la mirada de la madre del muerto. Nora la observaba como si fuera una mala mujer, como si ella hubiera desaparecido de la faz de la Tierra y le hubiera roto el corazón a su hijo. «¡Pero si fue al revés, bruja!», tenía ganas de gritar. Pese al encono y la ira que le despertaba esa mujer, no pronunció ni uno solo de los discursos que sonaban en su cabeza. Dejó que su conciencia fuera fiel resguardo de sus pensamientos mientras esperaba que el notario terminara de leer las preliminares del testamento de Zaldívar.

No vio a Sofía Campos entre los presentes. Eso la alivió. Campos era la persona con quien menos deseaba encontrarse esa tarde. La ausencia resultaba inquietante, aunque aliviadora.

Había otra mujer en la sala, Miranda. No parecía del tipo de Máximo, pero por más que a Ana le doliera en el alma, era su mujer. Sin embargo, y para su desconcierto, Zaldívar había dejado precisas instrucciones de que, si moría, Ana Beltrán debía ser puesta en el primer vuelo a Madrid, alojarse en el Ritz frente al Museo del Prado, en la *suite* 307 (la que habían compartido aquel último verano) y esperar órdenes del notario que lo representaba para estar el primero de abril en la sala del Barclays a la espera de ser notificada de la situación.

Percibió la mirada de la mujer sobre sus ropas, y sintió estar vestida con harapos. Miranda la estudiaba sin disimulo y la madre del muerto no dejaba de acotar a su oído algo que ella no podía escuchar.

El notario ingresó en la sala. A su lado iba Marcos Gutiérrez. Entraron, se acomodaron y el escribano comenzó con la lectura del testamento. Cuando concluyó la lista de propiedades y sumas de dinero, dijo que el señor Máximo Zaldívar había dejado una caja para la señorita Beltrán. La caja, del tamaño de una de zapatos, le fue acercada por un asistente del notario. Miranda pidió que se abriera en ese momento, ya que si era dinero o joyas pensaba reclamar, y Ana no tuvo inconveniente en aceptar. Eran papeles y recuerdos. Miranda sonrió con desgano. De por sí, no podía soportar el desplante de su marido por hacerla compartir el momento con esa mujer, la noviecita de antaño. ¿Y ahora tenía el descaro de dejarle una caja con recuerdos? Miranda dio media vuelta, pegó un portazo y desapareció.

Ana abrió la caja y la llave 307 de la habitación del Ritz le perforó las pupilas. Una caja de recuerdos... Máximo tenía esos giros que la desconcertaban. Le dolió el

corazón. Sintió un vacío de años que se hacía palpable y parecía potenciarse al infinito.

Máximo estaba muerto.

Lo habían matado.

Lo habían colgado.

Igual que a su padre.

Muerto.

Y ahora, ahí, como si le jugara una broma macabra, le dejaba el legado del recuerdo. Como si estas imágenes no la hubieran acompañado desde siempre. Como si el esfuerzo de olvidar todo no hubiera sido suficiente sacrificio. Ahora, ahí, a tan solo dos dedos de distancia: su vida y la de Máximo, en una fría caja de madera, como la llave del Ritz, como la foto en Place Vendôme, como la servilleta del Café Marly en París, como la suma de esas pequeñas memorias en una caja.

Era el principio del olvido. Un final inesperado para un hombre sin vocación de suicida. El panorama le resultaba abrumador. Vacío. La vida sin Máximo.

Otra vez.

Sola.

Cerró la caja de un golpe, firmó los papeles que le acercaba el notario y se despidió. Necesitaba salir.

Caminó por María de Molina a media tarde, cuando Madrid empezaba a llenarse de gente que salía de sus trabajos. Dobló por el Paseo de la Castellana y se perdió entre un torbellino de sentimientos y recuerdos. Continuó caminando hasta que La Castellana se convirtió en el Paseo de los Recoletos y luego devino en el Paseo del Prado. Allí su mente se cruzó con la fuente de Neptuno y el Hotel Palace. Necesitaba pensar.

Ingresó en el hotel, fue a la confitería y se ubicó en un sillón de terciopelo oscuro. Pidió un café. A su lado, apoyó la caja. En ese momento solo pudo mirarla. En silencio. La caja, inerte, sobre una mesa redonda, con la fuente de Neptuno como fondo mientras ella sorbía el café y tomaba valor para abrirla.

Recordó el mensaje: «Si no hacés exactamente como te digo, van a ir por vos, porque sos la heredera de Centauro». Cuando comprobó que no había ningún otro mensaje, decidió hacerle caso a Máximo y viajar.

El hotel estaba a unas pocas cuadras. A su izquierda, el Museo Thyssen Bornemisza. En diagonal, el Prado. Y, más allá, otra vez el Ritz y su habitación 307. No tenía fuerzas para volver, no todavía. El silencio sería un peso demasiado grande para unos hombros cansados y tristes, por lo menos esa tarde. La conjunción del silencio y la caja no era una buena combinación para mezclar con los recuerdos que la acechaban desde que había escuchado la voz de Máximo en el contestador.

Miró nuevamente la caja. Oscura por fuera, oscura por dentro. La suma de todos los recuerdos. Uno junto al otro. Todos los detalles que habían formado parte de un pasado y que ella había intentado olvidar, estaba ahí, ahora. Y era ella quien decidía si

volvían o no. Si abría la caja o no.

Dudó.

¿Qué quiso decirle Máximo con las instrucciones que había dejado? Lo conocía muy bien y sabía que él no hacía nada porque sí. Esa suma de memorias era un mensaje, estaba segura. Sin embargo, había dos cosas a las que le temía: una, enfrentar el recuerdo, abrir y ver aquello que se negaba. La otra, descifrar el mensaje y desentrañar qué escondía Zaldívar detrás de esa excusa.

Con la yema de los dedos recorrió el contorno de la madera. Respiró. Vaciló nuevamente. Un instante antes de abrirla pensó en olvidar el asunto e irse, dejar la caja ahí, desterrarla de su vida sin averiguar nada más sobre la muerte de Máximo, de su padre o del bendito mensaje. Pero reprimió el instinto y dejó que su mano empujara la tapa. En un acto reflejo, la cerró de un golpe. El corazón le latía demasiado fuerte. Lo que logró distinguir le aceleró el pulso. Le faltaba el aire. No podía respirar, el ambiente se había vuelto denso y un zumbido en los oídos aumentaba. Respiró profunda y lentamente. Enfocó la vista y trató de calmarse.

Se obligó a mirar fijo mientras volvía a abrirla. Clavó los ojos en el contenido.

No podía respirar.

No podía pensar.

El corazón iba demasiado rápido.

Necesitaba aire, tenía que salir de ahí. Pero el cuerpo no le respondía y los ojos no podían despegarse del contenido.

Bajo los recuerdos había un libro, y en su interior, un pliego doblado. No necesitaba abrirlo para saber de qué se trataba.



—No fuiste al entierro —dijo Marcos mientras encendía un cigarrillo y perdía la vista en el verde que los rodeaba.

Habían decidido encontrarse en el Parque del Retiro, a eso de las tres, en el estanque frente al monumento de Alfonso XII.

—No me pareció lo más adecuado —respondió ella mientras se cruzaba de brazos y seguía el paso de su acompañante—. Creo que era un momento íntimo de la familia. Yo hubiese estado de más.

—Y la caja, ¿qué tenía?

Ella levantó la mirada y clavó sus ojos en Marcos. No estaba segura de querer responder. Luego sacó el libro de la cartera y se lo entregó.

—Esto.

Marcos lo miró. Sonrió. Las ocurrencias de Max seguían siendo sorprendentes aún después de muerto.

—*Olimpio Pitango de Monalia* —pronunció el nombre del libro en voz alta—, de Eduardo Ladislao Holmberg. Ediciones Centauro.

—Mirá adentro —interrumpió mientras le indicaba el pliego.

—No hace falta, sé lo que es —respondió Marcos mientras se preparaba para la que iba a ser una terrible pelea. Había llegado el momento de confesarse.

—¿Vos sabías que Máximo era el dueño de Monalia? ¿Vos estabas al tanto de que él era el verdadero dueño de la otra mitad de Centauro?

Gutiérrez asintió.

—¿Siempre supiste? ¿Desde el principio?

Marcos volvió a responder afirmativamente. Ana lo miró, furiosa. No sabía si pegarle, gritarle o ponerse a llorar como una loca. Máximo Zaldívar era el dueño de Monalia y se lo había ocultado aun cuando estaban juntos. Un mentiroso.

—¿Por qué lo hizo?

—¿Qué, comprar Centauro o nombrarte su heredera?

—Las dos cosas.

—Compró Centauro porque estaba obsesionado con la editorial. Desconozco la historia, Ana —mintió—. Había algo en la empresa que él quería encontrar. No sé qué era, nunca me lo dijo. Lo que sí sé es que, repentinamente, un día dejó de buscar y se vino a Madrid. Nunca más habló del tema. Y con respecto a nombrarte heredera de Monalia, creo que está claro: todavía te quería.

Instintivamente Ana desvió la mirada y la fijó en el pequeño embarcadero del estanque. La gente navegaba en los botecitos, ajena a la congoja que a ella le había usurpado el cuerpo. Caminó hacia uno de los bancos de piedra en los laterales del parque y se sentó. Vio que Gutiérrez se aproximaba, luego se acomodó junto a ella y abrió el pliego.

—Es la sesión del cuarenta y nueve por ciento del paquete accionario a tu favor. Centauro vuelve a ser tuya. A tu padre le hubiera gustado.

Ana sonrió. Estaba desconcertada.

—Hoy, en la lectura, el notario me pidió que pasara a una sala contigua —dijo Marcos—. Máximo había dejado los papeles listos para traspasarte el paquete accionario. Como miembro del directorio de Monalia, yo tenía que dar mi consentimiento. Supongo que Max ya tenía todo pensado.

—Estoy cada vez más confundida, Marcos. No entiendo el interés de Máximo por Centauro. Tampoco sé por qué dejó de interesarle ni por qué se fue. Menos entiendo su mensaje en mi contestador, ni su muerte.

—Algún objetivo debió de tener. Quizá es como vos decís, Ana, quizá sabía que tu vida corría peligro y dejó algún mensaje en esa caja para que descifres.

—¿Mensaje? —dijo Ana aún más desconcertada—. Marcos, en la bendita caja hay una servilleta del Café Marly de París, que era nuestro preferido. ¿De qué mensaje me hablás?

—No sé, pero tanto vos como yo sabemos que Zaldívar no daba puntada sin hilo.

Algo debe de haber en esa caja.

—Son pavadas, recuerdos de viajes, de vacaciones juntos. No hay un criptograma que nos lleve a un tesoro escondido. No sé por qué se esmeró en juntar tanta chuchería. Menos que menos, en hacerme venir hasta acá y tener el descaro de alojarme en el Ritz para que reviviera, una vez más, las últimas vacaciones juntos.

—Estás enojada... —reflexionó Marcos, que nunca la había oído hablar así de su ex.

Ella se levantó. Marcos la siguió.

—Estoy furiosa. Muerto o no, lo de Máximo me parece un atropello. ¿Qué necesidad tenía de traerme hasta acá? ¿Qué ganaba con hacerme revivir su ausencia? Yo ya lo superé, lo olvidé, está en el pasado. Pero él insiste. Aun tres metros bajo tierra, insiste.

Se quedaron en silencio, caminando el uno junto al otro por el parque. Sin rumbo aparente se detuvieron frente al lago y perdieron la mirada en las escalinatas y las estatuas a lo lejos.

—Creo que te debo una disculpa.

Ella desvió sus ojos y los posó en Gutiérrez.

—No estuve bien. En Punta del Este. No me manejé bien.

Ella asintió. Luego una tímida sonrisa empezó a dibujarse en las comisuras de sus labios.

—Quería que lo supieses —agregó Marcos—. No estuve bien.

—Ya pasó mucho tiempo.

—Igual...

Se quedaron en silencio. Ella se separó del barral que rodeaba el estanque y empezó a caminar. Él la siguió.

—Vamos —dijo Marcos—. Hay un lugar que quiero que conozcas.

Salieron del Jardín del Buen Retiro por la entrada que desemboca en la Calle de Alcalá y caminaron en silencio hasta la Puerta del Sol.

—Por acá —indicó Gutiérrez, que tomó por la Calle de las Carretas hasta llegar a la Plaza del Ángel—. Mi departamento sobre la Calle de San Quintín y el bar España Cañí son mis lugares preferidos en el mundo.

—No sabía que tenías un piso en Madrid —interrumpió ella.

—No sabés nada de mí, Ana —respondió serio. Ella sonrió y lo siguió hacia el interior del bar—. En este lugar he tomado las mejores cañas, y las tapas son para morir. No podías irte de España sin conocer este lugar.

Ana se acomodó en una silla de madera y observó la decoración del pintoresco recinto.

—Quiero hablar con Sofía —dijo ella. La idea de reunirse con la socia de Zaldívar rondaba en su cabeza desde que se había subido al avión rumbo a España—. Ella debe de saber algo, en qué andaba Max, no sé... ¡algo!

—Pensé que no era santo de tu devoción.

—Que Max me haya engañado con ella no quiere decir que yo no sea lo suficientemente adulta como para saber que es con quien debo hablar si quiero averiguar en qué andaba metido él.

—No tenés pruebas —interrumpió Marcos, al tiempo en que ella arqueaba una ceja—. No estás segura de si Max te engañó. Son suposiciones tuyas.

—Sé que Zaldívar era tu amigo, pero se acostaba con Sofía mientras estábamos juntos.

—Sofía siempre estuvo enamorada de él.

—No me extraña. Máximo tenía ese poder sobre las mujeres. Viajó a Madrid por ella, ¿no?

—No sé, Ana. Y si lo supiera, no traicionaría la confianza de un amigo.

—Pero cuando te acostaste con su ex, no te importó traicionar su confianza, ¿no? —respondió Ana, crispada.

—*Touché* —Gutiérrez sonrió, tomó el vaso helado de cerveza y lo apuró—. En aquel momento Max y yo estábamos algo distanciados.

—¡Ja! ¿Y eso te justifica en algo?

—No...

—¿Cómo?, ¿distanciados? No sabía que se habían peleado. ¿Por qué discutieron?

—Ana... no voy a responder esa pregunta.

—No veo por qué no —insistió—. ¿Por qué pelearon?

Marcos perdió la mirada en el amarillo oscuro. Tomó el vaso y vio como el brebaje bailaba al compás de su muñeca.

—Puede que alguna vez le haya preguntado si estaba bien verte... —empujó el trago y se levantó de su silla. Ana lo miraba absorta.

Marcos se alejó de la mesa al tiempo en que tomaba el celular y buscaba el contacto de Sofía Campos en la pantalla. Presionó el botón de marcado y esperó a que ella atendiera. Se había jurado no revelar jamás que había discutido con Máximo por Ana un año después de que ellos pelearan. Pero de alguna manera la información había salido de su boca.

Ana lo seguía con la mirada. La revelación la había dejado pasmada. Marcos le había preguntado a Max si podía frecuentarla. Y Máximo había dicho que no. Por eso habían discutido. Lo observó hablar tranquilo y luego dejar escapar una carcajada sonora al tiempo en que echaba la cabeza hacia atrás y se acomodaba el pelo con el dorso de la mano en un gesto que no le conocía. Se lo veía tranquilo. Hablaba con Sofía relajado. Ella nunca hubiera podido llamarla, tenía algo personal con aquella mujer. No por el hecho de que se había casado con Ernesto de Alvear, un antiguo novio, pero sí porque en su fuero más íntimo siempre supo que Máximo la había dejado por ella. Esa idea de irse de Buenos Aires y dejarlo todo...

Habían pasado diez años. Tan solo formular ese número le impresionaba. Diez años atrás, Máximo se había despedido en Ezeiza, y dijo, como quien no quiere la cosa, «Nos vemos algún día por ahí, ¿sí?». La pregunta, retórica por obligación, le

arrancó una risa nerviosa que no pudo evitar, como si uno pudiera viajar a Madrid tan fácil como subirse a la línea D del subte un lunes cualquiera y bajar en la estación La Latina. «Hola, qué tal. Estaba por acá y ya que pasaba vine a ver cómo estabas». Ridículo. Sin embargo, asintió. Como si las palabras de su interlocutor le resultaran ajenas, como si estuviera viendo una película y la protagonista, presa del desconcierto, resultara anulada ante el arquetipo del galán de melodrama.

Máximo había girado, cabizbajo, y caminó hasta llegar a la puerta de Iberia, donde hizo su *check in* y, sin dar la vuelta ni echar una última miradita, desapareció detrás de un panel que dividía a los que viajaban de los que no, a los que se iban de los que se quedaban. A Ana, de Máximo. Por eso, cuando la idea de hablar con Sofía se alojó en su cabeza, trató de racionalizar el asunto. Campos era la cabeza de MZ y, además de haber sido la amante de Max, era su gran confidente. Ella nunca había logrado tener ese grado de confianza con Zaldívar. De alguna manera se había sentido excluida cada vez que estaban los tres juntos. Había algo especial entre ellos que no había logrado descifrar. Y luego Max se fue, y Sofía lo siguió. O Sofía se fue y él la siguió. Nunca lo supo bien, pero siempre lo había sospechado. Intentó reordenar sus ideas y hacer a un lado los recuerdos. Eran demasiados. Volvió a concentrarse en Marcos, en el modo en cómo sostenía el teléfono al hablar, en cómo había cruzado el brazo sobre el pecho y se apoyaba sobre una de las paredes naranjas del España Cañí. Lo vio terminar la llamada y acercarse.

—Sofía nos espera cuando quieras.

—¿Nos espera? —preguntó Ana—. Quiero hablar sola con ella.

—Vamos, Ana, no seas infantil. Los dos queremos saber en qué andaba Máximo —respondió Gutiérrez con cierto hastío.

—¿Qué hablaste con Max? —Ana decidió retomar el asunto que había quedado pendiente—. Tengo derecho a saber.

Marcos sonrió irónico. Sabía que ella iba a querer indagar. Se incorporó nuevamente y dejó un billete de diez euros sobre la mesa. Se iba.

—¿Te vas? —Él asintió—. ¿No me vas a contestar? ¿No me vas a decir qué hablaste con Máximo?

—No.

—Marcos, tengo derecho —dijo mientras se levantaba—. Tengo derecho a que me des una respuesta.

—Basta —dijo él acercándose a ella—. No preguntes cosas que no vas a poder manejar.

—Por Dios, Gutiérrez, no te hagas el galán de telenovela. ¡No te da el *piné*!

Ana tomó su cartera y se dirigió hacia la puerta. Marcos la alcanzó bajo el dintel y antes de que ella pudiera poner un pie en la calle, la aprisionó contra la pared. La apretó fuerte y se contuvo de no besarla en ese preciso instante, de llevarla a su piso del Madrid de los Austrias y resolver esa tonta disputa entre las sábanas.

—¿Qué? —dijo desafiante ella—. ¿Te pensás que porque le pediste permiso a

Max para estar conmigo me olvido de que me trataste como a una puta? Porque no me olvido. No me olvido de que una vez que te acostaste conmigo, poco faltó para que me tiraras a la basura.

Salió hecha una furia del España Cañí y Marcos la vio perderse entre la gente que caminaba por la Plaza del Ángel.

Anotaciones de Pérgamo

Egipto, Alejandría 415, d. C.

La biblioteca era el centro neurálgico del saber. En ella se guardaban los escritos y documentos más avanzados de la época. La amenaza de un ataque por parte de aquellos que los consideraban paganos ponía en vilo la seguridad de los rollos que avalaban los avances en las artes y las ciencias que se habían logrado desde los tiempos de Ptolomeo I.

Hipatia de Alejandría era la primera mujer directora del establecimiento. Desde su scriptorium tenía una visión completa del Templo de las Musas y el Serepis. Los jardines que lindaban la creación del Gran Alejandro competían con la belleza del faro recortado en la distancia.

Cuando el sol se pusiera, luego de que Orestes se hubiera reunido con Teodosio, partirían hacia la Isla de Faros para reunirse con el grupo de sabios.

El grupo estaba a cargo de la seguridad de la biblioteca desde que había sido creada por orden de los ptolomeos. Hipatia se reunía todas las semanas con ellos a discutir qué debía incluirse en los pinakes. La Carta de Aristeas a Filócrates no iba a ser incluida por decisión del consejo. Los sabios, que habían participado de la escritura de la primera Biblia, la consideraban una estafa del arzobispo Cirilo. Hipatia no compartía la decisión. Creía que todos los vellums debían quedar registrados en el catálogo y no grabar dicha información en el pinake era tan censurable como los caprichos del arzobispo cristiano.

La filósofa no podía dejar de pensar en Cirilo. A lo largo del día se había sorprendido imaginando su cuerpo duro y trabajado sobre ella. Había intentado despojarse de esa imagen, pero le resultaba imposible. Volvió sobre el pinake con el listado de libros que había logrado escabullir del Serepeo. Esa tarde se los entregaría a los sabios. El primer paso para la creación de la Biblioteca de Pérgamo había sido dado.

Capítulo VI

LA mirada con la que Marcos entró al departamento dejó claro a qué había ido. No era la primera vez que el empresario se le aparecía en mitad de la noche cuando Máximo no estaba en el país para meterse en su cama. Pero aquel era un encuentro diferente. Zaldívar estaba muerto.

Marcos tenía los ojos brillantes, lívidos. Ávido de sexo, tomó por la nuca a Miranda y, tras levantarla, la ubicó sobre la mesa del recibidor. Sin hablar, se apretó furioso contra el cuerpo conocido de la mujer de Máximo Zaldívar y la penetró con violencia.

Ella gimió.

Gutiérrez no hizo caso a la mueca de dolor. Estaba furioso. Se odiaba a sí mismo por abrir la boca, por pelear por Ana, por haberla hecho sentir como una puta, por mentir. Continuó con el embiste sin pronunciar palabra. Tiró de la melena rubia y la hizo gritar tal como sabía que a ella le gustaba. Fue un acto violento, una descarga meramente física. Acabó y se desentendió del cuerpo aún joven de la amante de turno. Ella no dijo nada. Se acomodó el camisón, caminó unos pasos hacia la mesa junto al sofá de la entrada y sacó un cigarrillo. Lo encendió. Aspiró la primera pitada y luego se lo ofreció a él. Marcos lo tomó, le dio una pitada profunda y cerró los ojos. Miranda se corrigió el rímel, apenas corrido, mirándose al espejo. Encendió otro cigarrillo.

—Ana no sabe nada —dijo Marcos en un tono monocorde, sin despegar la vista del humo que despedía el cigarro que sostenía entre sus dedos.

Miranda no se inmutó.

—No tiene idea del porqué de las instrucciones para que ella estuviera en la lectura del testamento. Y ciertamente, yo también estoy desconcertado.

—Y de la caja, ¿qué te dijo?

—No la abrió —mintió. No quería ahondar en el asunto de Monalia.

—¡Mentirosa! —el grito profundo de Miranda revelaba la rabia que cargaba—. Es una mentirosa. Lo primero que hizo cuando llegó a su hotel fue abrirla y revisarla de arriba abajo, lo firmo. No hay mujer que resista el legado de un ex. Menos, Ana Beltrán.

—Te digo que no la abrió —insistió Marcos.

—¿Y tú le creíste? —dijo Miranda irónicamente.

Marcos reparó en los pechos duros de Miranda, en su vientre apenas pronunciado bajo el satén del camisón. Se recostó sobre el sillón y cerró los ojos.

—Seamos sinceros, Miranda. Tu marido nunca pudo olvidarla. Le dejó una cajita con los recuerdos de su época juntos y ella no tiene por qué mentirme. No debe de haberla abierto. La vi muy shockeada.

—¡Vete a la mierda! —exclamó Miranda sumamente furiosa.

Sin decir más, abandonó el *living* para desaparecer tras el vano de la puerta. Sabía que Marcos no necesitaba invitación para quedarse ni para irse.

No tardó en volver a su piso. Abandonó el departamento de Miranda sin despedirse. No había querido ser descortés, pero lo cierto era que Zaldívar no estaba enamorado de Miranda cuando se casó y que nunca había olvidado a Ana. Tal como le sucedía a él, Beltrán se le había metido hasta los huesos. Lo que no lograba entender era por qué la había dejado. Días después de enterarse de la partida de Máximo, Gutiérrez lo ubicó en su móvil. Lo notó distante, frío.

—¿Qué pasó, viejo? —recordaba haberle preguntado en ese tono familiar con el que acostumbraban hablarse—. La tengo a Anita hecha una piltrafa en la oficina, ¿qué hacés en Madrid?

Máximo había esquivado sus preguntas hábilmente, no dijo mucho. Que Ana era parte del pasado y que la vida le deparaba nuevos destinos. Marcos no terminaba de descifrar la razón de su súbita partida. Meses después, cuando conoció a Miranda del Hierro, comprendió de qué se trataba.

Sucumbir por una mujer como Miranda, elegante, distinguida, inteligente y, por sobre todo, dueña de una belleza inigualable, era una razón para dejar atrás a cualquier otra mujer. Ni siquiera Ana Beltrán hacía sombra al turquesa de sus ojos y la piel bronceada en playas mediterráneas. Él mismo se había sentido atraído por Miranda y, de hecho, años después, cuando el matrimonio con Zaldívar entró en el desgaste propio de la rutina, el romance entre Miranda y él resultó inevitable.

Una tarde en la que estaba trabajando, Del Hierro lo había llamado con la excusa de organizar una fiesta sorpresa para Máximo. Marcos, consciente de lo que le despertaba esa mujer, no dejó pasar la oportunidad de reunirse con ella.

Miranda lo recibió en su piso. Sin que nadie del servicio lo notara, terminaron encerrándose en uno de los *toilettes*.

Marcos había tratado de escucharla hablar sobre la comida que pensaba organizar cuando supo que aquello no podía seguir así. Sin dudarlo ni pensarlo, le había capturado la boca en un beso tan excitante que sintió que si no la llevaba a una cama en ese instante explotaría.

Ella no había dudado en responder. Dejó que el amigo de su marido inmiscuyera su lengua en la boca y sintió la dureza que había despertado en él. No fueron más que segundos lo que demoró en patear la puerta y empujarla al baño de visitas. Ninguno de los dos emitió sonido. La respiración agitada, los labios húmedos, la mirada vidriosa... Se abalanzó sobre ella y volvió a besarla. No se resistió. Tampoco se negó a que él levantara su falda y le sacara la ropa interior. Se arqueó involuntariamente cuando él introdujo un dedo en su vagina. No pudo reprimir el gemido. La obligó a callarse. Ella cerró los ojos, el dedo se movía rítmicamente, entraba y salía de la humedad creciente una y otra vez para de repente salir y arrancarle la camisa. Con los senos al descubierto, ruborizada por el encuentro y anhelando la culminación, estaba lista. Él lo supo y sonrió. Entonces, embistió firme. Ella se abrió dichosa. Miranda del

Hierro jamás iba a olvidar que él le había dado la cogida de su vida en el *toilette*, mientras el personal de limpieza desarrollaba sus tareas ajeno a las actividades amorosas de la dueña de casa.

Las imágenes de aquella primera tarde eran siempre un excelente entretenimiento durante sus noches solitarias. Sin embargo, el recuerdo de la amante no era tan grato como antes. A veces se reprochaba seguir frecuentándola. El rapidito de la víspera había sido una venganza, había estado castigando a Ana a través del cuerpo de Miranda. Ya no la deseaba, había tenido que imaginarse a Ana, pero la furia que lo empujaba había hecho el resto.

Se dejó caer sobre el sofá y observó el paisaje lindero. A su izquierda, la Plaza de Oriente y a su derecha, un tanto del verde de los Jardines de Sabatini. Resopló, no sabía si llamar a Ana o no. Se había ido furiosa del bar. ¿Por qué razón había logrado sacarla de su cabeza por tantos años y ahora, con tan solo reencontrarse, no podía borrarla?

La cabeza iba a mil, Miranda en su cama, Ana en su cama, Sofía Campos en su cama. Esa era otra a la que iba a tener que enfrentar. No por teléfono, como aquella tarde, sino frente a frente. Suponía que para Ana haber pensado en ir a verla resultaba un desafío. La enemistad entre ellas era declarada. Cuando Sofía se había enterado de que Máximo frecuentaba a la hija de Beltrán, puso el grito en el cielo. Recordó la discusión como si hubiera ocurrido unos cinco minutos atrás. Sofía se paseaba por FAM como gata en celo. Estaba furiosa.

—¡Pero es que es de locos, Máximo! ¡Decime que te la estás cogiendo y ya!

Pero Zaldívar había tardado más de la cuenta en responder, y eso lo había delatado. Marcos recordó haber detectado la tristeza al cruzarse por los ojos de Campos. Ella también había caído bajo los influjos del *broker*, pensó Gutiérrez. Ella también... Pero, hábil como era, Sofía no dejó que él se diera cuenta. Siguió impávida, atacando a la presa, furiosa. Aunque la furia nacía de otro lado y Marcos ya la había descubierto.

—¡Sos un pelotudo! —gritó Sofía.

—¡Basta, Sofía! No sigas. Lo que hay entre Ana y yo no tiene importancia.

—¡No sé por qué no te creo! —respondió la mujer furiosa.

La discusión entre Máximo y Sofía había durado un rato largo, hasta que ella salió de la oficina principal de la financiera y pegó un portazo. Máximo le pidió a Marcos que fuera tras ella. Por momentos, Marcos dudaba respecto a si Zaldívar no le entregaba a las mujeres en bandeja.

—¿Estás seguro, Max? —recordó haber preguntado.

—Sí, Marquitos. Andá, por favor, no quiero que todo quede patas para arriba por celos.

—Está enamorada de vos —se escuchó decir Gutiérrez.

Máximo lo miró desconcertado. Era hábil e inteligente para los negocios pero despistado para cosas tan evidentes y sencillas.

—Sofía solo se quiere a sí misma —había respondido Zaldívar mientras daba la vuelta, salía de la sala de conferencias y se adentraba en su oficina.

Marcos recordó haber caminado sobre sus pasos y tocar la puerta del escritorio de Sofía Campos. Gerente Financiero, se leía bajo su nombre.

—¿Estás bien?

Ella estaba de espaldas. La vio darse vuelta. Había estado llorando.

—Sí. No te aflijas.

Marcos se sorprendió sonriendo. Sofía Campos. Volvió a sonreír. Desde la muerte de Máximo, ella estaba a cargo de MZ.

Volvió a los jardines del palacio tras su ventana. Percibió la fragancia del aire otoñal. Madrid en esa época del año era su lugar preferido. Era el único sitio donde se permitía ser quién realmente era.

El piso se ubicaba en el número diez de la Calle de San Quintín, en el Madrid de los Austrias, la zona vieja de la ciudad. No muchos sabían que tenía un departamento en España. Cuando necesitaba alejarse de la vorágine de Buenos Aires o las cosas simplemente no estaban bien, volaba a Madrid y se refugiaba allí. Y en ese sitio le hacía falta Ana Beltrán.

Tomó el teléfono y llamó para hacer las paces.

Recostada sobre una cama *queen size* en la habitación 307 del Ritz, Ana no podía dormir. De hecho, desde que había muerto su padre, no pegaba un ojo. Las ideas iban y venían en su cabeza, sin parar, y no la dejaban pensar.

Después de haber revisado la caja, cada vez estaba más convencida de que en todo aquello había un mensaje que solo ella podía descifrar. Pero ¿qué? Observó uno de los objetos y sonrió. Inmediatamente su memoria la llevó al día en que, desconcertada, había salido de la reunión del consejo directivo en Centauro tras los pasos apurados de Zaldívar.

—¿Dónde se supone que me lleva? —había preguntado luego de acomodarse en el automóvil del *broker*.

Zaldívar no había dado respuesta. Simplemente tomó por Alicia Moreau de Justo una tarde de calor y de tránsito en Buenos Aires para recorrer en silencio la distancia que separaba su oficina del zoológico.

—¿Me está tomando el pelo? —recordó haber dicho Ana cuando bajó del auto dando un portazo—. Yo vine a resolver el tema de la fusión, no a un recorrido turístico.

—¿Por qué no se calla y disfruta el silencio de este lugar? —dijo Máximo, al tiempo que pagaba las entradas.

—¿Silencio? —preguntó incrédula al escuchar el rugido de algún animal en la lejanía.

El hombre tenía razón. Repentinamente, el sitio era un oasis entre la cacofonía del ambiente. Un páramo en una Buenos Aires caótica y atiborrada. Cerró los ojos.

Silencio. En el medio de una ciudad brutal, el silencio era un bien que cotizaba en alza.

—Este es el lugar al que vengo cuando quiero pensar —le confesó Máximo mientras caminaba con las manos en los bolsillos, tranquilo, relajado—. O cuando tengo que tomar decisiones importantes. Centauro es importante para mí, no creas que es un negocio más.

Ana se había sorprendido. Hasta parecía un ser humano vulnerable. ¿Por qué le hacía tal confianza? Habían entrado por la entrada principal, una construcción similar al Arco de Tito, cuyo original se encuentra en la Vía Sacra de Roma, y que había sido construida por Lucio Correa Morales en 1902, según le comentó Máximo durante la que parecía una visita guiada más que una negociación financiera. Enseguida se toparon con el lago Darwin, de un color casi plateado, producto del reflejo del sol de media tarde. Ana sentía que estaba de viaje. Sobre el lago se erigían las ruinas bizantinas de un propileo de siete columnas de origen triestino.

—En 1911 el director del zoológico, Clemente Onelli, hizo traer estas ruinas y las colocó aquí mismo —contó Máximo señalando un islote en medio del lago—. Se dijo que eran originales, pero son una buena imitación del original en Italia. Dicen que Onelli se pasaba tardes enteras sentado frente al lago, con la mirada perdida en el propileo.

—Es un lugar que transporta —se escuchó decir ella. Máximo sonrió. Coincidía.

—Es un lugar que pocos porteños conocemos. Este sitio es histórico, Ana —ella notó que Máximo acababa de pronunciar su nombre de pila por primera vez—. Ya nadie valora estas cosas.

Zaldívar guardó silencio. Parecía estar redondeando una idea que lo acosaba, algo que daba vueltas en su cabeza y que no terminaba de resolver. Ana estaba ensimismada en sus pensamientos. En el silencio compartido, recorrieron el trayecto que existía entre el lago y la pagoda inspirada en los templos chinos. Construida en piedra, el recinto albergaba un panda rojo, originario del país cuya inspiración daba vida al templo.

—Muy zen —comentó ella.

—De hecho, siguiendo la tradición del primer director, los recintos de cada animal se inspiran en sus países y culturas de origen. Por ejemplo, este —dijo señalando la pagoda—. Está decorado con el tipo de esculturas y murales que suele haber en estos templos de cultura zen que alaban a Buda.

—¿Por qué estamos acá? —preguntó repentinamente Ana.

Máximo se detuvo y la miró. La escrutó un momento. Ana Beltrán iba a ser más difícil de lo que él pensaba. Jamás hubiera imaginado que el movimiento que consideró poco certero por parte de Emerio Beltrán resultara tan estratégico.

Ana estaba a la espera de una respuesta. El empresario se acomodó sobre un banco y prendió un cigarrillo. Ana aceptó el ofrecimiento del cigarro. Dejó que él se lo encendiera y aspiró. Estaba a punto de insistir con la pregunta cuando él habló.

—No voy a ceder en el porcentaje que mi cliente controla sobre Centauro. Eso no es negociable. Sí podés decirle a tu padre que tiene mi palabra de que mi cliente no atentará contra la editorial y que tu opinión será escuchada. Sin resquemores.

Ana lo miró fijo. Pensó bien en lo que iba a decir.

—No sé cuál es el asunto entre mi padre y FAM, o entre mi padre y vos. Pero Centauro no va a pagar deudas pasadas o una *vendetta*, ¿me explico? —Máximo sonrió—. No sé si le robaste una mujer a mi padre o si alguno de los dos estafó al otro... No sé ni me interesa. Insisto, estos problemas son de ustedes. No mezclen a la empresa.

Ana recordó haberse levantado, apagar el cigarrillo en silencio y volver sobre sus pasos. Zaldívar no se levantó ni la siguió. Ella abandonó el lugar atravesando la réplica del Arco de Tito y, frente a Plaza Italia, subió a un taxi.

Tenía la entrada del zoológico en su mano. El lugar donde alguien había asesinado a Emerio. ¿Coincidencia? La miraba y no entendía por qué Max la había puesto en la caja de recuerdos. Repasó mentalmente los acontecimientos del día. ¿De qué se trataba todo eso?

Revolvió otra vez la caja. Tomó una servilleta del Café Marly en París, su preferido, habían pasado tardes enteras charlando en ese café, donde ella había descubierto el placer del café amargo (encontrar edulcorante en París era imposible) y había abandonado el ciclamato para siempre. Sobre la servilleta, una frase en latín que desconocía: *In aggregatis evolutio máxima*. En el caso de la servilleta el desconcierto era absoluto. No recordaba siquiera que Máximo supiera latín ni si la charla de la víspera había sido relevante. Habían ido cientos de veces al Café Marly. Ambos amaban París. Ni hablar de las horas que disfrutaron en ese sitio. ¿Qué quiso decirle con esa frase? Se aprestó a buscarla en Internet cuando los golpes en la puerta la distrajeran. No esperaba a nadie.

El detective Pereyra se disculpó por molestarla. Se presentó como la persona a cargo de la muerte de Máximo Zaldívar y le comentó que necesitaba conversar con ella. Ana le pidió que se identificase y anotó mentalmente quejarse con la conserjería del hotel. ¿Cómo era posible que en un cinco estrellas dejaran entrar hasta las habitaciones a cualquiera? Lo dejó pasar; recordó haberlo visto en las noticias. La muerte del financista había sido un *shock* para la elite madrileña y se había reflejado en la caída de las acciones de MZ Wealth Management en el IBEX.

—¿Por qué cree que alguien querría matar a Zaldívar? —preguntó Pereyra sin preámbulos.

—Lamento decepcionarlo, pero no tengo la menor idea.

—¿Había hablado últimamente con él?

Ana se incorporó y fue en busca de su celular. Presionó unas cuantas teclas y le alcanzó el teléfono al policía.

—Escuche este mensaje —dijo Ana. Pereyra tomó el móvil. Las palabras de Máximo emergieron por el altavoz—. Lo recibí el mismo día que murió.

—¿A quién cree que se refería con «fueron por Emerio...»? ¿Quiénes «fueron»?

—No lo sé... ¿Usted tiene alguna pista?

—No por ahora. Para mi sorpresa, hace unos días recibí el llamado de la detective Verónica Ávalos. Ella cree que puede haber cierta conexión entre la muerte de Zaldívar aquí en Madrid y la de su padre en Buenos Aires.

Ana arqueó una ceja. ¿Qué había descubierto Verónica?

—¿Qué conexión encontró la oficial Ávalos?

—Máximo tenía la boca cosida, igual que su padre.

Anotaciones de Pérgamo

Egipto, Alejandría, 415 d. C.

Hipatia era consciente de que debía salir del Serepeo antes de que Calímaco notara la ausencia del umbilicus. Oculto bajo la capa que la cubría, sintió el roce del cilindro de madera que protegía el papiro.

Abandonó el templo de Serepis para perderse en la oscuridad de la noche, atravesó los jardines de la corte y no se dejó amedrentar por los rugidos de los animales que albergaba el zoológico.

Conocía la biblioteca de punta a punta y no le hacía falta luz de candel para recorrer cualquiera de sus recovecos. Ingresó en la sala circular sobre la que se encontraba el observatorio. Allí, el silencio era tal que pudo escuchar el agitado sonido de su respiración. Debía dejar el templo de las musas y recorrer a pie la distancia que había entre Brucchium, el sector nordeste de la ciudad, y el faro, el sitio designado para ocultar el volumen.

Abandonó el gran salón circular donde solían reunirse los sabios y, al salir, la brisa de la noche le golpeó la cara. Dejó que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad, agudizó la vista y logró distinguir a Teón esperándola. Corrió hacia él. El vellum bajo la capa parecía latir contra su vientre. La urgencia de salir de aquel sitio y poner a resguardo el último de los rollos que había logrado rescatar, hacía que el corazón latiese más rápido de lo común y que el aire escaseara.

La orden del emperador Teodosio iba a ejecutarse en breve. Sus hombres, guiados por la fe ciega del obispo Teófilo, se aproximaban al Templo de las Musas con el objeto de destruir el epicentro de difusión de la cultura pagana. Sin embargo, era Cirilo quien incentivaba a la turba a quemar la biblioteca. Poco después las llamas empezarían a avanzar sobre los rollos que se almacenaban en cestas y en decenas de estantes.

El sonido del fuego devorando el conocimiento de siete siglos hizo que el corazón de Hipatia se estrujara. Las obras de Aristóteles, los nueve tomos de la historia de Herodoto, la sabiduría toda se encontraba a merced de las

llamas.

Teón e Hipatia se detuvieron. Ella giró sin poder contener las lágrimas al ver las llamas avanzar, impiadosas, tragándose el Templo de las Musas para luego devorar el Serepeo. Teón apretó la mano floja de su primogénita y trató de darle ánimos. Hipatia, contra su voluntad, dejó que el llanto se tradujera en un grito visceral y rabioso. Teón la obligó a volver a la realidad y a retomar la huida, debían llegar al faro antes de que Cirilo los alcanzara.

La bravía de su hija era digna de un sabio de su propia estirpe. Los ejemplares que había logrado salvar de las llamas se convertirían en la base fundacional de una nueva biblioteca, de una nueva era, una novel sociedad en la que los intelectuales y los eruditos pudieran expresarse con libertad, donde el ágora fuera el centro de la ciudad y los sabios tuvieran su templo dedicado a las musas. Donde la inspiración y el conocimiento se valoraran como en las épocas de Ptolomeo y Herón.

El plan era huir y asentarse en la Biblioteca de Pérgamo. Se decía que en ella había copias de los manuscritos de Séneca, Arquímedes y obras desconocidas de Sófocles. Hipatia había logrado formar un grupo de sabios que, como ella, buscaban proteger el conocimiento de la mano opresora del emperador Teodosio.

Con la colaboración de Orestes, Hipatia y un grupo de sabios habían logrado rescatar volúmenes invaluable pero todavía quedaba un rollo, el máspreciado, que ella había logrado escabullir aun bajo el ojo vigilante del cuidador de la biblioteca: Calímaco.

El veedor del recinto era un hombre de rutinas meticulosas. Revisaba cada sala cuando el sol se ponía en la distancia y recorría el recinto acompañado por un pequeño candil que hacía de guía en la noche y silenciosa compañía mientras disfrutaba de la lectura de un códice. Sus jornadas, metódicas, se repetían una y otra vez sin alterar los rituales que las conformaban.

El recorrido prolijo de los ojos sobre los rollos, la certeza de los cerrojos bien puestos, los cien pasos que había entre sala y sala, la lectura obligada de la tarde antes del próximo recorrido. Todo en su sitio.

Calímaco repetía, día tras día, un pequeño sinfín de tareas que Hipatia conocía a la perfección. Por eso, cuando el recorrido de la tarde llegó a su fin y el cuidador se recluyó en el observatorio, la científica se escabulló en el Serepeo sin ser vista, tomó el escrito y huyó.

Era consciente de que tan solo contaba con sesenta minutos antes de que Calímaco hiciera su próximo circuito de vigilancia. Tiempo suficiente para llegar al faro donde la estaban esperando.

Con el umbilicus bajo el brazo y ya en plan de huir, pensó que todo estaba bien. Llegaría al faro, entregaría el rollo y gran parte de su misión estaría

cumplida. En silencio agradeció haber recibido la ayuda de Orestes, su fiel amigo, y mientras corría en la oscuridad se sorprendió pensando en él.

Orestes creía fervientemente que la cultura griega sería destruida por el cristianismo y su ayuda era incondicional. Sin embargo, el conocimiento y la defensa del libre pensamiento no eran su único móvil. Hipatia era consciente de que Orestes sentía una clara debilidad por ella, y que la deseaba como nunca había deseado a ninguna mujer. Era su propia musa, su amante secreta, su deidad personal. Se lo había confesado. Pero ella pertenecía al mundo de las ideas, su cuerpo estaba con él y su espíritu en el Hades. Por más esfuerzo que hiciera por retenerla, la mente libre que la caracterizaba pertenecía al cosmos y jamás a sus deseos terrenales. Sin embargo, consciente de su condición de sabia y mujer de las ciencias, el gobernante se conformaba con protegerla y poseerla cuando las carnes flaqueaban frente al espíritu y sus caminos del conocimiento. Por eso, aquella tarde, en vísperas de la Pascua, cuando Teófilo ordenó a Cirilo la quema de los templos paganos, Orestes la alertó y ella corrió en busca del umbilicus máspreciado. Pero cuando Hipatia creyó haberse salvado del fuego y haber escapado de Calímaco y de la turba que se abalanzó sobre el Serepeo y el museo, fue sorprendida por La Legión, los seguidores de Cirilo. Una masa desenfrenada que la despojó de sus ropas y que, armada con afilados caracoles, la desollaron hasta arrancarle la carne de los huesos.

Orestes, a lo lejos, divisó la muchedumbre que se acercaba a la mujer. Gritó. Ella no lo escuchó. Tarde para salvarla. Los gritos de Hipatia perforaron sus oídos.

Teón intentó correr hacia su hija. Fue en vano.

La masa la destrozó.

Los restos de la científica fueron quemados junto con los códices que tanto amaba.

Teón no pudo soportar lo que veían sus ojos. Huyó.

Orestes sintió que las lágrimas se escapaban sin pedir permiso.

Mientras Hipatia ardía, Cirilo no pudo evitar sonreír.

Era el fin de una era.

Capítulo VII

EL detective la había dejado sin palabras. A Máximo le habían cosido la boca con hilo quirúrgico, exactamente igual que a su padre. En dos puntos diferentes del planeta, con una diferencia de veinticuatro horas, dos importantes hombres en su vida habían sido asesinados.

Volvió a la caja y sacó una foto. La observó detenidamente y no fue hasta el tercer llamado que reconoció el timbre del teléfono y respondió.

—Sí —dijo mientras daba vuelta la foto y veía la fecha inscripta en el reverso: 2 de abril de 2000. Se trataba de una imagen frente al Instituto de Botánica Darwinion en Barrio Parque Aguirre, San Isidro.

—Ana, llamo para que hagamos las paces. Sé que es tu última noche en Madrid y quería saber si te gustaría cenar conmigo.

Ella se sorprendió, no esperaba el llamado. No después de la discusión de la tarde. Conocía a Marcos Gutiérrez hacía mucho tiempo y sabía que una invitación de ese estilo era, para él, un evento singular. Quería decir que ella le importaba. Se aclaró la garganta.

—Hola, Marcos. Claro, estaría bien que hiciéramos las paces.

—Perfecto. ¿Te busco a las diez en tu hotel?

Sin darse cuenta, se encontró vistiéndose para Marcos Gutiérrez, como si fuera una adolescente en busca de aprobación. Se peinó y maquilló, y a último momento desechó el vestido que pretendía usar y lo cambió por un suéter negro y un jean. No podía producirse demasiado, sería un error dar a entender a Gutiérrez que tenía interés en él. Lo pasado entre ambos era algo que no iba a poder olvidar. Si bien la noche en Punta del Este no se le borraba de la cabeza, la manera en que él se manejó y la apartó era algo que no podía perdonar. ¿Por qué caía nuevamente frente a esos ojos grises?

Bajó al *lobby* a las diez en punto. Marcos no se hizo esperar. Caminaron hasta encontrar algún sitio que fuera de su agrado. No tenían apuro. Una leve brisa acompañaba sus pasos y el silencio no les incomodaba. Marcos sugirió tomar el metro hasta La Latina y comer en una taberna de tapas que prometió que le iba a encantar. Allá fueron. En la estación bajaron y caminaron hasta el número trece de la Calle del Almendro. Allí, dijo Marcos, comerían los huevos rotos más ricos de Madrid y el mejor de los vinos.

Ana se sintió atraída por la mística del lugar. Las mesas bajas y los bancos atiborrados de gente joven le daban un toque atractivo.

—Como acá cada vez que puedo —dijo Marcos mientras apoyaba su mano en la espalda de Ana para indicarle dónde se ubicarían—. La rosca de morcilla y los huevos rotos son de lo mejor que hay. ¿Vino? —preguntó antes de servirle. Ella asintió.

—De todas las veces que estuve en Madrid, nunca escuché de este lugar — reflexionó en voz alta Ana—. Nunca dejás de sorprenderme, Gutiérrez.

—¿Y se puede saber en qué te sorprendo?

—A simple vista, uno diría que sos frívolo y mundano, y sin embargo, cuando te relajás y dejás que los demás te conozcan, resultás una caja de Pandora. Deambulás por un mundo totalmente diferente del que yo hubiera imaginado.

—No nos manejamos en realidades tan diferentes —contestó él pensativo mientras servía más vino—. De hecho, creo que somos bastante parecidos.

—¿Parecidos?

—Sí. Los dos ocultamos quiénes somos en realidad.

—No te entiendo.

—Mundano y frívolo. Así me ves vos y el resto del mundo. Dura pero superficial, así te ve a vos el mundo. La señorita bien que, en vez de heredar la empresa de papá, se las dio de excéntrica y optó por la criminología forense, una carrera en absoluto tradicional —Ana dejó escapar una carcajada—. Pero lo cierto es que ni vos sos superficial ni yo frívolo. Simplemente somos más de lo que decidimos mostrarle al mundo. Lo que nos guardamos es lo que vos ves en mí ahora y yo en vos. El verdadero yo lo dejamos para los que queremos que nos conozcan de verdad.

—¿Y vos pensás que yo quiero que me conozcas de verdad?

Marcos se acercó a ella mucho, tanto que casi podía sentir el calor sus labios. Ana no se inmutó.

—Estoy seguro de que querés que te conozca bien. Quiero que sepas quién soy en realidad.

—¿Acaso no lo sé?

—No.

Ana se alejó, apenas, pero no apartó la mirada. Tomó más vino y volvió a sonreír. No entendía qué estaba pasando entre los dos. De repente, el más hermético de los amantes se estaba abriendo de manera inesperada.

Marcos volvió a sonreír. Ella imitó el gesto, pero algo en su actitud le hizo ver a Marcos que ella no cedería tan fácil a los avances que acostumbraba realizar sobre las mujeres que deseaba. Le gustaba. Sabía que no debía fomentar la relación, pero no podía evitarlo. Ana devolvió el silencioso escrutinio. ¿Quién era realmente Marcos Gutiérrez y qué traía entre manos?

—¿Qué querés de mí, Marcos?

—Todo —dijo sin dudar—. Si pudiera volver al fin de año que pasamos en Punta del Este, no dejaría que te escapes de mi cama.

Ana sintió que el calor subía por sus mejillas. Toda una confesión o un envite subido de tono. Marcos Gutiérrez sabía cómo incomodarla. Desvió la mirada un segundo antes de responder.

—Pero no podés volver el tiempo atrás. Y lo que pasó, ya pasó. No hay manera de...

—¿De reivindicarme? —interrumpió él.

—No hace falta que te reivindiques. Tuvimos un desliz. Una noche de sexo, nada más. Ninguno estaba preparado para la mañana después.

—Por eso te fuiste...

—No —respondió Ana riendo—. Me fui porque apenas terminamos, vi la duda en tus ojos. Lo único que querías era que desapareciera.

—Eras la novia de un amigo...

—Exnovia.

—Lo que quieras. Hay un código.

—Máximo me había dejado sin explicación, no le debía lealtad.

—Pero yo sí. Aparte, era evidente que te estabas vengando de él acostándote conmigo —ella rio con sorna.

—¿Vengándome? Por favor, Marcos. Lo de Punta del Este fue cualquier cosa menos una venganza. Fue un acto irracional, en absoluto premeditado. Un impulso que ninguno de los dos frenó. Insisto, algo te conozco y sé que no das puntada sin hilo, ¿qué es lo que quieres de mí?

—Quiero hacer las paces. Quiero que olvidemos el día después de lo de Punta del Este y que nos demos una oportunidad.

—Hablás como si de verdad hubiéramos tenido algo.

—¿Y no lo tuvimos, Ana?

Ella dudó. Pero cuando estaba por responder, sus ojos se cruzaron con aquellos que jamás pensó encontrar en aquel sitio. Sofía Campos ingresó en el bar seguida por el detective Pereyra. Este había ido a visitarla por la tarde y era evidente que, luego de la charla que tuvieron, había partido en busca de Campos. Pero ¿por qué estaban ahí?

—¿Qué...? —dijo Marcos, que no entendía la mirada perdida de Ana. Entonces giró y vio que Sofía y el detective a cargo de la investigación de Max entraban al lugar.

Marcos dejó escapar una pequeña carcajada. Parecía una simple burla del destino: Sofía Campos y Ana Beltrán, otra vez bajo el mismo techo. ¿Hacía cuánto que no se veían? ¿Sabían que habían compartido tres y no dos hombres?

Ana hubiera preferido no encontrarse nunca más con Sofía Campos. Había evitado cruzársela en cuanta reunión social podía. Pero ahora la mujer se acercaba segura, con paso firme, hacia ellos. Le sonreía a Marcos con una soltura que le envidiaba. Sofía y Gutiérrez se fundieron en un abrazo cómplice. A Ana se le revolvió el estómago. Era evidente que ellos tenían una relación que iba más allá de la amistad.

—Hola, Ana —escuchó que ella decía mientras se le acercaba para darle un beso.

—Qué tal, Sofía. Detective Pereyra, ¿cómo está? No creí volver a verlo hoy.

—Pues parece que el mundo es más pequeño de lo que creemos, ¿no? En fin, los dejaremos seguir con lo vuestro, nosotros también tenemos mucho apetito.

—Cierto —contestó Sofía—. Marcos, me da mucha alegría verte. Lamento que haya sido en estas circunstancias... Digo, luego de lo de Máximo. Ana, cuando quieras nos juntamos.

—Claro —asintió Ana, que no lograba relajarse en presencia de Sofía Campos.

—Los dejo. Nosotros vamos a ordenar. Hasta luego.

Sofía y Pereyra se despidieron y se perdieron entre la muchedumbre. Ana continuó comiendo sus huevos rotos sin decir nada. De repente se había enfrascado en sus pensamientos. Estaba tratando de repasar la charla que había tenido con Pereyra esa tarde.

—¿En qué estás pensando? —interrumpió Marcos.

—Nada... Me pregunto qué relación tendrá Sofía con la muerte de Max.

—Tanta como la que podés llegar a tener vos: ninguna.

—¿Qué hace el detective a cargo de la investigación comiendo con una de las partes?

—Tiene hambre.

—Hablo en serio. ¿No te parece raro que Sofía acepte comer con Pereyra?

—Para nada. Es evidente que hay química entre ellos. Esta no es una comida oficial, digamos que están de ligue...

Ana rio.

—Ella está casada...

—¿Y desde cuándo te preocupa que le sea fiel a Ernesto?

—No me preocupa. Digo que es una mujer casada, no corresponde...

—Ana, sé que Sofía no te cae, pero olvidemos que están acá y sigamos con lo nuestro. ¿Dónde estábamos...?

—Antes de que sigamos conversando pavadas, hay algo que quiero comentarte. Esta tarde pasó Pereyra y me informó que Verónica Ávalos lo contactó por una coincidencia en las muertes de papá y Máximo.

—¿Qué tipo de coincidencia?

—A Máximo también le cosieron la boca.

Marcos se echó instintivamente hacia atrás, respiró profundo y, sin salir de su asombro, inquirió:

—Pero ese dato no salió publicado en ningún lado.

—No, el detective Pereyra prefirió resguardar ese detalle de la prensa.

—Ana, esto es más grande de lo que podemos imaginarnos. Emerio y Max estaban metidos en algo.

—Sí, pero ¿en qué? Vos fuiste la mano derecha de papá por años, ¿no notaste nada que te llamara la atención?

—Nada. Incluso he revisado su computadora.

—No entiendo qué podían tener en común papá y Máximo. Dos personas que vivían a miles de kilómetros de distancia, y que solo se veían una vez por año en la reunión del consejo directivo.

—Hay algo que se nos está escapando —dijo Marcos—. Debe de haber una conexión. No es casual que dos personas aparezcan ahorcadas y con la boca cosida con una diferencia de veinticuatro horas.

—Voy a hablar con Verónica.

Ana tomó su celular y llamó a su amiga. Marcos la observaba atento. La salida que había planeado como una velada posiblemente romántica se había transformado en un desfile de interrogantes y especulaciones respecto a las muertes de Emerio y Máximo.



Sofía se acomodó en la butaca y dejó que el detective le sirviera el vino y buscara las patatas bravas.

—Gracias —dijo cuando él colocó la comida frente a ella.

—Un placer.

Pereyra había notado la tensión entre Gutiérrez, Beltrán y ella minutos antes:

—¿No te llevas bien con la criminóloga? —preguntó. Sofía sonrió.

—Me casé con el hombre que la dejó, fui la amante del sujeto que le rompió el corazón y del que va a rompérselo en breve —contestó haciendo un gesto alusivo a Marcos.

—Evidentemente comparten el gusto por los hombres.

Campos dejó escapar una carcajada sincera. ¿Hacía cuánto que no se reía? Se relajó. Francisco era atractivo e inteligente, estaba a gusto con él y la noche parecía prometedora.

—¿Prefieres que vayamos a otro restaurante? —preguntó el detective.

—Para nada. Me encuentro muy a gusto aquí.



Recorrió el vidrio del escritorio con los dedos y después observó los detalles impersonales de ese cuarto. No había nada que pudiera identificarlo, nada rastreable, hasta sus huellas dactilares habían sido alteradas mediante la utilización de un sofisticado dispositivo de abrasión química. No existía. No había registro de su persona. Y cuando abandonase esa casa, el equipo de limpieza de los servicios secretos se ocuparía de borrar cualquier rastro de su presencia.

Como cada noche, ingresó a la red privada virtual de La Legión y redactó un breve informe con el detalle de situación. El archivo, encriptado, llegaba a un servidor seguro que, a su vez, lo remitía a un centro de altísima seguridad con base en

Roma, que filtraba el contenido de posibles intrusiones o *software* espía.

Minutos después de concluida su conexión, encendió su computadora, la que usaba solo para contactar a la Agencia y accedió a la página segura de los servicios. Rápidamente solicitó el detalle de las autopsias de Emerio Beltrán y Máximo Zaldívar. Luego sondeó la base de datos financiera que los servicios tenían disponible para sus agentes en busca de información sobre posibles cuentas en el exterior de los fallecidos.



Abrió la puerta del departamento sin otra idea en mente que dormir, pero al entrar sus ojos se toparon con un sobre manuscrito por encima del resto de la correspondencia. Era de Máximo.

Rasgó el papel rápidamente y para su asombro descubrió una calculadora y una nota que parecía haberse escrito con prisa: «Vas a saber qué hacer». Solo eso. Junto a la nota, el dispositivo que no era lo que aparentaba y que conocía a la perfección.

Tomó el rudimentario aparato color gris y volvió a mirar el sobre. La tarjeta no estaba. Sin la tarjeta magnética, la calculadora no era más que eso. ¿Por qué Max habría enviado algo tan claro para él sin el dispositivo que lo hacía funcionar?

Revolvió el resto de la correspondencia para ver si la tarjeta estaba por separado, pero no encontró nada. Quizá la recibiría en un par de días. No sabía qué pensar, no tenía a quién recurrir. Y entonces pensó en Ana. ¿Y si la tarjeta estaba en la caja? ¿Y si Zaldívar la había citado en la lectura del testamento para diversificar el riesgo y había puesto la tarjeta en la caja? Miró la hora. Sabía que ella ya debía de estar durmiendo pero, sin pensarlo dos veces, dio media vuelta y salió del departamento.

No tardó en encontrar un taxi que lo llevara al Ritz nuevamente. Casi sin tránsito a esas horas de la noche, llegó bastante rápido y cuando arribó al hotel tomó el celular y llamó a la criminóloga.

—Estoy en el *lobby*. Tenemos que hablar.

Ana lo dejó pasar, desconcertada. La había dejado allí hacía menos de una hora. ¿Qué podía ser tan urgente?

Marcos entró en la habitación, su cabeza parecía ir más rápido que sus acciones.

—Necesito la caja.

—¿Para qué?

—Por esto —respondió él y le mostró la calculadora gris que le había llegado por correo.

—¿Qué tiene que ver una calculadora vieja con la caja de Max?

—No es una calculadora vieja. Es una llave.

Al ver que Ana no comprendía, agregó:

—Es un dispositivo de acceso a una cuenta en Suiza. Max me lo mandó por correo antes de morir y creo que la clave de tu caja es el chip que lo activa. Por eso necesito ver la caja.

Ana obedeció sin vacilar y se acercó a la cama, donde reposaba el objeto. Se la entregó y se sentaron uno frente al otro. Gutiérrez abrió la caja sin reparos. Revolvió la memorabilia desconcertado. No encontró nada que pareciera lo que buscaba.

—¿No había nada más?

—Eso es todo.

—¿Estás segura de que no viste una tarjeta magnética, como las que se usan en la editorial para ingresar?

Ana negó con la cabeza. Marcos observó en detalle la tapa. No parecía tener doble fondo. Su instinto lo obligó a palpar la madera centímetro a centímetro y bajo el terciopelo notó la pequeña hendidura. La presionó y la tapa se desprendió.

Ana se incorporó rápidamente. No creía lo que veían sus ojos. Se sentó junto a Marcos y trató de respirar tranquila, pero el corazón le latía furioso. Marcos distinguió el sobre color blanco enseguida. Era el mismo que había llegado a su domicilio. La letra era de Máximo. Se lo mostró a Ana y ella lo tomó; también reconoció la caligrafía. Palideció un segundo. Rasgó el sobre y una tarjeta blanca con un microchip cayó sobre su regazo. Marcos la tomó y la introdujo en la calculadora. Luego la encendió y el dispositivo le solicitó una contraseña.

—Ana, Max estaba metido en un gran lío. No hubiera tomado los recaudos que tomó si esto no fuera gordo. Esta calculadora es el acceso seguro a un estado de cuenta en Suiza. Esta calculadora fea y ordinaria no es otra cosa que lo que te digo: la clave para saber qué fue lo que le pasó a Max. Para activarla e ingresar a la cuenta, necesitamos una clave y el número de cuenta. Vos sos la clave. Si lo conozco un poco a Max, tu fecha de nacimiento es la clave. Pero la cuenta, el número de la cuenta, tiene que estar en la caja. Si no, esto no tiene sentido. Vamos a revisar todo de arriba abajo hasta que descubramos cuál es el número. Necesito que hagas memoria: ¿Max nunca te comentó si tenía una cuenta en el exterior? ¿Alguna vez te dio algo para que le guardases? ¿Un sobre con papeles?

—Nada, absolutamente nada. Sabés mejor que nadie cómo era Máximo, no confiaba en nadie...

—En vos sí. Si no, no te hubiera mandado el acceso seguro.



Ralph Grazia recibió el alerta de activación de la llave de acceso seguro en el instante en que la tarjeta ingresó en el dispositivo. Buscó el teléfono al que debía comunicarse en caso de que el destinatario accediera a los estados de cuenta y se

preparó para que el secreto mejor guardado de todos los tiempos saliera a la luz.

Atento a cualquier otro aviso, entró a su propio mensaje seguro y escribió dos palabras. Cuando entraran a la cuenta, verían el mensaje y sabrían qué pasos seguir.

No pudo evitar cierta tristeza: que la cuenta se hubiera activado significaba que Máximo Zaldívar estaba muerto.



Ana dejó la taza de café sobre la mesa de noche y resopló. No tenía la menor idea dónde podía estar o cuál podía ser el número de cuenta al que se refería Marcos. El número estaba formado por nueve dígitos y dos letras. Los cuatro primeros indicaban el lugar donde estaba radicada la cuenta, el país y la ciudad. Los cinco restantes, combinados con las dos letras, identificaban al dueño.

Tomó un poco más de café y volvió a vaciar la caja. Nada a simple vista. La foto en Barrio Parque Aguirre, la servilleta del Café Marly en París, la entrada al zoológico... Habían revisado todo, una y otra vez. Marcos parecía cansado. Eran casi las seis de la mañana y no habían dormido.

—La caja es el número de cuenta, Ana, no puede ser de otra manera.

Necesitaba despejarse, le habían dado vuelta al asunto infinidad de veces. Se incorporó y caminó hacia el baño.

—Me voy a bañar, necesito despabilarme —dijo ella—. ¿Por qué no dormís un poco? En este estado, no vamos a resolver nada.

Marcos asintió, pero antes de que ella pudiera hacer algo, se acercó y pasó su brazo derecho por la cintura. La atrajo hacia él y ajustó sus dedos sobre el cuerpo firme de la mujer.

—Ana... —le dijo casi al oído—. Dame una oportunidad.

Ella retrocedió.

—Lo siento, Marcos. Hace años no hubiera dudado en dártela. Hoy es tarde.

Dio media vuelta y desapareció tras la puerta del baño.

Abrió la ducha y dejó que el correr del agua la transportara. Evitó volver a pensar en la intimidad que acababa de compartir con Gutiérrez. No quería recordar los brazos fuertes que la rodearon, ni el calor simple que irradiaba su cuerpo. Se obligó a desterrar los sentimientos encontrados en su interior. Volvió a concentrarse en Emerio. Trató de recordar la última conversación que habían tenido. ¿Cuándo había sido? ¿El mismo miércoles en que murió? No lo recordaba, y se odiaba por eso. ¿Cómo había sido su muerte? ¿Cuáles fueron sus últimos pensamientos? ¿Qué hacía en el zoológico? ¿Había ido a encontrarse con alguien? ¿Lo habían llevado? Eran demasiados interrogantes y para ninguno tenía respuesta.

Cuando salió del baño, ya tenía decidido volver a Buenos Aires. Quería ir a la

casa de su padre y darla vuelta si hacía falta para descubrir cuál era la conexión entre Max y Emerio. Algún indicio debía de haber y estaba decidida a encontrarlo.

Caminó hasta la habitación y notó que Gutiérrez se había quedado dormido. Sonrió. El editor en jefe de Centauro parecía vulnerable cuando dormía. Lo dejó descansar y se cambió. Luego volvió sobre las fotos de la caja. Máximo le estaba diciendo algo y ella debía descubrir qué era. Tomó la foto en Barrio Parque Aguirre, la servilleta del Café Marly en París, la entrada al zoológico y las ordenó cronológicamente. Entonces lo vio. En cada foto o recuerdo, lo que parecía una fecha era en realidad la suma de varios dígitos. Tomó papel, una lapicera y copió los números. Se acercó a la cama y despertó a Gutiérrez.

—Marcos, ¿cuántos dígitos decís que tiene que tener?

—Nueve y dos letras.

—Tengo ocho.

—¿Dónde los encontraste?

—Las fechas de las fotos. Las cuatro están con esa data, o lo que pareciera ser una fecha. Lo que pasa es que están mal...

—Porque no son fechas.

—Exacto. No lo son. Mirá.

Ana le entregó el papel en el que había transcrita las supuestas fechas. Marcos no tardó más de dos segundos en reconocer el número como el de una cuenta del UBS.

—Alcanzame la *laptop*, por favor.

Ana fue por la computadora. Se sentó junto a Marcos y vio como él accedía a la página del banco. Volvió a mirar los ocho dígitos. Había descontado que las fechas eran correctas, pero al mirarlas con atención notó que la foto en Barrio Parque Aguirre frente a la casa Darwinion, el Instituto de Botánica y Biología del Partido de San Isidro, estaba fechada el 2 de abril, y ellos habían visitado la biblioteca del instituto cerca de las navidades ese año. Lo mismo sucedía con la foto en París; junio 19, decía. Y, lejos de ser verano, la imagen los mostraba abrigados para la estación más fría de Europa. Max se traía algo entre manos y ella estaba a punto de descubrirlo.

—Igual falta un dígito —comentó Ana mientras observaba a Marcos navegar la red del UBS con conocimiento y tranquilidad.

—Es el cero. Los números de cuenta que están radicadas en Zúrich comienzan y terminan con cero, por lo tanto el número es el dos de abril o dos del cuatro y el cero.

—Cero - dos - cuatro - cero.

—Es una cuenta radicada en Zúrich. Y según el resto de las fechas, diecinueve de junio, diecinueve del seis, y cinco de marzo, cinco del tres.

—Cero - dos - cuatro - cero - uno - nueve - seis - cinco - tres. Ese es el número de cuenta.

—¿Y las letras?

—¿Tus iniciales?

Ana levantó la mirada, desconcertada. Estaban a punto de descubrir qué gran secreto ocultaba Zaldívar. Gutiérrez tomó la calculadora, la encendió e introdujo la tarjeta magnética. El dispositivo le pidió la clave de acceso.

—Tu fecha de nacimiento.

—Tres de diciembre de 1975.

—Tres - uno - dos - uno - nueve - siete - cinco —dijo Gutiérrez mientras presionaba los dígitos.

La calculadora generó una clave de diez dígitos que él volcó en un casillero de la página web. Luego presionó «Aceptar» y la computadora le devolvió un tercer número que cargó en el dispositivo.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Ana al ver el despliegue de números.

—La calculadora es un acceso seguro. Genera claves distintas en cada ingreso a la cuenta. Este es el último.

Marcos cargó los dígitos en la computadora y presionó «Entrar». Inmediatamente se abrió el estado de cuenta de la empresa Monalia.



Uróboro se conectó a la red privada virtual de La Legión y accedió con su usuario a una casilla de correos segura. Escribió rápidamente un resumen sobre sus últimas averiguaciones y, pese a las garantías de seguridad del servidor, encriptó el mensaje. Finalmente, lo envió.

Jueves

Habían pasado diez días desde la muerte de Emerio Beltrán. Sobre el escritorio del detective reposaban el informe forense y las fotografías del caso. Etchegaray se recostó sobre su silla y volvió a concentrarse en el expediente. No tenían pistas. Diez días después seguían como al principio.

La oficial Verónica Ávalos había proporcionado el único dato relevante del caso. Enterada de la muerte de Máximo Zaldívar, se contactó con la Policía de España. Etchegaray conocía la historia entre Zaldívar y Ana Beltrán, por eso no le llamó la atención que Ávalos se comunicara con el oficial a cargo de la investigación. Sin embargo, jamás imaginó que el contacto fuera fructífero. Máximo Zaldívar había sido ahorcado y tenía su boca cosida.

Debía juntarse con Ana y averiguar si sabía en qué andaban su padre y su antiguo amante. Debía de haber un vínculo entre ambos para que sus vidas terminaran de manera similar.

Tomó el teléfono y marcó un interno.

—Necesito los estados contables de Centauro y de Emerio Beltrán. Ah, Verónica, ¿podrías conseguir los mismos datos de tu contacto en España? Necesito el estado financiero de Máximo Zaldívar.

Terminó la conversación y tomó el expediente de Beltrán. Buscó su domicilio particular y se incorporó. El empresario debía de tener gente trabajando para él en su casa. Iba a visitarlos para ver si podía obtener alguna pista. La prensa lo estaba acechando en busca de respuestas, y por el momento no tenía nada que ofrecerles. No podía darse el lujo de no resolver el crimen de uno de los filántropos más reconocidos del país. Su carrera estaba en juego.

Caminó decidido al despacho de la oficial Ávalos y la invitó a sumarse. Ella se levantó de inmediato y lo siguió. Conocía a los empleados de la familia Beltrán desde pequeña, no resultaría difícil que se sinceraran con ella, si es que sabían algo.

Capítulo VIII

Viernes

LA casa central de la Unión de Bancos Suizos se ubicaba sobre la exclusiva avenida Bahnhofstrasse. La calle de la estación era una de las arterias principales de Zúrich. Ana percibió sus pasos contra el pavimento sin dejar de pensar que estaba caminando sobre las bóvedas que albergaban la fortuna de los hombres más poderosos del mundo.

Ralph Grazia los recibió en una oficina de aspecto monacal, a excepción de la tecnología de punta que reposaba sobre el escritorio de caoba oscura que colgaba de las paredes. No había distintivos del banco ni logos. La oficina bien podía ser un departamento postal o una defensoría municipal. Nada parecía indicar que se trataba de unos de los bancos más seguros del mundo.

Marcos estrechó la mano de Grazia, Ana hizo lo mismo. Luego ingresaron en el recinto y se acomodaron frente al escritorio. Ella posó sus ojos sobre el hombre de aspecto serio. No había una gota de azar en la apariencia del banquero, estaba ataviado con un lujoso traje de la selección Hugo Boss; a simple vista se notaba que había sido hecho a medida. La tela se mostraba suave. Debajo del saco asomaba una camisa celeste, impecable, con cuello y puños de un blanco inmaculado, coronados por dos sobrios gemelos de plata. Las únicas palabras que le venían a la mente para describirlo eran *lujo austero*, «el oxímoron perfecto», reflexionó Ana Beltrán. Nada de ostentación, tan solo objetos de diseño, de materiales nobles y perfecta confección.

Permanecieron en silencio. Esperaban que Grazia les aclarara un poco la situación luego del correo electrónico que habían recibido a través del mensaje seguro de la página de la UBS minutos después de ingresar en el estado de cuenta de Monalia.

El banquero se recostó sobre el respaldo de su asiento y estiró la mano hacia un cajón a uno de sus lados. Lo abrió y tomó un sobre sellado. Se lo alcanzó a Ana.

—Señorita Beltrán. Esta es la llave de la caja de seguridad de Máximo Zaldívar. Tengo precisas instrucciones de acompañarlos a la bóveda.

—Disculpe la consulta —interrumpió Marcos—. ¿Cuándo habló con Máximo por última vez?

Grazia sonrió, se incorporó en su silla y tipeó algo en su computadora. Segundos después les dijo:

—Diciembre de 2010.

—¿Eran amigos? —quiso saber Ana.

—No. He sido su asesor financiero por más de diez años y lamentaré mucho su ausencia. Pero no, no era mi amigo —Ralph se incorporó—. ¿Bajamos a la bóveda?

Asintieron y se pusieron de pie. Grazia les pidió que lo siguieran. Caminaron por un pasillo con oficinas idénticas a la del banquero hasta llegar a unas escaleras.

Marcos y Ana notaron que, durante el trayecto, no se cruzaron con ningún otro empleado. Bajaron dos pisos aproximadamente. Caminaron por otro pasillo hasta llegar a una inmensa puerta acorazada de acero de dieciséis toneladas de peso. Ralph se acercó a un pequeño tablero digital y marcó un código de seguridad, luego introdujo una sofisticada llave electrónica y la puerta se abrió. Ante ellos se presentó otro largo corredor. Siguieron los pasos del banquero en silencio. Superada la puerta y el corredor, se encontraron con un ascensor fortificado en el que entraron tras cargar otro código de acceso e introducir otra llave electrónica.

Una vez adentro, el ascensor comenzó a bajar.

—Bajaremos cuarenta metros —indicó Grazia—. Son unos ocho pisos, más o menos.

Cuando el elevador se detuvo, el banquero tomó una tarjeta magnética que llevaba en el bolsillo y las puertas fortificadas del habitáculo se abrieron.

—Seguiremos por acá —les indicó mientras caminaba por el túnel subterráneo con tranquilidad y parsimonia. Ana, por su parte, estaba asombrada por las medidas de seguridad de la impenetrable fortaleza a la que estaban accediendo. ¿En qué lío se había metido Max para llegar a tal extremo?

Continuaron hasta encontrarse con una segunda puerta de acero. Allí los esperaban dos hombres. Grazia los saludó con un movimiento de cabeza y marcó un nuevo código en un panel digital junto a la puerta fortificada. A continuación lo hicieron los otros dos empleados del banco. Abrieron la puerta con tres llaves electrónicas diferentes. Uno por vez, primero Grazia y luego los otros dos sujetos. Cuando la puerta se abrió, un foso estilo medieval los separaba de una última puerta inviolable. Atónitos, Marcos y Ana vieron cómo un puente retráctil descendía lentamente para permitirles cruzar la fosa.

—Esto parece una película —murmuró ella.

—En absoluto. Esta bóveda es la réplica de la Cámara de Oro del Banco de España —Ana, que había estado observando el foso, levantó la mirada asombrada—. La cámara a la que entrarán tiene mil quinientos metros cuadrados y está resguardada por las tres puertas fortificadas que han atravesado, un túnel subterráneo de cuarenta metros de profundidad y además está rodeada por esta fosa —dijo Grazia cuando terminaron de cruzar el puente levadizo y bajaban, otra vez, a tierra firme—. Esta última puerta acorazada, de ocho toneladas, es la puerta a la bóveda. Los acompañaré hasta la caja de seguridad de Zaldívar y luego los dejaré revisarla en una sala segura.

—Este lugar es inviolable —agregó ella, todavía impresionada por la seguridad.

«Nada es inviolable», se sorprendió pensando Gutiérrez.

—Ciertamente —afirmó Ralph Grazia, que cargó un último código para que se abriera la puerta de acero—. Además, el banco cuenta con cámaras de seguridad y sensores de movimiento. Pero si aún así alguien lograra violar todas estas medidas, el puente se replegaría y las aguas de la fuente de Richard Kissling sobre Bahnhofstrasse, que se encuentra justo arriba de nosotros —dijo señalando el cielo

raso abovedado— y que se abastece de un extenso río subterráneo, inundarían la fosa en cuestión de segundos y sellarían por completo la entrada.

El banquero apoyó la palma de su mano derecha sobre un escáner empotrado en uno de los laterales de la puerta. Un breve destello indicó que la lectura había concluido y que Grazia podía retirar su brazo del dispositivo. Apenas lo hizo, un teclado virtual se proyectó ante ellos. El hombre presionó unos cuantos dígitos y, por último, introdujo una llave magnética que activó los sensores del acceso. Segundos después la puerta se abrió, y Ana y Marcos pudieron ver el corazón de la fortaleza. Ingresaron silenciosamente. Grazia les indicó una puerta casi imperceptible en uno de los lados de la bóveda y los invitó a entrar. Allí encontraron una sala con sillones y una mesa para revisar el contenido de la caja de seguridad.

En el interior de la sala y ya sobre la mesa reposaba la caja. Ralph los invitó a abrirla y desapareció tras el vano de la puerta. Marcos y Ana se miraron. La caja de seguridad estaba sobre la mesa y Ana tenía la llave para abrirla en su mano.

—No sé con qué podemos encontrarnos. Estoy asustada, Marcos.

—No te preocupes, Ana. Estamos juntos en esto y vamos a averiguar qué fue lo que les pasó a Max y a Emerio. Dame la llave.



Verónica se sirvió un café y se sentó junto a Matilde. Conocía al ama de llaves de la familia Beltrán desde que era pequeña.

—Yo no me lo explico, señorita Verónica. El señor era tan bueno, ¿quién podría querer matarlo?

—Es lo que estamos tratando de averiguar, Mati. Lo que yo necesito es que pienses: ¿Emerio recibió alguna visita que te llamara la atención en los últimos tiempos?

La mujer negó con la cabeza.

—¿Hubo algo extraño en su actitud? ¿Estaba preocupado? —insistió Ávalos.

—No, no. Estaba igual. Quizá...

—¿Quizá qué?

—Recibió un llamado bastante entrada la noche un par de días antes de morir. El señor ya estaba acostado y tuve que despertarlo. Él mismo me había dado la orden de comunicarle, no importara cuán ocupado estuviera, si recibía ese llamado.

—¿Ese llamado? ¿Qué tenía de particular este llamado? ¿Quién lo llamaba?

Matilde miró a Etchegaray, que se había mantenido en silencio desde que ingresaron en la casa. Luego volvió a Verónica.

—Era un llamado de Máximo Zaldívar, el antiguo novio de la señorita Ana. ¿Se acuerda de él, señorita Verónica?

Ávalos y Etchegaray cruzaron rápidamente una mirada.

—¿Sabés de qué hablaron, Mati?

—No, no, yo no escuchaba las conversaciones del señor.

—¿Pero él te comentó por qué era importante que lo comunicaras con Zaldívar si llamaba?

—No, siempre pensé que el señor tenía la esperanza de que la señorita Ana y el señor Máximo siguieran noviendo y que quería hablar con él para convencerlo...

—¿Por cuánto tiempo hablaron?, ¿sabés?

—No. Yo me fui a acostar, señorita Verónica. El señor así me dijo.

Ávalos se puso de pie y se acercó a la ventana. El jardín estaba tal como lo recordaba.

—Mati, ¿vos me permitirías entrar al escritorio del señor?

—Pero claro que sí, pase por acá, señorita. Cualquier cosa que yo pueda hacer para que se aclare la muerte del señor, pídamelo. Estoy a su servicio.

—Gracias, Mati —respondió Verónica—. Voy a hacer lo imposible por descubrir qué pasó.

Francisco Pereyra se despertó en la cama de Sofía Campos. La mujer dormía y agradeció el silencio del alba para reflexionar respecto a los últimos días. Campos era una mujer fascinante, pero estaba casada. Más allá de su extraño acuerdo con Ernesto de Alvear, seguía unida a él y las relaciones complicadas no eran su estilo. Pero Campos le gustaba, y eso lo volvía aún más complejo. Por otro lado estaba la cuestión de Zaldívar. Sabía que el financista y Sofía habían sido amantes, y si bien ella no era sospechosa por el crimen, lo ubicaba a él frente a un dilema ético: ¿debía involucrarse con una amante de la víctima estando a cargo de la investigación del caso?

La mujer se movió en la cama. Abrió lentamente los ojos y sonrió. No dijo nada, simplemente se acercó a Pereyra y lo abrazó. La extraña tranquilidad a su lado era un bálsamo para un cuerpo acostumbrado a los amores a corto plazo. La noche anterior se habían quedado conversando por horas. Francisco era un ser fascinante. Por primera vez en mucho tiempo Sofía tenía a alguien con quien hablar y que realmente la escuchaba.

A Francisco le preocupaba el conflicto moral, pero ella había insistido en quitarle importancia al asunto. A fin de cuentas no era una sospechosa por la muerte del financista.

Pereyra le había comentado que creía que había una conexión entre la muerte de Máximo y la de Emerio Beltrán. Había recibido el llamado de una investigadora argentina que le comentó ciertos detalles que le hicieron sospechar que los crímenes estaban vinculados. Pereyra le había preguntado si sabía qué vínculo existía entre aquellos dos hombres más allá de Ana Beltrán. Sofía no lo sabía. Conocía a Máximo desde la facultad y fueron amantes hasta que Ana apareció en sus vidas. Más allá de

eso y de que Zaldívar estaba obsesionado con la compra de la Editorial Centauro por alguna razón que desconocía, no podía imaginar cuál era la conexión.

—Sabés —irrumpió Sofía en el silencio del amanecer—, me quedé pensando en lo que me preguntaste anoche.

—Te pregunté muchas cosas.

—Me refiero a por qué Max quería comprar Centauro a toda costa. No sé por qué nunca se lo pregunté. Pensaba que era otro más de sus caprichos o que había visto un negocio que yo no lograba descifrar, pero...

—Pero...

—Pero, pensando un poco, creo que estuvo obsesionado con Centauro hasta que logró entrar al archivo original de la compañía.

—¿Archivo original? —preguntó Pereyra desconcertado.

—Yo le pregunté lo mismo. Me dijo que Centauro tenía un gran archivo, pero que no había registros de los años 1903 a 1909. Él creía que el material de esos seis años de publicaciones estaban en otro archivo. En su momento no le di importancia... hasta ahora. Máximo estaba obsesionado con algo de Centauro, y pasaba el tiempo y parecía no encontrarlo.

—¿Nunca te dijo qué era?

—No, no, insistía en que era algo de familia, que tenía que encontrar lo que su abuelo había dejado en Centauro.

—¿Su abuelo?

—Federico Zaldívar, su abuelo, fundó la editorial en 1880, en sociedad con Justo Beltrán, el abuelo de Ana. Pero por alguna razón esa sociedad se quebró y los Beltrán y los Zaldívar no volvieron a relacionarse, hasta...

—Hasta Ana y Máximo —interrumpió Francisco, que se incorporó en la cama interesado en el curso que estaba tomando la conversación.

—Sí. Max estaba obsesionado y decía que había revisado la biblioteca y los archivos de la editorial de punta a punta.

—Y parecía no encontrar lo que buscaba.

—Exacto. Hasta que un día, revisando los viejos planos del edificio, descubrió una habitación que en la remodelación no figuraba. Max estaba eufórico. Decía que su abuelo tenía razón. Se fue de la oficina corriendo, pero después nunca más volvió a tocar el tema.

—¿No encontró lo que buscaba?

—Esa fue la respuesta que me dio cuando le pregunté. En ese momento, le creí. Dos semanas después Máximo cerró su departamento en Buenos Aires y se vino a vivir a Madrid. Después abrió MZ Wealth Management, y lo demás es historia conocida.

—¿Tú crees que ese cuarto que encontró y la búsqueda que lo obsesionaba tienen que ver con su partida?

—No lo había relacionado hasta ahora. Es decir, me resultó raro que la dejara a

Ana. Mal que me pese, estaba enamorado de ella. Y así, como si nada, ¿dejar todo e irse? Es sospechoso.

—Sofía, tu país estaba atravesando una crisis económica y política que invitaban a irse, más en el rubro de Zaldívar. No entraban ni salían capitales, la bolsa de comercio no operaba...

—Puede ser... Pero lo cierto es que Máximo estaba buscando algo en Centauro. Y yo creo que lo encontró.

Marcos empujó la tapa de acero hacia arriba y el contenido de la caja de seguridad quedó al descubierto. Se miraron. Ana tomó rápidamente uno de los sobres color madera y lo abrió.

—Un plano.

Lo desplegó sobre la mesa y lo miró atenta. Reconoció las oficinas de inmediato.

—Es Centauro. Es el plano original de la editorial. ¿Qué hacía Max con esto? —preguntó absolutamente desconcertada.

—Dejame ver —dijo Marcos, mientras se acercaba a un sector particular del plano—. Es extraño...

—¿Qué?

—Ahí, mirá. Si no me equivoco, esta es la oficina de Emerio.

—Sí...

—Pero ¿y esto? —Marcos le señaló una habitación contigua que figuraba en el plano y que estaba resaltada con un círculo—. Si esta es la oficina de tu padre, ¿qué es esta habitación conjunta? —Ana observó el plano con atención—. Ana, esto es lo que buscaba Max. Este cuarto que figura en los planos originales debe de ser lo que buscaba.

—A lo mejor no se construyó —dijo la criminóloga.

—¿Y por qué Máximo guardaría el plano en una bóveda secreta si no existiera? Yo creo que es lo que buscaba.

—Conozco la editorial de punta a punta, Marcos. No es posible que no sepa de una habitación junto a la oficina de papá.

—Ana, creo que Emerio y Max estaban en algo tan grande que ni vos ni yo tuvimos acceso al secreto que guardaban. Abramos el otro sobre.

Ella asintió y rompió el lacre. En su interior había dos sobres más. El primero, añoso y frágil, captó su atención de inmediato. Lo abrió lentamente, con cuidado de no romper el papel. El sello rojo tenía inscriptas las iniciales JAR. De allí extrajo un manuscrito. Al ver el nombre grabado en la cabeza del papel y el destinatario de la epístola, el corazón le dio un vuelco.

—Es del general Roca a Eduardo Ladislao Holmberg... —Levantó la mirada y miró fijo a Marcos, respiró profundo y, como si lo que estaba por hacer necesitara una reverencia, se acomodó en el sofá y comenzó a leer en voz alta—. «Mi estimado doctor Holmberg: Procurad ocultar la sabiduría de Hipatia. El intendente Casares ha

dispuesto destituirlo de vuestro cargo de Director del Zoológico. Vuecelencia no está seguro allí. Su seguro servidor, Julio Argentino Roca. Buenos Aires, 6 de marzo de 1903». Ana terminó de leer y guardó silencio.

—Tenemos que volver a Buenos Aires. Si lo que está queriendo decirnos Máximo es lo que creo, debemos viajar hoy mismo.

Ana asintió, aún pasmada por el rumbo que habían tomado las revelaciones. Tomó el segundo sobre y lo abrió.

—Es de Max —dijo con la voz quebrada—. Hay una carta para vos y otra para mí.

Marcos estiró la mano y tomó el sobre. Reconocería la letra de Zaldívar en cualquier lado. Despegó prolijamente la goma que adhería las caras internas del papel y extrajo la carta. Empezó a leer.

La piel se le erizó, los ojos se le nublaron, tuvo que obligarse a enfocar y a respirar para serenarse y volver a leer. Entonces se concentró en la sala impersonal y austera en la que estaban, cuarenta metros bajo tierra, en el centro del corazón financiero de Zúrich.

Ana leía absorta, las lágrimas se le escapaban. Él, por su parte, tuvo que armarse de valor para seguir.



El Agente Cero no contaba con demasiado tiempo. Accedió a la red de la Agencia mediante su teléfono inteligente y envió un breve mensaje encriptado.



Miranda estaba sentada detrás del escritorio de Max. No había tenido el valor para entrar antes en esa habitación. La había mantenido cerrada y evitaba pasar frente a ella. No tenía ánimos de enfrentar los secretos de su esposo. Pero esa mañana pensó que era momento de avanzar y de abrir el escritorio de Máximo.

Los cajones estaban cerrados con llave. La encontró bajo la lámpara. En uno de los cajones había facturas, nada que llamara mucho la atención. En otro estaban los estados contables de MZ Wealth Management. Debía ocuparse de hacerle llegar esa documentación a Sofía Campos. Tenía que hablar con ella y preguntarle qué sabía de la muerte de Max.

Reverberar los papeles podía aclararle el porqué del asesinato o no —lo cierto es que no lo sabía—, pero si no empezaba por algo se iba a volver loca. Habían pasado diez días desde la muerte de su esposo y se sentía en medio de la nada, inmersa en un

limbo permanente que no la dejaba pensar, respirar, ni vivir. Lo extrañaba, aunque Máximo se había alejado de ella, aunque sus noches compartidas eran una triste ilusión, aunque vivían bajo un mismo techo pero apartados uno del otro, Máximo Zaldívar había cautivado su cuerpo y alma el mismo día en que lo conoció en las oficinas de MZ.

Abrió el tercer cajón. Se sorprendió. Un arma. ¿Desde cuándo Max tenía una pistola? ¿En qué momento había considerado que estaba en peligro y necesitaba un revólver para protegerse? La tomó con extremo cuidado y la apoyó sobre el escritorio. Allí donde estaba el arma, sobre un blanco virginal y escrito a mano reposaba un sobre que decía: «Miranda».

Tomó el papel presurosa y tratando de evitar que las manos le temblaran. El texto era breve, lo leyó casi sin respirar. Sintió que el mundo se le caía encima.

Capítulo IX

Sábado

ANA:

Desde que te dejé en el aeropuerto no hubo día, o noche, que no añorara tu cuerpo junto al mío, nuestras charlas, tus silencios.

Me arrepiento de tanto silencio... Me gustaría hablarte, cara a cara, como antes, como cuando nos pasábamos horas bajo el alcanfor de tu casa y nos perdíamos en conversaciones sin rumbo cierto, tan íntimas como nuestras. Pero esos tiempos han pasado y este es el tiempo de la verdad.

Tengo mucho que contarte. Tanto que no sé por dónde empezar. Quizá deba hacerlo por el principio, por Federico Zaldívar.

Él era mi abuelo y, junto con Justo Beltrán, tu abuelo, fundaron Centauro. Sé que conocés la historia de la editorial, lo que no sabés es que el acta original de fundación de Centauro se modificó luego de que tu abuelo y el mío acordaran ser los custodios del secreto mejor guardado: un grupo de manuscritos originales de la Biblioteca de Alejandría.

Los Zaldívar desaparecimos de los documentos de Centauro en pos de velar por la sabiduría más arcana. Y en la disolución de la sociedad, Justo y Federico hicieron un pacto: protegerían el legado de Hipatia de Alejandría con sus vidas y a nadie revelarían el secreto.

Sin embargo, en su lecho de muerte, mi abuelo me confesó que una noche de marzo de 1903, Justo y él recibieron la visita de su amigo Eduardo Ladislao Holmberg. Junto a él habían fundado la revista El Porvenir Literario y se conocían desde jóvenes. En esa época Holmberg era director del Zoológico de Buenos Aires y custodio de un gran tesoro: los vellums que Hipatia había logrado rescatar antes de que la turba la matara y los escritos del recinto alejandrino sucumbieran ante las llamas de la furia cristiana.

El científico convocó a una reunión de urgencia una noche en vísperas de su destitución como director del parque: temía por la integridad de los rollos alejandrinos. Les advirtió que La Legión, un grupo fanático de cristianos cuyos orígenes datan de la época del emperador Teodosio de Alejandría, en el 415 d. C., estaba tras el tesoro desde tiempos de Hipatia y buscaba destruir lo que no habían podido durante el incendio. Que el saber infinito salga a la luz no es conveniente para muchos, y Holmberg creía que La Legión estaba pronta a descubrir el paradero de los textos, por eso les pidió a los fundadores de Centauro que cuidaran con su vida un libro con las instrucciones precisas para ubicar el escondite de tan preciado tesoro. Ana, Holmberg jamás reveló dónde se encontraban ocultos los umbilicus

alejandrinos. Justo y mi abuelo se comprometieron a guardar el libro con la información y optaron por disolver la sociedad para que nadie supiera jamás quién tenía el mapa. Sospechaban que los seguían, que había infiltrados de La Legión por todos lados, donde menos lo esperaban... Ya cuando la vida de Federico se extinguía, me hizo jurarle que encontraría el refugio último de los escritos y se los enseñaría al mundo. La humanidad tiene derecho a acceder a los nobles saberes de Aristóteles, Filócrates y Sófocles. La sabiduría toda se encuentra oculta en algún rincón de Buenos Aires y yo prometí encontrarla y revelársela al mundo.

Por eso, mi querida Ana, si estás leyendo estas líneas es porque La Legión me ha encontrado. Han estado tras de mí desde que compré Centauro. Nos vigilan, saben que somos los custodios del legado alejandrino. Lo que no saben es que desconocemos su paradero.

Cuando Monalia compró Centauro, recibí el llamado de tu padre. Me dijo claramente que no sabía qué traía entre manos pero que él había heredado el honor y el deber de custodiar los archivos de Centauro. Pero que también creía que el mundo debía acceder al conocimiento infinito. Por eso unimos fuerzas y empezamos a buscar.

Tu padre era mucho más sabio de lo que imaginamos. Y yo, que creí engañarlo creando Monalia... Lo supo todo el tiempo. Por eso me temo que, luego de haberlo encontrado, vendrán por mí... La Legión está más cerca de lo que creemos. No confíes en nadie.

Ana, he llegado al final del camino. No dejes que mi muerte y la de tu padre sean en vano. Averiguá dónde escondió el director del zoológico los últimos códices alejandrinos. Este tesoro debe ser público.

El avión atravesó una turbulencia, Ana se vio obligada a levantar la mirada del papel y se acomodó en el asiento. Hacía seis horas que volaban hacia Buenos Aires. Todavía estaba tratando de asimilar la información que las cartas de Máximo habían puesto sobre la mesa. *Umbilicus* originales de la Biblioteca de Alejandría ocultos en algún lugar de Buenos Aires. Y evidentemente Emerio y Máximo habían estado cerca de descubrirlo, porque los habían matado.

Se recostó sobre el respaldo de su asiento de primera clase y miró hacia la derecha; Marcos dormía. No le había comentado nada de la carta de Max. Solo habían discutido lo obvio: se habían convertido en buscadores de un tesoro perdido, ni más ni menos que los libros que habían sobrevivido al incendio. Más allá de eso, no había hecho mención de lo que Zaldívar había escrito en su carta. Le intrigaba.

Anotaciones de Pérgamo

Egipto, Alejandría, 415 d. C.

Teón no sentía las plantas de los pies, ni las pantorrillas, ni siquiera los muslos. Sus brazos se habían agarrotado y la garganta estaba seca. Pero, aun así, en lo único que podía pensar era en su hija. La imagen del cuerpo desmembrado de Hipatia y el olor de la carne quemada lo acompañarían hasta el fin de sus días.

Se detuvo. Inclino el torso y apoyó las manos sobre las rodillas, buscó aire. Inspiró profundamente y esperó un momento para que el ritmo de su corazón se apaciguara. Levantó los ojos y, frente a él, divisó el faro. Había llegado. Se incorporó, lentamente. Empezaba a sentir el cansancio en el cuerpo, las consecuencias de haber atravesado Bruchium corriendo sin detenerse para escapar y para salvar el último manuscrito.

Apretó el códice, lo llevaba oculto bajo la toga. Alcanzó a salvarlo de las llamas en el momento exacto en que su hija era devorada por la muchedumbre. Lo sujetó fuerte y emprendió el tramo final de su recorrido.

Sábado

El despacho de Emerio Beltrán estaba dado vuelta. Habían revisado cada cajón, estante, libro y sobre que hubiera en el sitio. Nada. Desmoralizada, Verónica se desplomó sobre un sillón y miró a Etchegaray. El hombre le devolvió la mirada, frustrado.

—No puede ser que no tengamos una sola pista.

—Pensé que si algo habríamos de encontrar —dijo Ávalos—, este era el lugar.

—Repasemos los hechos.

—Beltrán desaparece la mañana del miércoles 5. Su celular se mantiene desconectado desde ese momento, no se contacta con nadie. En la madrugada del viernes 7 el veedor de la Biblioteca del Zoológico de Buenos Aires lo encuentra colgado de la viga central del edificio.

—¿Cómo es posible que nadie lo viera entrar?

—No solo eso... ¿Por qué en el zoológico? ¿Fue solo? ¿Lo llevaron? ¿Se iba a encontrar con alguien?

—La única pista que tenemos son los labios cosidos. Además de Ana, ¿qué otro vínculo compartían esos dos? —inquirió Etchegaray.

—¿Negocios? ¿A lo mejor Zaldívar administraba la cartera de inversiones de Beltrán?

—Puede ser... Pero debe de ser algo más. Un secreto... que alguien no quiere que se sepa.

—Sí, pero ¿qué?

Domingo

Ana y Marcos llegaron a Buenos Aires en el vuelo de las dos de la tarde. El chofer de Emerio los buscó en el aeropuerto y los condujo a través de la ciudad. Ana se recostó sobre el respaldo del asiento y se mantuvo en silencio. Podía percibir la presencia de Marcos a su lado. Distante, ensimismado en sus propios pensamientos, lejos. Pensó en preguntarle respecto al contenido de la carta de Zaldívar. Estaba significativamente callado desde su lectura y no le había comentado nada. Cerró los ojos, no quería pensar y, como si el letargo del viaje se hubiera apropiado de su mente, se perdió en lo cacofónico del ambiente.

—Marcos —dijo por lo bajo—, no quiero estar sola. Por favor, quedate conmigo.

Él asintió y sin decir palabra pasó un brazo por detrás de ella y la abrazó. Se mantuvieron en silencio. Ella podía sentir su piel, su aroma, la calidez de su mano reposando sobre su brazo. Aún así, lo notaba distante. Algo le preocupaba. Pero no quería pensar. Se sentía vulnerable, necesitaba que la contuvieran, que la abrazaran. En el lapso de diez días había perdido a su padre y a su examante. Y de la noche a la mañana, su vida corría peligro frente a la búsqueda de un antiguo tesoro perdido.

Retornó al barullo de sus propios pensamientos. Marcos había vuelto a irrumpir en su vida y, como la última vez, había desmoronado hasta la más firme de todas sus barreras.

Luego debió de haberse quedado dormida, porque cuando él la despertó, estaban frente a la puerta de su edificio. Descendieron del vehículo y entraron. No hablaron en el ascensor, ni cuando ella sacó las llaves para abrir ni cuando entraron. No dijeron una sola palabra. Ana cerró la puerta y estaba a punto de hablar cuando él la atrajo nuevamente hacia sí y la arrinconó contra la pared. Sintió su respiración agitada, la manera en que el pecho subía y bajaba y cómo su rostro tomaba un tinte rosado. Estaba nerviosa.

Continuaron en silencio. Sus cuerpos se reconocieron de inmediato. Un solo encuentro había bastado para que ambos supieran que estaban hechos uno a la medida del otro. Marcos se acercó, la olió, la acarició primero con la nariz, dejó que su aroma se inmiscuyera lentamente en sus fosas nasales y lo inundara milímetro a milímetro. Le besó la nuca suavemente. Ella no opuso resistencia. Cerró los ojos, lo dejó actuar. Lo necesitaba, siempre lo había necesitado. Arqueó la cabeza, dejó que su cuello se convirtiera en un templo, lo abrazó. Él le rozó los labios despacio. Fue un beso infinitesimal, minúsculo y personal que despertó sus sentidos, que no los dejó pensar. La volvió a besar, ella abrió los labios y se alejó.

—Tenemos que ir a Centauro —dijo sin poder creer que estaba pronunciando esas palabras en ese momento.

—Ana, Centauro puede esperar una hora más —insistió él y continuó besándole el cuello y desabrochando su camisa.

—No quiero esto a las apuradas —se apartó, poco convencida—. Terminemos

con lo que tenemos que hacer, ya después...

Marcos sonrió, comprensivo, respiró profundo, resopló y se despeinó un poco el pelo. Cariñoso, se rio y le susurró al oído:

—Vamos a la editorial, pero esta noche no te escapas —dijo, aunque en su fuero más íntimo sabía que le mentía. No estaba seguro de lo que iba a pasar en las próximas horas y debía estar listo.

Capítulo X

Salamanca

Los pasos se perdieron entre los corredores oscuros de la Universidad Pontificia. El hombre caminó con prisa pero firme, no era la primera vez que recorría esos túneles. Sin embargo jamás hubiera creído ser él quien convocara al consejo para resolver lo imponderable de la situación que los acechaba.

El silencio del pasaje y su oscuridad no lo amedrentaban. La decisión que tenía que tomar, sí. Sus pensamientos se interrumpieron cuando la luz amenazaba desaparecer y se abrió una puerta que lo condujo al pasaje subterráneo. Recorrió el pasadizo casi de memoria mientras dejaba que sus ojos se acostumbraran a las penumbras y reflexionaba respecto a los pasos a seguir. Había evaluado los pros y los contras de la situación en la que se encontraban y el peligro de quedar al descubierto después de haberse movido en las sombras por tanto tiempo. Salir a la luz no era una opción. Que el secreto mejor guardado de la cofradía se hiciera público era un error que no podía cometer.

Ensimismado en sus pensamientos, no notó que había llegado a la habitación donde los cuatro acostumbraban a reunirse. Buscó su eje. Debía estar sereno, dejar que su mente se tranquilizara y que sus ansias no lo traicionaran.

Dedicó unos segundos a adecuar los ojos a la penumbra total. Logró divisar a las tres personas que lo esperaban en la habitación en la que desembocaba el túnel. Saludó sin pronunciar palabra y los invitó a acomodarse. Estaban todos.

Los miró pausadamente, como si lo que iba a decir no pudiera ser articulado con la suficiente coherencia como para lograr transmitir la gravedad del problema que enfrentaban. Los demás esperaban, respetuosos. Sabían que una reunión de ese calibre no auguraba buenas nuevas.

Ubicados alrededor de una mesa apenas iluminada, y sin otra compañía que el silencio de las paredes del siglo XIII que los cobijaban, los cuatro se miraron sin pronunciar palabra. Hacía mucho que no se reunían, quizá más de cincuenta años. Estaban cambiados, sin embargo el espíritu era el mismo.

—Creemos que Máximo Zaldívar logró descubrir dónde Holmberg escondió los libros —dijo Diaco—. Y que se lo transmitió a la criminóloga Ana Beltrán. Uróboro le sigue los pasos muy de cerca.

No hubo respuesta de los demás. El consejo estaba reunido después de medio siglo y debía actuar. Mantuvieron las miradas, como evaluando cuál sería la manera más rápida y eficaz de evitar que el secreto saliera a la luz.

Anotaciones de Pérgamo

Egipto, Alejandría 415, d. C.

Bajo la luz del candil, los vellums acumulados en las treinta canastas de mimbre parecían papiros ordinarios. Teón y Orestes observaron el legado de Hipatia. La matemática había logrado escabullir del Serepeo los trescientos manuscritos elegidos por el grupo de los sabios para dar origen a la Biblioteca de Pérgamo, el nuevo centro donde el conocimiento estaría disponible para todo ciudadano del cosmos.

Teón se desplomó sobre un banco y bebió el shedeh que le ofrecían. Intentó seguir la conversación de uno de los sabios que planificaba la salida de los manuscritos de Alejandría, pero le fue imposible. Estaba demasiado cansado y atormentado por la muerte de su hija. Se concentró en el escriba y su aprendiz, en la forma en que grababa la piedra, martillando el cincel con una gracia que le resultó casi armónica. Lo observó terminar su trabajo e incorporarse, para luego acercarse a Orestes.

El gobernador recibió el pinake y reparó en la prolijidad del grabado, la certeza de las líneas cuneiformes, la tersura de la piedra. Con la yema del dedo índice, recorrió la hendidura que formaba el nombre del último manuscrito. Sonrió con cierta nostalgia. Levantó la cabeza y miró atentamente las cestas. Frente a él, la obra de Aristóteles, del astrónomo Hiparco, de pensadores como Euclides, Herófilo y Apolonio. Los tres volúmenes de la Historia de Beroso, el sacerdote babilónico. Había cientos de manuscritos, y el más importante, aquel, el último que Hipatia había logrado rescatar: la obra completa de Hermes Trismegisto y la Tabla Esmeralda. Hizo un movimiento de cabeza y, en absoluto silencio, dio la orden para que partieran. Los sabios empezaban su viaje, los manuscritos abandonaban Alejandría esa misma noche.

Salamanca

Diacó se había acostumbrado a la penumbra del recinto. Los cuatro continuaban deliberando. Habían transcurrido cuarenta y ocho horas del llamado que les informó la nueva situación y el peligro al que se enfrentaban.

Estaban de acuerdo: la verdad no podía darse a conocer. Debían aprovechar la oportunidad para descubrir el lugar donde se ocultaba la amenaza más grande a su círculo y las verdades que pregonaban. Para eso debían encontrar a Beltrán y averiguar qué había descubierto. Ya lo habían hecho con los otros dos hombres. Una muerte más no les preocupaba.

La cofradía había luchado durante siglos para descubrir dónde la mujer había ocultado aquellos manuscritos, pero sus mayores esfuerzos se habían concentrado en evitar que se supiera que ese material había sobrevivido al gran incendio. Habían

pasado los siglos y si bien no sabían dónde estaba oculto aquel invaluable botín, en los últimos cien años habían estado siguiendo los pasos de un singular grupo de hombres que se había abocado a su protección y custodia.

Y cuando por fin creyeron que el paradero del tesoro estaba a punto de llegar a sus manos, Federico Zaldívar —uno de los últimos guardianes— desapareció de la faz de la Tierra y la pista se perdió por años. Sin embargo, el error de Zaldívar fue revelar el secreto a su nieto, quien, junto con Emerio Beltrán, emprendió nuevamente la búsqueda. Ahora, la amenaza de que Ana Beltrán diera a conocer el resultado de esta búsqueda y mostrara las pruebas ocultas por siglos ponía en vilo la seguridad de La Legión.

—Debemos actuar rápido —dijo Diaco mientras bebía el vino sobre la mesa—. Hay que evitar que Beltrán deleve el secreto.

—Tampoco estamos seguros de que realmente sepa algo —contestó otro de los presentes.

—No podemos correr ese riesgo. Monseñor está a la espera de una respuesta. Tenemos que decidir qué hacer con Beltrán cuando la ubiquemos.

—Si es que lo hacemos —volvió a interrumpir el hombre—. Creo que es más lista de lo que pensábamos. Hace más de un siglo que estamos tras los pasos de este grupo y cuando creemos que verdaderamente tienen algo, se esfuman milagrosamente. Estábamos tan cerca de saber...

—No pierdas las esperanzas, mi querido Cancio... van a caer. Y con ellos, todos sus secretos. Uróboro no le pierde rastro. Apenas ubique dónde están los libros, todo esto termina.



Observó su reflejo en el espejo. Ya no sabía quién era. Reconocía el rostro anguloso, las cejas tupidas y los ojos grises. Pero no sabía quién era. En algún punto de la misión había perdido el rumbo. Quince años dormido era demasiado tiempo, aun para él. Le había tomado el gusto a la vida común, a ser un hombre común. Cuando abandonó las misiones que le encargaba el Vaticano para convertirse en otro, ansiaba la llegada del día en que recibiera la orden de entrar en acción, pero ya no más. Debía tomar una decisión. No podía pasar más tiempo encubierto.

Domingo

Las oficinas de Centauro estaban desiertas. Marcos tomó el juego de llaves y abrió las puertas sin inconvenientes. Ingresaron en el edificio y Ana, que en su mano llevaba el plano que Max les había dejado, se aproximó al panel eléctrico y encendió la luz

general del edificio. Tomaron el ascensor hasta el piso treinta, donde se encontraba la oficina de Emerio.

Marcos entró, encendió las luces, despejó el escritorio de Beltrán y le pidió a Ana que desplegara el plano sobre la mesa.

—La habitación debería estar detrás del escritorio de papá —dijo Ana convencida—. Pero ¿dónde?

Marcos se acercó a la *boiserie* detrás del escritorio y recorrió la superficie tersa de la madera. Ana lo imitó. A simple vista no había nada, sin embargo la madera del panel principal era hueca.

—Hay algo del otro lado —dijo Marcos.

—Es la habitación del plano. Tiene que haber una puerta secreta, alguna manera de entrar.

Ana se alejó, caminó hacia atrás y se paró en la puerta de entrada a la oficina de Emerio. Quería ver la habitación completa. Si su padre y Máximo conocían de la existencia de ese cuarto, entonces debía haber algún indicio que les enseñara la entrada. La madera no tenía aberturas ni zonas de desgaste, tampoco parecía haber un acceso oculto al tacto.

Miró la alfombra. Junto a la biblioteca de su padre había una zona particularmente desgastada. No parecía ser un área de tránsito. Sin embargo, la alfombra estaba descolorida y erosionada. Se aproximó, se arrodilló y siguió con los dedos la lana raída que formaba un semicírculo, exactamente el ángulo de giro de la biblioteca si se movía hacia adelante.

—La biblioteca... la entrada al cuarto está atrás de ella.

Marcos se aproximó hacia el mueble y la movió. Apenas lo hizo, el marco de una puerta se materializó ante ellos. Terminó de mover la biblioteca y la abrieron. Adentro había una oficina equipada con escritorio, lámpara, un sillón y una caja fuerte.

—Papá tenía otro despacho —musitó Ana.

—Tu padre no deja de sorprenderme.

Encendieron la luz. Ante ellos se iluminó una habitación ciega, sin otra ventilación más que un ventiluz pequeño. Junto a una pared se ubicaba un escritorio antiguo inglés en perfectas condiciones.

—Es un Thompson —dijo ella—. Recuerdo este escritorio... lo he visto antes en casa. Es una réplica del escritorio del escritor Carlos Correa Luna, el director de la revista *Caras y Caretas* en el año... 1903.

—¿La carta de Roca a Holmberg no está fechada en 1903?

—Mejor aún, Carlos Correa Luna estaba casado con la hija de Eduardo Ladislao Holmberg.

—Ana, ¿cómo sabés esas cosas?

—Papá estaba obsesionado con la vida de Holmberg. Releía cada nota antigua, cada escrito, cada libro del científico... ¿Sabías que él fue quien introdujo la

literatura fantástica en nuestro país?

—Aun así, no asociaste que Monalia era un homenaje al libro *Olimpio Pitango de Monalia...*

—Nunca pasó por mi cabeza —reconoció. Luego se sentó frente al escritorio—. Papá mandó a restaurarlo, me dijo que estaba muy desvencijado, por eso lo recuerdo. Estuvo en casa unos días, después nunca más lo volví a ver. Ya sé por qué...

—¿Cómo sabés que era una réplica del que tenía el director de *Caras y Caretas*?

—Él solía contarme ese tipo de historias. Carlos Correa Luna se lo regaló a Justo Beltrán para la época en que se convirtió en director de la revista. Parece ser que Beltrán ponderó el mueble en una reunión y el escritor le mandó a hacer una copia... El escritorio original se encuentra en poder de la familia, pero este es igual de valioso.

—¿No te resulta extraño?

—¿Qué? ¿Que el yerno del hombre que ocultó el tesoro más valioso de la humanidad le enviase de regalo al custodio del libro con la ubicación de los manuscritos, un antiguo escritorio?

—Exacto.

—Por supuesto que me parece extraño. Creo que es más que un escritorio, creo que es otra clave.

Ana se ubicó en la silla de madera frente al escritorio y empujó la cortina de varillas de roble hacia arriba. Al abrirla quedaron al descubierto tres compartimentos para papel carta cuya utilidad original, probablemente, era guardar tinta, pluma y papel secante.

Recorrió la madera suave, buscó una hendidura, un relieve, algo que le indicara un doble fondo o algún compartimento secreto, y ahí, bajo los tres pequeños cajones, su mano percibió una minúscula, casi invisible al ojo, abertura. Corrió la madera hacia atrás y un panel falso se deslizó hacia adentro del mueble; en el centro del escritorio, un libro y una tabla.

Los tomó con extremo cuidado. El libro era antiguo, la tabla era arcana. Envuelta en una seda suave al tacto y a la vista, la desplegó ceremoniosamente. Marcos se acercó, encendió la luz del escritorio y miró atentamente la piedra.

—Es un *pinake*.

—¿Creés que es original?

—Mi griego antiguo es malo, y no lo uso desde la facultad, pero si es lo que parece...

—¿Qué parece?

—Es un catálogo de libros, Ana. El primer catálogo de libros creado por el hombre fue hecho en Alejandría, por Calímaco, en el siglo cuarto después de Cristo. Si interpreto bien, este es un listado de varios manuscritos antiguos.

—Los códices que rescató Hipatia de Alejandría.

Marcos asintió. Se acercó aún más a la tabla, la observó anonadado. Ana, por su

parte, abrió el libro. En su tapa se leían las iniciales: ELH.

—Eduardo Ladislao Holmberg.

—Encontramos el mapa.

Capítulo XI

SE recostó sobre la cama y dejó que el cuerpo se aflojara. Despacio, tratando de que la adrenalina del día empezara a filtrarse entre las sábanas y las penumbras de la habitación. Inspiró, dejó que el aire llenara su caja torácica y la invadiera silenciosamente. Luego, exhaló y en el soplido se escapó la pesadez de las horas.

No podía dejar de pensar. ¿Qué pasaría si el mundo descubría los saberes ocultos de los códigos alejandrinos? Trató de hacer a un lado los pensamientos tormentosos. No había recibido instrucciones de su contacto todavía y eso también resultaba desconcertante porque sabía que Beltrán estaba cada vez más cerca de los libros, y si los encontraba, los entregaría al mundo, y desde ese punto no había vuelta atrás.

Volvió a concentrarse en la circulación rítmica de su respiración, aflojó los brazos, relajó las piernas y se entregó a la parsimonia del descanso. Los latidos descendieron, lentos. Su mente dejó de pensar, necesitaba descansar antes de recibir la orden de matar a Ana Beltrán.

No iba a ser fácil. La habían entrenado para ello, para actuar sigilosa en las sombras y obedecer. Pero en algún momento había cruzado el límite y conocía demasiado a la futura víctima. «Casi treinta años...», susurró en la oscuridad. Era demasiado tiempo al servicio de La Legión. Sin mencionar que su padre y su abuelo habían sido importantes hombres de la agrupación. «Demasiado tiempo...», musitó y cerró los ojos.

A los dieciocho años conoció a Emerio Beltrán. El magnate había quedado viudo y tenía una hija de cuatro años. Ana tenía ojos tristes. Nunca iba a olvidar el primer día en que la vio. Diaco le enseñó el lugar donde vivía la familia, luego le explicó qué debía hacer. Y así habían transcurrido treinta años. Tres décadas en silencio, en las sombras, escuchando lo que no se debe oír, informando los pasos de cada uno de los «marcados».

Emerio había sido uno de ellos y ahora estaba muerto. Ana también, y debía morir.

Volvió a acomodarse en la cama. Aún con los ojos cerrados, trató de encarrilar sus pensamientos e imaginar cómo sería la vida por fuera de La Legión. Diaco no lo permitiría. Nadie escapaba de ella.

La penumbra de la habitación era el único sitio donde se permitía ser quien realmente era, donde se olvidaba del mundo y de su misión. Allí descansaba. Entre esas cuatro paredes no había deberes que cumplir, datos que informar o personas a las que seguir. Aquel era su sagrado refugio. Empezó a quedarse dormida, pero cuando creyó que podría hacerlo por un par de horas, su celular vibró. Un mensaje. Había llegado la hora de actuar.



Ana tomó el libro y lo abrió. En las primeras páginas encontró una traducción del *pinake* griego.

—Son los libros que rescató Hipatia.

—Arquímedes, Euclides, Eratóstenes... —dijo Marcos leyendo en voz alta la lista de títulos traducidos al español.

—Marcos, si Holmberg realmente guardó estos manuscritos, este sería el descubrimiento del siglo...

—La Tabla Esmeralda...

—¿Perdón?

—El *pinake* dice que Hipatia logró rescatar la Tabla Esmeralda, un texto atribuido a Hermes Trismegisto.

—*Madame* Blavatsky y Fulcanelli ya hablaron de esto. No es nuevo.

—Pero ¿la encontraron? ¿Verdaderamente tuvieron en poder la tabla?

—Sí... —respondió Ana dubitativa.

—No —contestó Gutiérrez seguro de su respuesta—. Jamás se la ha encontrado. Sus escritos —agregó refiriéndose a los autores que la criminóloga había mencionado— son meras suposiciones.

—¿Y qué se supone que es la Tabla Esmeralda?

—Es un texto corto, críptico, que busca revelar el secreto de la sustancia primordial y sus trasmutaciones.

—¿Estas hablando de convertir cualquier metal en oro?

—Eso, y el secreto de la vida eterna.

—Marcos, esos son mitos...

—No sé... pero es un manuscrito que se creía perdido, y el que lo posea será muy poderoso... ¿Sabés la cantidad de gente que ha buscado esta tabla?

Marcos se mantuvo pensativo, dejó que Ana se ensimismara en el escrito y se alejó. Estaban frente a un gran suceso. La verdad que estaban por desatar era tan monumental que no podían asignarle la magnitud que se merecía. Era demasiado grande, tanto que escapaba incluso a su razón. Necesitaba pensar. Dio unos pasos, observó los libros en uno de los estantes y se concentró en los lomos gastados. Luego, y sin perder de vista a Ana, verificó su teléfono y envió un rápido mensaje de texto.

La criminóloga continuaba absorta en el libro, lo revisaba a conciencia, lentamente. No había un mapa, se suponía que el libro decía dónde estaban escondidos los manuscritos. Pero, a simple vista, no había nada. Recién entonces lo vio. Reconocería la frase en cualquier lado: *In aggregatis evolutio máxima*. Lo que había leído por primera vez en la caja de recuerdos de Max estaba impreso en un antiguo folleto del Instituto de Botánica Darwinion. Abrió el panfleto y leyó

rápidamente la historia del lugar.

—El fundador del Instituto Darwinion, Cristóbal Hicken, fue discípulo de Holmberg. Vamos, tenemos que ir a San Isidro.

Antes de salir del escritorio, Ana tomó la *laptop* de Emerio y la introdujo en su bolso. Bajaron a las cocheras de Centauro. Allí Marcos tomó su auto y partieron rápidamente hacia el Instituto de Botánica sobre la calle Labardén, en el tradicional Barrio Parque Aguirre.

Mientras Marcos manejaba, Ana encendió la computadora y buscó información del instituto en Internet.

—La biblioteca del lugar se llama Eduardo Ladislao Holmberg. Ahí tenemos que entrar.

—Es domingo, Ana. No va a haber nadie.

—No pensaba pedir permiso. Conozco el instituto, Máximo me llevó hace unos años. Es una casa en un barrio residencial, no debe de haber guardias siquiera. Va a ser fácil entrar.



Luego de recibir la orden que había estado esperando en silencio por años, se subió al vehículo y mientras encendía el motor inició el dispositivo de rastreo en la computadora personal de Ana Beltrán.

No había sido fácil colocarlo, pero una vez que logró violar la seguridad virtual de la máquina, instaló el *software* espía y colocó un GPS para saber dónde se encontraba la criminóloga a toda hora.

Iba rumbo al norte de la ciudad y se movía rápido. Estaba en un auto. Enfiló hacia el lugar y sonrió. En un par de horas Ana Beltrán y su acompañante no serían más un problema.

Encendió el automóvil y los tres hombres que le habían asignado para la misión se acomodaron en silencio. Su celular volvió a vibrar. Uróboro, su contacto desde hacía más de diez años, era exacto con sus datos. Beltrán y su acompañante manejaban un Volkswagen Bora negro. No lo conocía en persona, no sabía cuál era su alias ni dónde estaba su base, pero en su pequeño mundo era casi como un amigo. Arrancó el auto y partió en busca de la hija de Emerio Beltrán.



Llegaron al instituto cuando el sol empezaba a bajar. Eran cerca de las seis de la tarde. No se veía a nadie alrededor. Abrieron la verja baja que circundaba el caserón y

se adentraron en el jardín. La casa no tenía rejas. Levantaron una de las cortinas de madera y, tras forzar la ventana, entraron sin problemas.

—Es por acá —dijo Ana.

Él la siguió en medio de la penumbra. Llevaban una linterna que apenas iluminaba pero al menos servía para guiarlos. Ana subió unas escaleras apurada: había encontrado la biblioteca.

—Buscá la sección donde esté Holmberg. Cualquier libro de él. Ayúdame.

La cantidad de tomos era incalculable. Había estanterías por doquier, ejemplares de todo tipo, tamaño y color. «El paraíso de cualquier bibliotecario», pensó Ana. Subió el interruptor y las luces del recinto iluminaron la biblioteca. Marcos empezó la búsqueda por los estantes de la derecha. Buscó alfabéticamente. Nada. Ana, en cambio, se dirigió al área de botánica. Junto a los tomos de *El Naturalista Argentino* se encontraban todas las obras de Eduardo Ladislao Holmberg. Al notar que ella había encontrado la sección, Marcos se acercó.

—¿Y ahora qué buscamos?

Ella retrocedió para tener una mejor perspectiva de los estantes. ¿Dónde escondería un mapa? A simple vista, pensó... Sus ojos revolotearon por las paredes del lugar... no parecía haber ninguno a la vista. Entonces notó un cuadro del científico.

—Ese cuadro —dijo en voz alta.

Se acercó a la lámina antigua y la descolgó. Era pesada, gruesa y estaba sucia. La apoyó sobre el piso y la dio vuelta. Revisó la cara interior del cuadro y notó un relieve en uno de los costados. Abrió su cartera, sacó una lapicera y con ella rompió el papel madera que cubría los vértices. Levantó el lienzo y ante sus ojos apareció el último eslabón de la cadena de pistas: un sobre antiguo y lacrado con las iniciales ELH. Habían encontrado el mapa. Marcos se aproximó de inmediato, ella abrió el documento con cuidado extremo y se encontró con un papel doblado. Lo abrió presurosa y leyó: *Divae Matri Matutae*. «Divina protectora inmutable». Terminó de leer la frase y clavó los ojos en Marcos.

—El Zoológico de Buenos Aires. Los libros están en la biblioteca del zoológico. Papá lo descubrió de alguna manera y lo mataron.

Ana corrió hacia la puerta y al bajar las escaleras tomó el celular de su cartera. El corazón le latía desaforadamente. Estaba tras los pasos de Emerio. Si a él lo habían encontrado, a ellos también los encontrarían.

—Vero —dijo agitada cuando Ávalos respondió el llamado—, necesito entrar en el zoológico.

—¿Qué pasa, Ana?

—Ya sé por qué mataron a papá. Necesito total acceso a las instalaciones de la biblioteca. Estoy yendo para allá. Decile a Etchegaray que va a tener todo el crédito por lo que va a pasar. ¿Creés poder arreglarlo?

Ana cortó la comunicación y siguió a Marcos, que ya estaba encendiendo el auto

para partir hacia el centro de la ciudad.

Gutiérrez tomó por la Avenida del Libertador. Tras él un auto tomó el mismo camino.

Capítulo XII

Cinco días antes de la muerte de Emerio Beltrán

EL golpecito suave en la puerta del dormitorio lo despertó de inmediato. Reconocería la forma de tocar de Matilde, su ama de llaves, en cualquier sitio. Un primer golpe fuerte, dos cortos y suaves a continuación.

—Pase, Mati, estoy despierto —indicó Emerio Beltrán mientras encendía su velador y se acomodaba en la cama. Miró el reloj, eran las tres de la mañana.

—Disculpe, señor Emerio, pero es Máximo Zaldívar.

Beltrán asintió, estiró la mano, tomó el teléfono y, antes de atender, dijo:

—Vaya a dormir, Mati, no hace falta que espere. Yo pondré el teléfono en su sitio luego. Descanse, por favor.

—Gracias, señor. Hasta mañana.

Matilde salió y Emerio respiró profundo antes de atender. Necesitaba estar lúcido.

—Hola, Max.

—Emerio, lamento la hora de llamar, pero es importante.

—¿Lo encontraste?

—Creo que sí. Después de ordenar toda la documentación de Federico y Justo que me diste, me dediqué a revisar cada papel, caja y escrito que hubiera. Entre todas esas cosas encontré una carta del general Roca a Holmberg advirtiéndole de su pronta destitución como director del zoológico y pidiéndole que resguardara el «legado de Hipatia»...

—O sea que es cierto. Hipatia de Alejandría logró sacar manuscritos del Templo de Serepis y, a lo largo de los años, un grupo de sabios ha estado custodiándolos...

—Y el sabio naturalista fue el último guardián...

—Increíble —murmuró Beltrán.

—Emerio, creo que pese a la misiva de Roca, Holmberg nunca sacó los códices del zoológico.

—¿En el de Buenos Aires?

—Él fue el creador de los recintos para animales. A nadie le hubiese llamado la atención si hacía una jaula más o una menos. Es el lugar perfecto. Nadie sospecharía que en el centro de la ciudad... Además, sería una suerte de guiño, la Biblioteca de Alejandría, dentro de un gran zoológico también...

—Si lo que decís es cierto, estamos ante un descubrimiento de magnitudes inusitadas, Máximo.

—Sí, y tengo que pedirte un favor.

—Lo que quieras —contestó Beltrán—. Estoy en deuda con vos.

Aunque Emerio no lo vio, Máximo sonrió triste del otro lado de la línea. «Lo volvería a hacer una y mil veces», se dijo para sus adentros, y rememoró el momento

en que Beltrán le confesó que La Legión había amenazado con matar a Ana si no abandonaban la búsqueda de los códigos. Sabían sus movimientos, la espiaban, incluso le habían enviado fotos de su actividad diaria. Y entonces, aquel verano de 2001, bajo la excusa de la debacle financiera incontrolable, armó sus valijas y se fue a Madrid. Abandonó la búsqueda de los manuscritos, rompió la promesa que le había hecho a su abuelo en el lecho de muerte y se alejó de ella. La dejó en el aeropuerto. Se fue para no volver y para protegerla. «Lo volvería a hacer, Ana. Por vos sufriría nuevamente cada uno de los días que pasamos separados...».

—Lo que pidas, Max —repitió.

—Creo que el lugar donde están ocultos los manuscritos alejandrinos es la biblioteca del zoológico. Me están siguiendo. No te lo pediría si no fuera porque estoy poniendo en peligro la vida de mi mujer si voy yo. ¿Podrás ir e investigar? Si ese es el lugar, viajaré a Buenos Aires de inmediato.

—Por supuesto.

—Emerio, por favor, no reveles este asunto a nadie. Te están vigilando. Saben todos nuestros movimientos.

—Quedate tranquilo, Máximo.

—Gracias —el *broker* guardó silencio un momento, luego tomó valor y preguntó aquello que quería saber—. ¿Cómo está Ana?

Beltrán sonrió, conmovido. Máximo Zaldívar nunca había dejado de quererla y, si se había alejado, había sido solamente para protegerla. Era un hombre noble.

—Está bien. Sabés que no tengo manera de agradecerte...

—No te preocupes —interrumpió Zaldívar—. Ana lo vale.

Beltrán cortó la comunicación y repasó mentalmente la conversación. Luego se levantó de la cama. Debía ir a Centauro de inmediato.

Las oficinas estaban a oscuras. A lo lejos, el amanecer empezaba a dibujarse en el horizonte. Amaba Centauro, se deleitaba por las mañanas cuando llegaba casi al alba y la editorial todavía no presentaba movimiento. Le gustaba recorrer los pasillos cuando la luz matutina apenas dejaba ver los escritorios vacíos. Era feliz allí.

Ingresó en su oficina, prendió las luces y luego cerró la puerta del despacho con llave. No tardó un minuto en mover la biblioteca y entrar en su verdadero refugio. Encendió las luces, prendió la computadora y se sentó frente al escritorio. De su bolsillo extrajo un llavero, de allí sacó una pequeña llave antigua y abrió el cajón central que destrababa los restantes seis cajones bajo el escritorio.

Introdujo su mano con la palma extendida hacia arriba, palpó la superficie superior como si estuviera buscando algo, lo encontró y lo sacó. En su mano, otra llave. Le retiró la cinta que la sostenía contra el panel superior del compartimento, a modo de escondite, y se levantó.

Abrió la caja fuerte y de allí sacó el cuaderno de notas de Justo Beltrán. Luego de la conversación con Máximo, había recordado cierta anotación que su padre había hecho en el viejo cuaderno que tenía en su caja de seguridad y que había leído una y

otra vez.

Buscó la hoja. Justo Beltrán también había buscado los manuscritos, por eso, cuando Máximo habló del zoológico, cierta entrada en el diario paterno volvió a su memoria.

«Recorrí el recinto en busca de algún acceso oculto, pero en este, como en los demás, no encontré nada. Sin embargo, la construcción presenta escrituras cuneiformes que no logro descifrar. Pediré que se analicen».

Emerio avanzó un par de páginas. Había una nueva entrada sobre el tema.

«Ramos Mejía, el experto lingüista que contraté por el asunto de los grabados, me informa que se trata de textos védicos, pero su significado le es totalmente desconocido».

Más adelante, en otra anotación, Justo reflexionaba:

«¿Qué mensaje oculto dejó el director del zoológico cuando mandó a construir la jaula? ¿Por qué agregó, a último momento, esas frases indescifrables al ojo humano?».

Luego, escribió:

«Volví a recorrer el recinto. Ese es el lugar donde deben de estar. Pero las inmensas paredes no parecen otra cosa que eso: paredes. El octógono es perfecto, las escrituras védicas están en cada uno de sus lados. No parece haber un orden lógico a seguir ni una razón para seguirlo tampoco. ¿Cómo interpretar estas escrituras? ¿Qué secreto esconden detrás de sus líneas cuneiformes grabadas en el silencio de la piedra?».

Finalmente, la última entrada del cuaderno:

«La palabra *veda* proviene de un término indoeuropeo que también es el origen de la palabra española *verdad*. En sánscrito literalmente significa “verdad” o “conocimiento”».

Emerio cerró el anotador. En todos los escritos de su padre no se hacía mención a qué recinto se refería. ¿Sería la biblioteca el lugar? Guardó el libro. Se incorporó y fue a la computadora. Se puso a escribir.

Al día siguiente, el miércoles por la mañana, Emerio llegó a Centauro cuando la luz del sol apenas asomaba. Debía ultimar unos detalles antes de ir al zoológico. Movi6 la biblioteca, ingres6 en su despacho y se sent6 frente al escritorio. Repas6 las anotaciones de Justo, y abri6 el libro de Holmberg que había revisado una y otra vez a lo largo de las dos noches anteriores.

El perfecto criptograma. El sabio naturalista había dise1ado un mapa en piezas. Se sorprendi6 por no haberse dado cuenta antes. Una pista llevaba a otra y así hasta el recinto con los grabados vedas. Indescifrables. Pero en realidad lo que indicaban era que aquel era el sagrado escondite de los últimos c6dices alejandrinos.

Volte6 el libro y busc6 la p1gina donde primero había notado el dibujo. La última. Dobl6 la hoja por la mitad y, apenas perceptible a la vista, podía verse la mitad de un dibujo. A continuaci6n, dobl6 la p1gina anterior de igual manera y ante sus ojos apareci6 el mapa del zool6gico de la ciudad, compuesto por dos mitades perfectas. Y sobre él, el camino a seguir.

M1ximo estaba equivocado: la biblioteca no era el lugar donde estaban los manuscritos rescatados por Hipatia. La biblioteca era la puerta de entrada. *Divae Matri Matutae*. Divina protectora inmutable que, por m1s de un siglo, había custodiado la entrada secreta al tesoro mejor guardado.

Emerio sonri6. Escribi6 algo m1s en su computadora personal y dej6 el despacho secreto. Cuando se disponía a salir de su oficina, alguien lo golpe6 en la cabeza. No supo cu1nto tard6 en recuperar el conocimiento, pero debi6 de haber pasado un rato ya que estaba dentro de una camioneta cuando despert6.

—Por fin, Emerio —dijo quien se ubicaba a su lado. Adelante, otro sujeto manejaba el vehículo.

—¿Qu6? —pregunt6 desconcertado Beltrán—. Pero ¿c6mo...? ¿C6mo pudiste...? ¿D6nde estoy?

—No importa d6nde est1s, importa d6nde vamos. Y eso, mi querido Emerio, me lo vas a decir vos.

—No podés...

—Silencio —lo interrumpi6—, no tenés opci6n. ¿D6nde est1n los manuscritos?

—Nunca voy a revelar d6nde est1n los libros. Hice un juramento.

—Si no nos decís d6nde est1n, Ana se muere.

Emerio trat6 de zafarse de las ataduras que lo retenían. El cuerpo cansado ya no respondía como a los veinte. No podía permitir que mataran a Ana pero sí podía darles solo una parte de la informaci6n. A fin de cuentas, iban a matarlo igual.

—La biblioteca del Zool6gico de Buenos Aires.

Capítulo XIII

Domingo

EL zoológico ya había cerrado. El sol de la tarde había caído hacía rato y la ciudad se mostraba pacífica. Eran cerca de las diez de la noche cuando Ana y Marcos llegaron al parque. No había señales de la Policía, pero Verónica le informó que tenía acceso al sitio, que ellos estarían llegando en minutos.

Ingresaron por uno de los laterales y fueron directamente hacia la biblioteca. Los dejaron ingresar con el vehículo y estacionar frente al recinto.

Marcos descendió rápidamente del auto. Ana, en cambio, se quedó adentro. Al notarlo, Gutiérrez giró sobre sí mismo y se asomó por la ventanilla del lado del acompañante.

—¿Qué hacés? —preguntó incrédulo. Ana había apagado su *netbook* y sacaba otra de su bolso.

—Necesito información de la construcción de este edificio y mi computadora se quedó sin batería. Voy a usar la de papá.

—¿No puede esperar?

—Necesito saber cómo se construyó este lugar. Es la única manera de encontrar los textos.

Ana guardó su computadora y encendió la otra. Al iniciarse la sesión, un único archivo apareció sobre el escritorio virtual. Su nombre: Ana. Había sido creado un día antes de la muerte de Emerio.

—Marcos... Mirá... —le señaló el archivo.

Lo abrió.



«Ana insiste con que los libros están escondidos en la biblioteca», reflexionó mientras entraban en el parque para concretar su misión. Ya habían revisado el recinto de punta a punta luego de la muerte de Emerio y, ciertamente, ese no podía ser el lugar del escondite. Pero la criminóloga insistía. «Necia», pensó y se perdió en la inmensidad del zoológico.

A lo lejos, frente a la biblioteca, divisó el auto de Gutiérrez. Como Ana y Marcos estaban dentro del vehículo, aprovechó para acercarse por uno de los accesos laterales sin que nadie lo notara. Aquel no sería el día en que los manuscritos saldrían a la luz. Ana Beltrán y Marcos Gutiérrez tenían los minutos contados.



«La biblioteca es la entrada. El verdadero escondite se encuentra bajo el silencioso resguardo de los cantos vedas: la verdad está bajo la jaula de los elefantes».

Volvió a leer el breve mensaje. «Bajo la jaula de los elefantes». Increíble.

Descendieron del auto rápidamente pero, cuando estaban a punto de entrar al lugar, Ana se detuvo. La imagen de su padre colgado volvió a aparecer en su cabeza.

Marcos se acercó y le dio la mano. Entendía lo que sentía, pero tenían que apurarse.

—¿Podés entrar o querés que vaya yo solo?

—Estoy bien. Entremos —respondió y, decidida, abrió la puerta.

—¿Y ahora?

—No sé, la construcción debe de tener un pasadizo o...

—¿O?

—Un sótano. Si la biblioteca es la entrada y estamos acá —dijo señalando un mapa que había tomado del mostrador de la entrada— y deberíamos llegar acá, a la jaula de los elefantes, debe de existir un camino subterráneo que atraviese el parque desde este recinto hasta la jaula.

Marcos miró a su alrededor: bibliotecas por doquier. La estructura circular le permitió ver el lugar en su conjunto. En una de las paredes había una puerta. La abrió y se encontró con una escalera que descendía.

—Es por acá.

Ana corrió tras de él.

—Yo bajo primero, vos atrás —le indicó Gutiérrez. Ana sonrió.

Descendieron a un sótano. Cajas, algunos muebles viejos, nada que pareciera indicar que se trataba de una puerta al secreto mejor guardado. Ana recorrió el sitio lentamente. Sus ojos buscaban texturas gastadas, desniveles, algún detalle que, por minúsculo que fuera, le indicara dónde podía estar el acceso. Las paredes, uniformes al tacto, no evidenciaban puerta alguna, tampoco el piso de cemento. Sin embargo, una pequeña rajadura en el suelo, junto a una de las paredes, les llamó la atención. Se arrodilló y repasó la superficie con la palma de su mano. La presionó y la pared vibró. Volvió a empujar el piso y lo que parecía una rajadura se convirtió en una hendidura que se extendió. Era una separación, un espacio diseñado para abrir la puerta trampa. Volvió a ejercer presión y, finalmente, pudo ver entre la separación de la pared y el suelo una vieja palanca de piedra. La empujó con fuerza y la puerta se abrió.

Ante ellos se extendió un largo corredor. Marcos encendió una linterna y le entregó otra a Ana.

—Si seguimos el túnel, pasaremos bajo la glorieta, la jaula de los guacamayos y

aves rapaces y, al final, llegaremos al recinto de los elefantes. Ahí deberían de estar escondidos los libros.

Pusieron el primer pie en el túnel. Cuando se disponían a recorrerlo, una voz conocida los detuvo. Ana giró.

—Gracias, Ana —la voz venía desde atrás—. Me has ahorrado mucho trabajo —la mujer estaba acompañada por dos hombres y ambos estaban armados—. Tu papá me engañó, pero no cometo dos veces el mismo error. Por eso ustedes van a guiarme hasta los manuscritos y luego terminaremos con este bendito asunto.

—¿Matilde? —La criminóloga no salía de su asombro—. ¿Qué se supone que es todo esto?

Ana intentó avanzar un paso, pero de inmediato un hombre de más de un metro noventa se lo impidió. La sujetó de la muñeca y la escoltó hacia el ama de llaves.

Matilde sonrió con sorna. Había hecho un excelente trabajo encubierto para La Legión. Treinta años al servicio del grupo y no solo no habían sospechado de ella nunca, sino que además era quien luego de tanto tiempo de escuchar conversaciones, revisar documentos, violar computadoras y cajas de seguridad sin que nadie lo notara, pero, por sobre todo, después de tres décadas de pasar inadvertida, finalmente descubriría dónde estaban los manuscritos perdidos de la Biblioteca de Alejandría.

Un tercer hombre emergió de las sombras y sujetó a Gutiérrez. Matilde, por su parte, se acercó a Ana y le apuntó con su vieja Colt Delta Elite. Luego la obligó a caminar.

—Llévenme hasta los manuscritos.

Ana trató de desembarazarse de las manos fuertes que la atrapaban, pero desistió apenas sintió el metal del arma sobre su sien. Giró la cabeza y se obligó a mirar a la mujer. Todavía no asimilaba la idea de su ama de llaves apuntándole.

—No entiendo, Matilde.

—Ana, he estado al servicio de La Legión desde que tengo memoria, y durante los últimos treinta años he vigilado silenciosamente a tu padre. Sabíamos que este día iba a llegar. La Legión actúa desde las sombras, estamos en todos lados. Somos muchos más de los que creen, y aunque muchas veces no nos conocemos las caras, estamos. Siempre estamos. La Legión es implacable. No puede ser vencida. La apoya la Iglesia.

—No entiendo... —insistió Ana—. Mati, vos prácticamente me criaste...

—El fin justifica los medios, Ana. Tengo una misión que cumplir. Ya se lo expliqué a tu padre antes de darle la orden a Casio —dijo señalando a su compañero— para que lo matara.

Cuando Ana escuchó de boca de la mujer en la que había confiado durante años, que ella había dado la orden de matar a Emerio, perdió el control y se le abalanzó. La mujer era fuerte. La empujó con violencia sobre una de las paredes del túnel y la pateó. Ana cayó al suelo y sintió una segunda patada en el abdomen. Le costaba respirar. Sintió que la levantaban. Tosió, ahogada. Levantó un puño y propinó un

golpe que terminó en el aire. Volvió a intentar sacarle el arma, recibió una trompada en la mandíbula y perdió el equilibrio nuevamente. Matilde la sujetó otra vez y, con fuerza inusitada, la puso de pie y la obligó a enderezarse. Le tomó los brazos y los sujetó por la espalda. Con la otra mano tomó un par de esposas y las ajustó alrededor de sus muñecas. Ana gimió. Matilde se acercó a su oído y dijo:

—No hagas pavadas, Ana. Fui entrenada por los mejores. Este cuerpito viejo que ves acá puede matarte en un abrir y cerrar de ojos.

El susurro macabro hizo que la piel de Ana se erizara.

Marcos había saltado sobre uno de los sujetos que acompañaban a Matilde. Logró derribarlo contra una de las paredes pero este se había levantado de inmediato para devolver los golpes. El tercer hombre también participaba. Ana logró enfocar la vista y vio que los dos hombres trataban de detener a Marcos, que devolvía los golpes y había logrado derribar al más alto.

—Soltalo —escuchó Marcos, que se detuvo al ver a Ana nuevamente a merced de la mujer.

Soltó al que había logrado sujetar y se alejó diciendo:

—Dejala. Te llevamos a los libros y hacés lo que quieras, pero dejala, por favor.

—Bueno, Ana —comentó Matilde—, parece que a este también lo tenés agarrado, ¿eh?

—¡Soltame! —gritó la criminóloga—. ¡Mati, por Dios! ¡Fuiste como mi mamá! Sos como de la familia. Por favor, te pido que recapacites y... —Ana intentó zafarse pero Matilde tiró firme de las esposas y ella gritó de dolor. La maniobra bastó para que se detuviera de inmediato.

—Quieta, chiquita, que este baile todavía no termina —exclamó ejerciendo nuevamente presión en las esposas—. Caminá.

Ana obedeció y vio que el hombre vestido de negro había esposado las manos de Marcos y lo obligaba a caminar apuntándolo con un arma. Marcos le rogó que estuviera tranquila. Ana asintió. Se obligó a concentrar la atención en su respiración agitada, en el modo en que su pecho subía y bajaba y en la transpiración fría en las palmas de las manos. Trató de olvidar el cañón de la Colt en su espalda y se encontró contando los pasos que daba a lo largo de ese túnel oscuro. Las manos le temblaban y la linterna iluminaba poco; trató de acostumbrar sus pupilas a la penumbra absoluta. A medida que avanzaban, el sitio se tornaba más seco y frío. Matilde la empujaba. Junto a ella, el hombre que llevaba a Marcos hacía lo mismo. El tercer hombre se les adelantó con una linterna más potente.

—¿Por qué matar a papá, Matilde?

Golpeada y sangrando, Ana sentía que no tenía mucho más que perder, intuía cuál sería su final. Matilde sonrió:

—Tu padre fue un privilegiado, tuvo el honor de custodiar uno de los secretos mejor guardados del grupo de los sabios.

—¿Grupo de los sabios?

—Cuando Hipatia de Alejandría murió en la quema de la biblioteca, se creyó que todos los textos paganos habían desaparecido con ella. Pero la muy zorra había logrado escabullir cientos de *umbilicus* originales que logró poner a salvo con la ayuda de un conjunto de hombres que se apartaron de Los Setenta. Los Setenta fueron setenta y dos sabios judíos enviados por el Sumo Sacerdote de Jerusalén, que, bajo las órdenes de Ptolomeo II Filadelfo, trabajaron en la traducción de la Biblia.

—¿Y qué tenían que ver mi padre y Máximo en esto?

Matilde le hundió el cañón del arma en la espalda para que no se detuviera.

—No me interrumpas. Si querés saber la historia, vas a tener que tener paciencia.

El silencio volvió a apoderarse del túnel. Habían caminado bastante. Ana supuso que ya debían de estar bajo la jaula de las aves rapaces. Trató de respirar profundamente, aunque le costaba. Un dolor punzante se lo impedía. Debía de tener fisurada una costilla. Marcos no estaba en mejores condiciones: un ojo apenas se le distinguía bajo la hinchazón del golpe; el labio le sangraba y parecía agotado.

Matilde había retomado su perorata. Ana volvió a prestarle atención cuando escuchó que volvía al tema de los manuscritos.

—Existe un documento en particular, la *Carta de Aristeas*, que cuenta que cuando se compararon las traducciones de los textos sagrados realizadas por separado por los setenta y dos estudiosos judíos, se descubrió que los sabios habían coincidido milagrosamente en cada uno de sus relatos. Así nació la primera versión griega de estos textos sagrados. Algunos eruditos acusaron a los israelitas, que vivían en la Diáspora, de manipular los escritos y se apartaron. Los apóstatas se congregaron en lo que luego se conoció como grupo de los sabios, un conjunto de herejes que, ante el avance del cristianismo de mano del emperador Teodosio, decidieron confabular junto con Hipatia con el fin de robar cientos de manuscritos paganos y formar una nueva biblioteca, la Biblioteca de Pérgamo. Una biblioteca donde el conocimiento sería absolutamente pagano.

—¿Y qué pasó con esa biblioteca? —preguntó Gutiérrez.

—Nunca se armó, gracias a la Intervención Divina y a La Legión, que bajo el hábil mando del arzobispo Teodosio, a las órdenes del emperador, logró quemar aquel hervidero de herejías y destruir los textos paganos.

—Pero Hipatia había logrado sacar textos —dijo Ana.

—Sí, pero el grupo de los sabios nunca logró armar la Biblioteca de Pérgamo. Debíó ocultarse, esconder los manuscritos, pasar a la clandestinidad con el fin de proteger las herejías más grandes.

—Y durante todos estos años —dijo Marcos— han estado tras su rastro.

Matilde asintió.

—Hasta ahora. Hoy esos libros dejarán de existir, y todo gracias a ustedes dos.

La mujer sonrió. Uno de sus hombres, el que siempre había ido unos metros más adelante, emergió del corazón del túnel y se le acercó. Susurró algo en su oído y, luego, iluminó el pasadizo. El potente haz de luz atravesó la oscuridad y permitió

divisar, a lo lejos, una pesada puerta de hierro. Restaban unos pocos metros por recorrer.

—¿Cómo llegaron estos manuscritos a la Argentina? —preguntó Ana.

Una sonrisa incipiente comenzó a dibujarse en la comisura de los labios del ama de llaves, que continuaba avanzando.

—¡Ah!, la gran logia masónica —la burla en el tono de su voz resultaba desagradable—. Sin la ayuda de los masones, el grupo de los sabios no hubiera podido resguardar los *umbilicus* alejandrinos —se detuvo.

Matilde guardó silencio. Habían llegado. Parecía la puerta de una antigua bóveda de seguridad. De hierro impenetrable, oscura y oxidada. Reposaba allí desde que Eduardo Holmberg la había cerrado por última vez, más de un siglo atrás. Cubierta de remaches y con una manija giratoria en el centro, estaba tapada por polvo pero, aun así, se distinguía una inscripción. Uno de los secuaces de Matilde refregó su antebrazo sobre el metal y barrió la tierra acumulada. De inmediato distinguieron una sólida puerta de la fábrica de cajas fuertes de la empresa Diebold. Bajo el logo, un texto grabado rezaba: «Aquí se encuentra la sabiduría del cosmos. Cuando llegue el momento, que la humanidad la conozca, pues ella es su verdadera dueña».

Verónica Ávalos se puso su chaleco antibalas y verificó el seguro de su arma reglamentaria, una Bersa nueve milímetros. La aseguró en su cintura y encendió el radio.

—Estamos listos. A mi orden, avanzamos —indicó y cortó la comunicación sin esperar respuesta.

Se acercó a los monitores de seguridad en el área de control del Zoológico de Buenos Aires donde se habían ubicado apenas llegaron al parque y los guardias emitieron el alerta. Pidió ver otra vez las imágenes capturadas frente a la biblioteca. Una mujer y tres hombres habían ingresado minutos después que Ana y Gutiérrez. Iban armados. Cuando la seguridad del parque notó el movimiento, dio aviso a la policía, que esperaba las órdenes de Ávalos, a cargo del operativo.

Lo que había parecido un sencillo trabajo de campo se había convertido en una toma de rehenes. Alfredo Etchegaray estaba histérico. Se jugaba la carrera en ese procedimiento. Cuando Ana Beltrán se había comunicado horas antes, les había comentado respecto al fabuloso descubrimiento que su padre había custodiado, y por el cual lo habían matado. Se trataba de asistir a la criminóloga en la búsqueda del recinto secreto y salir con el secreto mejor guardado en sus manos y el caso de Emerio Beltrán resuelto. Un pasaje directo hacia el comando de la Policía Federal, pero, contra todo pronóstico, aquel simple operativo se había transformado en un despliegue casi cinematográfico.

Levantó la vista y pudo ver el Grupo Especial de Operaciones Federales alistándose para ingresar en la biblioteca. Los 4T, como se los conocía, por ser «todo tiempo todo terreno», iban de negro, con sus rostros enfundados en una capucha de tela inteligente que no permitía que transpirasen, y un casco militar. Además llevaban

un chaleco táctico, equipado con la funda de seguridad integrada para arma corta y múltiples bolsillos para cargadores de fusil y subfusil, cartuchos, linterna táctica, GPS, brújula, esposas, granadas y todo tipo de gases lacrimógenos. Uno de los hombres calibraba sus binoculares Night Owl Explorer y se acomodaba en la oreja derecha el minúsculo dispositivo de audio mediante el cual recibían las órdenes. Etchegaray distinguió al francotirador porque portaba un fusil de precisión de la firma H&R Precision con acción de cerrojo Remington 700 y mira óptica de aumentos variables Springfield Armory, con retículo iluminado. «Una belleza», pensó Etchegaray, que interrumpió sus pensamientos al momento en que notó que el grupo de elite se movilizaba. Percibió la presencia de Ávalos. La mujer se había acomodado a su lado. Observaba atentamente los monitores infrarrojos que seguían los movimientos en el exterior y, al mismo tiempo, daba instrucciones al grupo GEOFF con la firmeza y la experiencia de un oficial experimentado. Admiraba su temple. Médica criminóloga especialista en análisis forense, era también una excelente detective de la Federal.

—Águila uno, a la cuenta de tres ingresan —ordenó Ávalos a través del radio y sin sacar los ojos de los monitores.

El comando esperó la cuenta regresiva e irrumpió, en absoluto silencio, en la biblioteca del Zoológico de Buenos Aires. Inmediatamente ocho hombres del grupo desaparecieron de las pantallas que enseñaban el exterior del jardín y aparecieron, en simultáneo, en las cámaras de seguridad internas del recinto y en los monitores de la Federal que transmitían las imágenes capturadas por las cámaras en los cascos de los integrantes del equipo.

—Sector uno, despejado —informó el jefe de Asalto Táctico refiriéndose al área de ingreso a la biblioteca.

—Prosiga —contestó la mujer, que no perdía detalle desde las oficinas de control y seguridad.

Ávalos tomó unos auriculares con micrófono, sintonizados en otra frecuencia, y se los colocó.

—Panda uno, prepárese para rodear el lugar.

Un grupo de veinte oficiales armados rodeó las inmediaciones.

—Águila uno, Panda uno se encuentra en posición.

La biblioteca estaba rodeada por especialistas. Metros atrás se ubicaban los camiones de los bomberos y las ambulancias que, junto a las patrullas policiales, se habían movilizadado en absoluto silencio.

En el recinto, el equipo de ocho hombres se desplazaba sigilosamente. Las cámaras de visión nocturna reproducían los espacios que el grupo recorría. Descendían por una escalera hacia el sótano. En la pantalla, Ávalos divisó la abertura de acceso al túnel. Etchegaray, que se había sentado en una silla y observaba el operativo preocupado, se incorporó de inmediato.

—¿Es un túnel?

—Ana tenía razón —dijo la detective—. Águila uno, el Equipo de Antropología Forense está listo para ingresar una vez que neutralicen el objetivo. Sean extremadamente cuidadosos con el material que encuentren, es invaluable.

Verónica siguió los movimientos casi coordinados del grupo de elite adentrándose en el corazón del corredor y, en secreto, rezó para que no fuera demasiado tarde.

Lunes

Con las manos sujetas por esposas y sus espaldas apoyadas contra la pared, Marcos y Ana observaban cómo uno de los hombres de Matilde intentaba girar la manivela de la puerta de seguridad; el otro no dejaba de apuntarles. La criminóloga estimó que ya había pasado la medianoche. Era lunes, pensó. La Legión iba a matarlos. No podía haber testigos de aquel descubrimiento. Se acordó de Emerio y de Max. Se le hizo un nudo en el estómago y sintió que las lágrimas aflorarían en cualquier momento. Trató de concentrarse en la puerta de hierro que los hombres intentaban abrir en la oscuridad del túnel. Arqueó el cuello y enfocó la vista en el techo abovedado. «Una obra de ingeniería», reflexionó. El pasadizo subterráneo diseñado por Holmberg, frío pero en absoluto húmedo, anticipaba un refugio perfecto para los manuscritos. No iba a poder verlos, no se lo permitirían. Iban a matarlos una vez que la manivela girara y la puerta se abriera. Tembló, se le escapó una lágrima que no logró contener. Se acercó a Marcos, sintió el roce de su piel, su calor, pero eso no la tranquilizó.

—Tranquila, Ana —susurró él acercándose como podía. Y mirándola a los ojos agregó—: Ana, quiero que sepas que, pase lo que pase... te quiero.

Cuando estaba por decir algo más, tuvo que callarse porque sintió que los ojos le escocían y la garganta se le cerraba. Humo. El humo invadió la totalidad del lugar. Ana gritó, no sabía qué pasaba. Se agachó instintivamente y se hizo un ovillo. Sintió el cuerpo de Marcos a su lado, protegiéndola. Escuchó pasos firmes, muchos. Entraba gente. Gritos, luces y más gritos. Policía. Escuchó estruendos. Matilde gritaba y disparaba a mansalva. Las explosiones de las balas retumbaban en las cavidades de la bóveda. La policía devolvía los disparos. Ana sintió pánico. Trató de calmarse, de respirar ese humo lo menos posible, de serenarse. No veía absolutamente nada. Solo podía sentir que Gutiérrez le decía algo al oído. No le entendía. Solo escuchaba que los intrusos decían «Policía». Internamente le agradeció a Verónica Ávalos. Los había salvado.

Se quedó así, hecha un nudo en el piso, con las manos esposadas, una costilla rota y la cara llena de sangre. Cerró los ojos y esperó que el gas se disipara. Los abrió. El grupo comando había apresado a Matilde y a sus cómplices, que confundidos por los efectos del gas y tomados por sorpresa, no habían logrado defenderse del ataque. Reconoció al médico del equipo apenas recuperó la visión. El especialista se quitó la máscara antigás y se acercó para asistirlos.

—Van a estar bien —les dijo. Luego, con un dispositivo especial abrió las esposas

y los liberó.

Marcos la ayudó a levantarse, notó que le costaba.

—Tiene que verte un médico —le dijo.

—Después —contestó Ana—. Quiero entrar en la bóveda.



Acompañado por Verónica Ávalos, el Equipo de Antropología y Arqueología de la Ciudad se adentró en las inmediaciones del pasaje subterráneo. La unidad especial Águila uno había retirado al objetivo del lugar y el recinto estaba listo para ser explorado.

Etchegaray iba tras ellos, firme y ansioso, a la espera del gran descubrimiento que lo lanzaría en su carrera. A su vez, dos médicos oficiales se sumaban al grupo para asistir a las víctimas.

Recorrieron el trayecto subterráneo entre la biblioteca y la jaula de los elefantes a toda prisa. El doctor Shatz, a cargo del equipo de investigación forense, notó que a lo largo del trayecto y, más o menos cada tres metros, colgaban sobre la pared soles de noche para que quien entrara tuviera luz. Por lo tanto, a medida que avanzaban, la policía iba empapándolos con querosene y prendiéndolos uno a uno. El pasillo, iluminado, invitaba a recorrerlo. Había adquirido un aspecto cálido y solemne, como si pudiera anticipar la importancia del descubrimiento que estaban por realizar.

Shatz se acercó a la puerta de lo que parecía ser una bóveda antigua. La manivela circular estaba oxidada. Abrió su maletín, que se parecía más a una caja de herramientas que a un botiquín, y se arrodilló en busca de algo. Revolvió el interior y extrajo un gotero grande: «Aceite», dijo a los testigos que lo observaban como si estuviera preparando una poción mágica. Los presentes rieron. Embadurnó el dispositivo con el líquido y comenzó a hacer fricción en la rueda que movilizaba el sistema de apertura. Lentamente la circunferencia de metal comenzó a ceder.

El antropólogo abrió la puerta. La oscuridad era absoluta. Les llevó varios minutos adecuarse a tal penumbra. El doctor Shatz ingresó primero. Dos de sus asistentes lo escoltaban con dos potentes linternas.

—Traigan las luces —dijo desde el interior.

El resto de su equipo se movilizó rápidamente e ingresó con las luces. Las colocaron sobre el perímetro externo del octógono con una separación de un metro entre cada una. A medida que las prendían, Ana, que todavía estaba fuera de la bóveda, empezaba a divisar el interior. El lugar se iluminó. Sin consultar, dio dos pasos y se encontró en el centro de un octógono perfecto. Giró sobre sí y observó cada detalle, cada mueble, cada estante, cada centímetro.

—Armó una biblioteca...

Ante ella, una planta octogonal de trescientos metros cuadrados fue descubierta después de más de un siglo de estar sellada. Estupefacta ante tanto conocimiento, ante la magnitud del descubrimiento, se acercó a uno de los estantes y pudo ver múltiples cajas de vidrio. En cada una de ellas reposaba un manuscrito en perfecto estado de conservación.

Había cientos. Acumulados uno junto al otro; resguardados del frío, de la humedad y de cualquier bacteria gracias a las cajas transparentes. El mundo no imaginaba el conocimiento al cual accedería en los próximos días, cuando lograran trasladar los manuscritos al Centro de Estudios Antropológicos y pudieran estudiarlos en profundidad. La obra del director del zoológico era invaluable. Su visión de futuro y su compromiso con el conocimiento, inconmensurables.

Volvió a recorrer el recinto con la mirada. Estaba extasiada, perdida en un mar de conjeturas, alegría y nervios. No daba crédito a sus ojos. El lugar era una réplica de la Biblioteca de Alejandría y, en su interior, cientos de estantes albergaban los últimos manuscritos originales salvados del incendio de la Biblioteca de Alejandría por su última directora, Hipatia.

Capítulo XIV

Jueves

MIRANDA del Hierro y Argüello estaba sentada frente al escritorio. Tenía los ojos clavados en un sobre y se debatía entre hacerle honor al pedido del hijo de puta de su marido o tirarlo a la basura.

Lo odiaba, lo detestaba con lo más profundo de su ser. Máximo Zaldívar había despertado en ella la ira, los celos, la envidia, la codicia, lo peor de su esencia. Agradecía que estuviera muerto porque, si no, habría sido ella su victimaria.

Jugueteó nerviosa con el sobre cerrado. Lo hizo girar sobre el cuero del mueble, lo apretó, lo observó, lo estudió atentamente, como si el papel sin vida pudiera darle una respuesta.

«Hijo de puta», pensó. Había encontrado una carta a su nombre en ese mismo lugar, en el último cajón del escritorio. Se le habían llenado los ojos de lágrimas. Pensó que quizá él, temiendo estar en peligro, había volcado en papel sus últimos pensamientos para ella. Pero no. Todo lo contrario.

Con la emoción a flor de piel, había abierto el sobre. Adentro había encontrado otro más y un papel doblado. Recordó haberlo extendido y sentido la furia recorriendo cada centímetro de su cuerpo. «Miranda, si crees que Ana corre peligro, hazle llegar este sobre a la oficial Verónica Ávalos en la Argentina».

¡Y qué mierda le importaba a ella si Ana Beltrán corría peligro! Bien muerta la quería. El pedido de Zaldívar, además de insólito, era poco factible de cumplir. ¿De qué manera iba a saber ella si la criminóloga estaba en peligro o no? No le dio vueltas al asunto y dejó el sobre en el escritorio.

Pasada una semana, no lograba conciliar el sueño. La carcomían la culpa y la ira, la culpa por no cumplir con Max y la ira por el pedido. Regresó al escritorio, tomó nuevamente el sobre y, antes de echarse atrás, marcó un número telefónico y llamó a la única persona a la que se lo entregaría; el resto correría por cuenta de él. Ella no pensaba hacer más. Su relación con Máximo Zaldívar y Ana Beltrán terminaba ahí, para siempre. No pensaba mirar atrás.



El celular de Francisco Pereyra vibró. Se excusó un segundo y se alejó de la sala de reunión.

—Hable.

—Soy Miranda del Hierro. Tengo algo para usted.

Pereyra se sorprendió con el llamado. Seguían en foja cero con la muerte del financista. ¿Era posible que la mujer tuviera algo que esclareciera el caso? La única pista firme era el vínculo incuestionable entre la muerte de Zaldívar y la del empresario argentino, Emerio Beltrán. Más allá de eso, no contaban con indicios suficientes para saber quién lo había hecho. Era evidente que ambos sujetos estaban envueltos en algo, pero tampoco sabían de qué se trataba. Pereyra sentía que iba a perder la cabeza si seguía dedicando sus horas a descifrar ese enigma. Había interrogado a todos los allegados, también a los empleados de la empresa. Había hablado con Ana Beltrán, con Sofía Campos, incluso con Marcos Gutiérrez, la otra persona a quien Zaldívar había citado a la lectura de su testamento. Todos estaban tan desconcertados como él, pero lo suyo era peor. Él era un oficial de policía, un detective. Estaba entrenado para resolver esos asuntos.

Frustrado, salió del Departamento de Policía y se dirigió al Café Gijón, sobre el Paseo de Recoletos. Allí se encontraría con la mujer de Zaldívar.

La divisó a lo lejos. Iba enfundada en unos pantalones oscuros, suéter al tono y anteojos. Era una belleza, pero se la notaba triste, casi sombría. Como si la muerte de su esposo hubiera apagado su luz. Había perdido su particular iridiscencia.

—Buenas tardes, señora Zaldívar —dijo mientras le acercaba un silla para que se acomodara.

—Gracias.

Miranda se sentó, apoyó la cartera sobre la mesa con tapa de mármol y se quitó los lentes. Se la notaba abatida.

—¿Cómo está? —preguntó Pereyra, más por cortesía que otra cosa. Era evidente cómo se encontraba aquella mujer.

—Tengo algo para darle. Lo encontré entre las cosas de mi marido. Se supone que debo hacérselo llegar a una tal oficial Ávalos en la Argentina, pero ya estoy hasta aquí —dijo con un claro gesto de saturación— de los pedidos de Máximo, así que le ruego que lo vea y haga lo que quiera.

Miranda abrió su cartera y sacó el sobre. Se lo entregó rápidamente, casi como si el papel le quemara las manos. Luego, y sin decir más, se levantó y se fue.



Abrió los ojos y, ante la luz punzante, los cerró instintivamente. La cabeza le dolía, estaba abombada. No lograba definir dónde estaba. Lo último que le vino a la cabeza fue el recuerdo de la ambulancia. Trató de incorporarse y, enseguida, escuchó la voz conocida.

—No te muevas, Anita —dijo Verónica—. Te dieron un sedante para que descansaras.

—¿Dónde estoy? ¿Qué día es? —Tenía la sensación de haber dormido un siglo y medio.

—Relajate, estamos en el Sanatorio Santa María. Solo pasaron dos días.

—¿Dos días? —dijo sorprendida.

—Sí, pero para tu tranquilidad, estás bien —dijo Ávalos—. Digo, por si te interesa saber sobre tu estado de salud. Cuando te traíamos al hospital, te descompensaste. Tenías tres costillas rotas, una de las cuales te perforó un pulmón cuando insististe en subir por tu cuenta a la ambulancia, ¿no te acordás de nada?

—Nada... ¿Cuándo me operaron?

—Apenas llegaste, entraste a quirófano. La anestesia, el sedante que te dieron y el estrés de los últimos quince días hicieron el resto y dormiste como un lirón.

—¿Y Marcos?

—Esta bien. Lo revisaron en el hospital y yo misma me ocupé de llevarlo a su casa. Despreocupate y descansa.



Estaba agotada. Llegó a la oficina cerca de las tres de la tarde y, luego de pedir un café, se sumergió en el informe de la muerte de Emerio Beltrán. Habían interrogado a los cuatro individuos apresados en el túnel una y otra vez. Siempre repetían la misma historia: La Legión es invencible, somos más de los que ustedes creen, estamos en todos lados. «Locos de remate», pensó Verónica, y dio un sorbo a su café, cargado y dulce, a ver si recuperaba algo de lucidez para desentrañar todo ese asunto.

Recordó el momento exacto en que divisó a Matilde entre los sujetos capturados. En un principio pensó que era un error, que sus ojos le habían jugado una mala pasada. Pero al acercarse se encontró con la mujer dulce y cálida que recordaba de su infancia convertida en una criminal especializada en el arte del engaño. Durante treinta años, la mujer que decía llamarse Matilde Pavón se había hecho pasar por la fiel ama de llave de la familia Beltrán. Su objetivo: descubrir dónde se ocultaban los manuscritos salvados de la Biblioteca de Alejandría, en custodia de Centauro.

Treinta años fingiendo ser quien no se era requería de un nivel de entrenamiento y de entrega inauditos. Había ciertos fanatismos que jamás lograría entender.

Volvió a tomar la taza y la acercó a sus labios. Percibió el aroma intenso y se deleitó anticipando el sorbo que bebería. Prendió la computadora y buscó el archivo con el detalle de los documentos recuperados.

El doctor Shatz le había hecho llegar el inventario de los manuscritos alejandrinos. Abrió el documento y se emocionó al ver que había textos inéditos de Sófocles, los diálogos perdidos de Aristóteles y maravillas que también se creían perdidas de Hiparco. La humanidad completa se beneficiaba con este descubrimiento.

Los diarios del mundo anunciaban el hallazgo en el Zoológico de Buenos Aires como el descubrimiento del siglo. La prensa internacional buscaba a Ana Beltrán, heredera de Centauro y custodio de tal tesoro, para hacerle entrevistas. La historia del mundo iba a cambiar para siempre, y ella iba a estar allí para verlo. Se sintió orgullosa de ser amiga de la criminóloga. Sonrió y concentró su atención en el trabajo. Debía terminar el informe para entregarle a Alfredo antes de que llegara el fin del día de trabajo.



Francisco Pereyra tomó el sobre y vació su contenido en el escritorio de su despacho. Un *pendrive*. Cerró el artículo publicado por el *ABC* con el detalle del increíble descubrimiento en la Argentina que había estado leyendo, insertó la memoria en su computadora y esperó a que la máquina lo reconociera. En su interior había una sola carpeta. Uróboro. Pronunció el nombre en voz alta y, enseguida, se le representó la serpiente circular que devora su propia cola, la mítica criatura que simboliza la lucha eterna. Abrió la carpeta y enseguida notó que se trataba de un legajo confidencial de Interpol. ¿Cómo había conseguido esta información Zaldívar?

Sin apartar los ojos de la pantalla, levantó el teléfono y esperó a que atendieran del otro lado.

—Iñaqui —dijo—. Te necesito en mi despacho.

El hombre al que había llamado era un especialista en asuntos de la *International Police*. Esperaba que le corroborase la veracidad de los documentos que estaba por estudiar.

—Sí —dijo el especialista desde la puerta.

—¿Esto es real?

Iñaqui se acercó a la computadora y verificó los códigos ocultos en toda carpeta de Interpol que permitirían convalidar su autenticidad.

—Es auténtico. No sé cómo llegó a tus manos, pero es grueso.

—¿Grueso?

—Si tú has encontrado al famoso Uróboro, estás ante el despegue de tu carrera, amigo.

—¿Uróboro? —preguntó desconcertado el detective. Había algo que todavía no sabía y parecía fundamental en su investigación.

—Uróboro es el nombre que se le dio al más célebre espía del Vaticano. Se dice que pertenece a una logia bajo el nombre de La Legión, hace más de quince años que se le perdió el rastro. El hombre es una celebridad.

Pereyra se quedó en silencio. Uróboro era un espía papal, ¿qué tenía que ver eso con la muerte de Máximo Zaldívar? Abrió el documento y empezó a leer el perfil. Luego abrió el archivo con las fotografías del espía. Cuando el rostro apareció en la

pantalla, sintió que el aire se le escapaba del cuerpo.

Viernes

Cortó la comunicación y una sensación extraña se adueñó de su aparente seguridad. No sabía nada de Marcos. Lo había llamado varias veces a su celular pero no lograba ubicarlo. Le resultaba extraño que no la hubiera ido a visitar al hospital. Verónica le había dicho que él estaba bien. Terminó de vestirse y se distrajo con la televisión. Estaban hablando de los libros recuperados, se emocionó. Marcos y ella habían descubierto el secreto mejor guardado. Había participado del hallazgo que cambiaría el paradigma de la época. Todavía no daba crédito a los increíbles sucesos de los últimos días.

Apagó el televisor y se dispuso a abandonar el Sanatorio de Santa María. Cuando estaba por llegar a la puerta, apareció Verónica Ávalos.

—¿Venís a buscar a tu amiga, la lesionada? —bromeó, pero no obtuvo una sonrisa como respuesta. Verónica estaba muy seria e ingresaba a la habitación.

—Sentate, Ana, por favor.

Beltrán obedeció sin consultar ni quejarse. Se ubicó lentamente frente a su amiga y esperó que, ansiosa, le revelara aquello que la tenía tan consternada.

—Hace una hora recibí el llamado del detective español Francisco Pereyra, es el que está investigando...

—Sé quién es —interrumpió Ana—. ¿Qué pasó?

—Pereyra me informó que Max le dejó una carta a su mujer pidiéndole que me hicieran llegar un documento.

—¿Qué documento?

—El expediente de uno de los espías más buscados por Interpol.

—¿Interpol?, ¿espías? ¿Qué carajo pasa, Vero?

—Dejame terminar. De alguna manera, Max consiguió acceder a un archivo ultraclasificado: el expediente con la identidad de Uróboro, o como se lo llama más comúnmente, el espía del Vaticano. Uno de los hombres más escurridizos e implacables de La Legión.

—¿Un espía papal? ¿Existe tal cosa? —preguntó nerviosa. Verónica asintió.

—Máximo se hizo con un archivo ultrasecreto y dejó instrucciones para que este documento llegara a mis manos en caso de que corriera peligro. Enterado de lo ocurrido, Pereyra me lo envió hace un rato. Creo que hay algo que tenés que ver.

—¿Qué?

—La foto de Uróboro.

Ana estiró su mano y tomó la carpeta que le ofrecía la oficial. La abrió sin dilación. Luego de las últimas semanas, ya nada podía sorprenderla. Pero el rostro con el que se encontró la dejó sin habla.

—No puede ser...

—Yo tampoco lo creía, pero verificamos los datos. Interpol corroboró su autenticidad.

—Es ridículo, es un absurdo, Vero. No es posible.

—Ana...

—Llamalo, vas a ver que no es —Ana tomó nerviosa su celular e intentó marcar. Enseguida un contestador le informó que el número era inexistente.

—Ana, escúchame...

—Vamos a la casa, vamos a buscarlo, debe de haber un error —insistió. La mano que sostenía el celular seguía temblando.

—Ana, estuvimos en su casa, está vacía. Pelada, como si se hubiera mudado. Verificamos Centauro, se esfumó de ahí también.

Beltrán no lograba asimilar lo que le decían.

—Su piso en Madrid es su refugio. Hay que chequear ahí.

—Pereyra ya lo hizo. Es como si no hubiera vivido jamás en ese sitio.

—No lo creo —exclamó enojada la criminóloga—. Lo conozco, no es un criminal, me acompañó en esta búsqueda, me protegió... Aparte, si me decís que Max sabía, ¿por qué no denunciarlo y ya? ¿Cómo iba a citarlo a la lectura del testamento si era un impostor?

Ávalos le extendió una nota.

—Es la copia de la carta que Max le escribió a él. La que encontraron en la caja de seguridad. Zaldívar puso una copia en el legajo. Leela.

Ana le arrancó el papel de la mano y leyó la carta sin titubear. Sintió náuseas.

—Dejame, Verónica —dijo presa de una calma furiosa que preocupó a Ávalos—. Dejame sola, quiero estar sola.

—Como quieras, pero antes te llevo a tu casa.

Apenas terminó la frase, el celular de Ávalos vibró.

—Sí. Entiendo. Voy para allá. Era del Centro de Estudios Antropológicos. Habían robado un manuscrito.

Ana sintió que el corazón le latía más rápido.

—Te acompaño.

Y enfiló hacia el pasillo del hospital con la triste certeza de intuir qué documento faltaba.



Abordó el avión con la tranquilidad de la misión cumplida y la certeza de que era la última. Ya no haría más trabajos, estaba decidido. Era libre, aunque se sentía un miserable. Podía ir donde él quisiera, pero el único sitio al que realmente deseaba ir era donde ya no podía volver. Jamás.

Se ubicó en el asiento de primera clase del vuelo de Air France y observó su pasaporte: Agustín Riglos. Luego extrajo la carta que llevaba en el bolsillo y la abrió para leerla una vez más.

«Conozco tu secreto, Uróboro —cuando leyó esta línea la piel se le crispó, igual que en la bóveda de seguridad suiza. Continuó—: Si no querés que tu cara esté en todos los medios del mundo, vas a cuidar a Ana como a tu propia vida hasta que encuentre los manuscritos, y después vas a desaparecer. Para siempre. Si La legión la lastima, o la ponés en peligro, tu archivo personal llegará a los más importantes periodistas internacionales».

Su vida había dado un vuelco dentro del banco suizo. A partir de ese momento había entrado en lo que él consideraba un «tiempo de descuento». No fue el hecho de que Max creyera haber descubierto su verdadera identidad. Fue tener que dejar a Ana lo que lo había devastado.

Max había creído necesario protegerla, obligarlo a velar por ella amenazándolo con dar a conocer su supuesta identidad. No hubiera hecho falta, él había decidido protegerla con su vida mucho tiempo atrás.

Sintió que las pupilas le estallaban. Tosió y luego fingió acomodarse sobre el asiento. Cerró los ojos. Volvía a ser él y ya no recordaba cómo era serlo. Se sentía incómodo no teniendo que pretender parecer otra persona, se sentía fuera de eje.

Pensó en Ana. No había manera de que lo perdonara. No podía contarle la verdad, no había posibilidad de un futuro juntos. Tomó la carta y la rompió en mil pedazos, ya no quedaba nada de su último pasado. Ya no quedaba nada de Marcos Gutiérrez. Estaba muerto.



El Centro de Estudios Antropológicos estaba desbordado. No solo por el despliegue policial, producto del reciente robo, sino también por el asedio de la prensa y cientos de periodistas que querían acceder a los manuscritos recuperados. El lugar se había convertido en un destino de peregrinaje mundial. Filósofos, políticos, pensadores, escritores, investigadores, el mundo entero quería ver los antiguos escritos.

El doctor Shatz le gritaba a una recepcionista que, sin poder contenerse, se había largado a llorar. Estaba furioso, le recriminaba que hubiera dejado pasar al supuesto investigador al laboratorio de análisis. La joven, que no superaría los veinticinco años, se retraía cada vez más a medida que el antropólogo elevaba el tono.

—¡No puede entrar nadie! ¡Nadie! Por más que te digan que es el Presidente de la

Nación, no puede entrar nadie. ¿Está claro? —La joven asintió tímidamente.

Giró sobre sí mismo, con la intención de abandonar el escritorio de la recepción, cuando se topó con Ana Beltrán y la detective Ávalos.

—Por fin —dijo de mala manera—. Por acá —indicó que lo siguieran y volvió a hablar con la recepcionista—. Dame el libro de registro.

Caminaron hacia el final del pasillo, donde el investigador abrió una puerta. Ingresaron al cuarto de cámaras.

—Estas son las imágenes —dijo mientras solicitaba que les enseñaran a las mujeres presentes la grabación del robo—. Y este —agregó enseñándoles el libro de firmas— es el registro de su ingreso.

Ana se adelantó a tomar el registro.

—¿Qué manuscrito se llevó? —preguntó Ávalos.

—La Tabla Esmeralda —respondió Ana segura de su respuesta—. El manuscrito de Hermes Trismegisto —agregó luego de observar la firma y aclaración del ladrón y disimular el puñal en el pecho que sintió que le estaban clavando.

Shatz la miró absorto. ¿Cómo sabía que habían sustraído ese documento en particular? La observó entregarle la carpeta de control de ingresos y egresos a la oficial de Policía, acercarse al monitor de seguridad y ver el rostro del malhechor. Luego, sin mediar palabra, se dirigió hacia la puerta y se retiró.

Verónica la acompañó con la mirada y luego enfocó la vista en el libro de entrada. Marcos Gutiérrez se había registrado como el «Doctor Eduardo Ladislao Holmberg».



En alguna cavidad remota de su cerebro las frases que creyera inocentes de Marcos Gutiérrez, o quien quiera que en realidad fuese, empezaron a repetirse incesantemente. «No sabés todo de mí», «Los dos ocultamos quiénes somos verdaderamente», «Me gustaría poder decirte quién soy», «Quien posea la Tabla Esmeralda tendrá un enorme poder», «Ana, quiero que sepas que, pase lo que pase, te quiero».

«Pase lo que pase», repitió en voz alta sin saber por qué, y sonrió por no llorar. Se odió. Se odió por haber sucumbido nuevamente a los encantos de aquel impostor, por haber vuelto a confiar en él, por ser débil. Por bajar la guardia y creer que era posible que hubiera cambiado. ¿Cambiado? Se rio. Marcos Gutiérrez nunca había sido Marcos Gutiérrez, no existía. Era un espía, trabajaba para La Legión. Era Uróboro, la serpiente que se devora. La había usado para encontrar la Tabla Esmeralda y después, como acostumbraba, tirarla a la basura.

Aturdida, llegó a su departamento, abrió la puerta, entró, se apoyó sobre la madera lustrosa, y permitió que el peso del cuerpo devolviera la abertura a su lugar.

Luego se sentó sobre el piso, acurrucó las rodillas contra el pecho y se quedó ahí, quieta. Sin mover un músculo, obligándose a ordenar su cabeza.



El comisario Alfredo Etchegaray llegó a la alcaldía pasado el mediodía. Caminaba agitado por el corredor principal cuando divisó a la oficial Ávalos correr hacia él.

—Traté de venir cuanto antes. ¿Qué pasó?

—No sabemos, aparecieron así —respondió Verónica—. Los peritos están tomando muestras. Suponemos que usaron algún tipo de veneno.

—Esto ya no me gusta nada —resopló Etchegaray, que intentaba seguirle el paso a la mujer pese a lo agitado que estaba y a los muchos kilos de más que acarreaba—. ¿No había nadie de guardia?

—Sí, pero para cuando se dio cuenta, ya era tarde —respondió Ávalos, al tiempo que abría la puerta tras la cual se encontraban las celdas para prisioneros.

Etchegaray entró y se ubicó en el centro del recinto. Separó levemente las piernas, como si estuviera buscando equilibrio, y colocó los brazos en jarra. Observó atentamente el reclusorio. Tenía cuatro cuerpos prolijamente ubicados, uno en cada celda: la mujer y los tres hombres. Parecían dormidos.

—Que levanten hasta el último indicio —ordenó—. De acá no se va nadie hasta que me expliquen cómo mierda se mataron estos tipos si les sacamos todas sus pertenencias y acá no entró nadie.

—No hará falta —interrumpió un hombre vestido de traje y corbata que había ingresado al lugar acompañado de un grupo de tres personas—. Nosotros nos haremos cargo.

Cuando terminó de hablar, el sujeto extendió sus credenciales.

—¿Interpol? —dijo Etchegaray sorprendido.

—Soy el agente Román Benegas —los hombres se estrecharon rápidamente la mano. Benegas repitió el gesto con Verónica Ávalos—. Les agradecería su colaboración en este caso, especialmente si fueron ustedes quienes interrogaron a las víctimas —dijo refiriéndose a los cuatro cadáveres a su alrededor.

—Fui yo —respondió Ávalos—. Yo los interrogué.

—¿Por qué le interesan estos cuatro a Interpol? —quiso saber Etchegaray.

—Perteneían a una organización que hemos estado vigilando por los últimos diez años —contestó Benegas sin intención de explayarse—. ¿Respondieron a sus preguntas?

—No respondieron ninguna de mis preguntas. Pero los tres repitieron el mismo discurso. No obtuvimos nada.

—Es lo que suelen hacer. No responden ninguna pregunta y esperan a su abogado.

—Les asignamos un abogado de oficio. Nunca pidieron uno.

—Y así los encontramos —interrumpió Etchegaray, ofuscado por las muertes de cuatro detenidos bajo su custodia.

—¿Tiene grabación de las declaraciones? —quiso saber Benegas.

—Por supuesto —respondió Ávalos, que tomó su Blackberry y, tras buscar el registro de los interrogatorios en la red, los envió por correo electrónico—. En segundos recibirá los documentos, pero no le serán de mucha utilidad. Los he visto infinidad de veces, no dicen nada que sirva.

—Usted conocía a Pavón, ¿cierto? —preguntó Benegas refiriéndose a Matilde.

—Eso creía.

Capítulo XV

SENTADA frente a la ventana, podía ver la playa solitaria entre el monte Sinaí y el mar Rojo. El paisaje quitaba el aliento. El desierto infinito la rodeaba y resultaba un bálsamo a la vista. Habían pasado demasiadas cosas en su vida en los últimos meses. Había tomado las riendas de la Corporación Centauro y estaba empezando a disfrutar la mística de la empresa que su padre había amado tanto. Pero, sin lugar a dudas, la muerte de Emerio había sido el peor de los golpes. Además, estaba el vacío que se había alojado en el medio de su pecho en el preciso instante en que comprendió que Gutiérrez la había usado para acceder al secreto que custodiaba Centauro. De alguna manera, el hombre había logrado manipular a su padre y a Max para convertirse en una de las figuras más importantes, y con mayor poder, de la empresa. Pero, por otro lado, ni Emerio ni Max le habían contado sus sospechas: que Holmberg había escondido los últimos manuscritos rescatados en Alejandría y que estaban investigando dónde. Pero Gutiérrez ya lo sabía. Y desde su fingida preocupación, había estado a su lado mientras desentrañaban el misterio que Máximo había tejido. Marcos sabía qué era lo que buscaban desde el primer momento, pero participar de la búsqueda, jugando a ser otra persona, le permitía estar en el momento exacto en el que descubrieran dónde estaban los documentos. Aunque lo que realmente quería era la obra de Hermes Trismegisto. Desde el principio su único objetivo era la Tabla Esmeralda. Y la consiguió.

Las imágenes del robo al Centro de Estudios Antropológicos eran el último registro que tenían de Marcos Gutiérrez. El hombre se había esfumado, literalmente había desaparecido. Tenía orden de captura internacional, pero se lo sabía hábil. Veinticuatro horas después del robo de la tabla, estimaba Interpol, Gutiérrez había adquirido una nueva identidad, había salido del país y modificado su apariencia. Era lo que sabía hacer. Y era el mejor de todos.

Sin embargo, Ana se resistió a la historia del espía encubierto. Cuando salió del hospital, fue a su antiguo departamento; nadie lo conocía. Revolvió de punta a punta su oficina en Centauro y, más allá de papelería y documentación de trabajo legítimo, no encontró nada. No supo nada más de él. Y lo odió.

Lo odiaba por mentiroso, por haberla hecho creer otra vez en él, pero, por sobre todo, porque ella le había entregado en bandeja el secreto que su padre había custodiado hasta el último día de su vida y que le había dado muerte. No pasaba un día en que no aborreciera a Marcos Gutiérrez.

Escuchó su nombre. Volvió a la realidad. Invitada por el Gobierno Egipcio y la Unesco, esperaba en la antesala del Hotel Ritz para dar una conferencia sobre los códices recuperados.

Se incorporó lentamente y caminó hacia el estrado. Saludó, sonrió y bebió un poco de agua antes de empezar a hablar. Llevaba un traje sastre, oscuro, el pelo

recogido y un maquillaje suave. Estaba acostumbrada a participar en charlas y conferencias. Sin embargo, en aquella oportunidad, un sinsabor se había adueñado de su garganta. Cerró los ojos un segundo y dejó que la calma de su cerebro insuflara claridad a sus palabras. Empezó a hablar y su voz se deslizó cómodamente entre los oyentes.

Relató con pasión los sucesos de esos quince días de locura tras el rastro de los manuscritos perdidos que la habían llevado por Madrid, Zúrich y Buenos Aires. Se detuvo en el detalle de lo que habían encontrado: trescientos *vellums* en perfecto estado de conservación, con obras originales de Sófocles, Eratóstenes, Herodoto y varios autores desconocidos hasta el momento. Describió la bóveda subterránea que había alojado los documentos, y cuando estaba por mencionar la singularidad de una serie de escritos desconocidos de Aristóteles, algo la distrajo. Fue un segundo. A lo lejos, en el fondo del multitudinario salón, un hombre se retiraba de la sala. Las manos se le humedecieron, la boca se le secó. Tomó el vaso de agua y bebió, se sentía acalorada. Por una milésima de segundo habría jurado que era Marcos Gutiérrez. Trató de agudizar la vista, pero el hombre ya no estaba. Volvió a concentrarse en el relato y dejó que el corazón se desacelerara. Respiró, trató de relajarse y de volver a su público, que la escuchaba embelesado.

Cuando terminó la conferencia, volvió al *lobby* del hotel. Estaba agotada. La diferencia horaria, el largo vuelo y los compromisos por cumplir estaban calando en su cuerpo. Con la intención de ir directamente a su habitación, enfiló por el corredor principal hacia el ascensor. Pero cuando pasó por el mostrador de la recepción, el conserje la detuvo.

—*Madame* Beltrán —dijo en su francés elegante aunque algo acartonado—. Un caballero dejó esto para usted.

—¿Dijo quién era?

—¡Oh, sí! Por supuesto —contestó el hombre—. Un momento —agregó mientras buscaba el registro en su computadora—. Dijo que se llamaba... Eduardo. Eduardo Holmberg.

Había estado en la conferencia, no había sido su imaginación. Pálida, tomó el sobre y se alejó caminando erguida. Intentó disimular el temblor de sus piernas, la rigidez forzada de la comisura de los labios, el sudor frío que le recorrió la espalda y se alojó en la nuca, y las lágrimas contenidas en el rabillo de los ojos. Siguió caminando, lentamente abrió el sobre y extrajo la nota. En el centro del blanco immaculado, una sola palabra: «Perdón». Se le hizo un nudo en la garganta. Sus latidos se dispararon, incontenibles. Se concentró en el estallido de tristeza, en el vértigo que ocupó su cabeza y en el alma que se le escapaba, para no volver. Y recién en ese instante notó que se había olvidado de respirar.

Respiró.

Sintió que la palma de su mano se cerraba sobre el papel y lo apretaba con furia. Lo estrangulaba, lo destruía, una y otra vez, hasta reducirlo a pequeños trozos

tritutados, húmedos y calientes.
Abrió la mano y los dejó caer.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

Epílogo

AGUSTÍN Riglos estampó su firma en el último documento y, aliviado, se recostó sobre la silla tras el escritorio. Dejó que Benegas los revisara y aguardó.

—Ya está, oficialmente estás de vacaciones.

Riglos sonrió.

—Por fin. Pensé que este día no llegaría nunca.

—¿Qué pensás hacer? —quiso saber Benegas.

—Rearmar mi vida —dijo, al tiempo que se incorporaba y se disponía a salir de la oficina de la Agencia—. Hace casi quince años que dejé de ser Agustín Riglos. Tengo que reencontrarme conmigo mismo.

—Los cuatro tipos que atraparon en el zoológico aparecieron muertos. Si no fuera por todo lo que averiguaste, no tendríamos nada contra La Legión.

Agustín asintió.

—¿Y la tabla? —Se refería a la Tabla Esmeralda de Hermes Trismegisto que había entregado a Interpol para su análisis.

—Está en las mejores manos.

—Bien. ¿Qué saben de Diaco y su gente?

—Te están buscando.

Riglos dejó que una risa contenida se escapara. Sonrió y se dirigió hacia la puerta.

—Es bueno volver a verte —dijo Benegas.

—Es bueno estar de vuelta, Román —contestó Riglos, que, sin dudar, cerró la puerta tras de sí y desapareció.

Agustín Riglos caminó con cierta cadencia, casi contando los pasos que le faltaban para llegar a la puerta y salir de la Agencia. Cuando lo hizo, se deslizó hacia el exterior y, sin poder evitarlo, giró sobre sí mismo y elevó la cabeza para ver por última vez el imponente edificio central de Interpol sobre la *quai* Charles de Gaulle. Observó su reflejo en los paneles espejados que lo recubrían y notó cierta tristeza en sus ojos. Bajó la mirada y se perdió en las baldosas claras que circundaban el cuartel general. Ensimismado en sus pensamientos, avanzó hacia la calle y buscó su automóvil. Al subir, un torrente de recuerdos desfiló por su cabeza. Se abrochó el cinturón, se acomodó en la butaca de cuero y puso en marcha el motor.

El trayecto desde el *general secretariat* de Interpol y el hotel donde se alojaba no era grande. Apenas unas treinta cuadras que recorrió, a orillas del Ródano, con el único sonido de fondo que el ronronear silencioso del motor y el murmullo de sus pensamientos. Había dejado Buenos Aires hacía casi un mes y desde que puso el pie en el avión rumbo a Lyon, no había dejado de pensar en Ana. No bastaba que ella hubiera encontrado los manuscritos que Emerio Beltrán había buscado por años, ni alcanzaba haberla protegido de La Legión durante la búsqueda, siquiera que el mundo la admirara por el indescriptible descubrimiento que había realizado. Nada era suficiente para quitarse la culpa de encima. Le había mentado, la había usado y,

después, la había dejado para no volver.

Estacionó el vehículo frente al *lobby* del Hilton y le entregó las llaves a uno de los botones. Saludó con una leve inclinación de cabeza y se perdió entre el tumulto de turistas que infectaban la recepción. Buscó su tarjeta magnética de acceso y se dirigió hacia el ascensor.

Observó el reflejo en los espejos del elevador. El traje oscuro de raya diplomática disimulaba el arma que llevaba bajo el brazo izquierdo. La irregularidad bajo la tela sobria de su Ermenegildo Zegna era apenas perceptible y el único indicio de la sobaquera con el arma reglamentaria que ocultaba bajo el saco. Se acercó al reflejo. La camisa blanca e inmaculada no ocultaba la desazón de sus ojos. Inspiró profundamente y estiró el cuello. Trató de relajarse. Estaba cansado. Se le notaba en el color de la piel, en la tensión que se acumulaba en el cuello, cada vez más rígido. El habitáculo se detuvo, y Riglos descendió con la intención de entrar en su habitación y descansar. Pero no había caminado más que tres pasos cuando su celular vibró. Miró la pantalla. Era el número seguro de Benegas.

—Sí.

—Es Diaco. Tiene a Ana.

El Agente Cero no tardó más de un segundo en girar sobre sus pasos y volver al ascensor. Presionó el botón que indicaba la planta baja, tomó su Blackberry y envió un mensaje de texto. Las puertas se abrieron. No esperó a que lo hicieran del todo para salir y correr hacia la entrada del hotel. Ubicó rápidamente su vehículo, aún en espera para ser estacionado. Recogió las llaves del panel de botones y lo encendió con el mando a distancia. Cuando se ubicó en la butaca, aceleró y emprendió el camino de regreso hacia el cuartel general. Condujo a toda velocidad por la *quai* Bellevue y no reparó en la belleza del paisaje a su alrededor ni en el Ródano pacífico, casi plateado, a aquellas horas de la tarde. Dejó que el vehículo se deslizara sobre el asfalto. Sin despegar los ojos de la ruta, conectó su teléfono al altoparlante.

—Es una línea segura. Te escucho.

—Recibí el llamado de la oficial Ávalos. Beltrán llegó de Egipto ayer —Riglos recordó la conferencia sobre el descubrimiento de los códigos alejandrinos en la que Ana había disertado—. Esta mañana debían verse en las oficinas de Centauro. En cambio, se encontró con esto.

En su celular recibió un archivo que le había enviado Benegas. Lo abrió rápidamente y masculló un insulto por lo bajo.

—Agustín —interrumpió la voz del otro lado de la línea—, lo mejor es que no te involucres.

—Ya estoy involucrado, Román —respondió Riglos furioso—. Si no hubiera expuesto a Ana, nada de esto estaría pasando. Diaco me quiere a mí.

—Diaco quiere a Uróboro —corrigió Benegas.

—Es lo mismo.

El Agente Cero cortó la comunicación y emprendió viaje hacia el Aeropuerto de

Lyon Saint-Exupéry.

Agradecimientos

A Rafael Correa Luna, mi hermano, por todo y más. Por sostenerme durante el camino más difícil y por haber estado cerca, cuidándome. Siempre.

A María de Elizalde por dejarme ser quien soy. Por respetar mis silencios y decisiones, pero sobre todo por ser la madre que necesitaba, gracias.

A Carlos Correa Luna por sabio, por guía, por escucharme y aconsejarme. Por su prudencia y palabras certeras. Por las historias más fantásticas. Por su apoyo incondicional y su amor infinito.

A Lucila Correa Luna porque nuestras caminatas por Madrid dieron vida a los recorridos de esta novela. Y por ser una gran hermana, compañera y consejera. Te quiero.

A Manuel Correa Luna por estar a mi lado, infranqueable, protegiéndome. Por tus ocurrencias inauditas y tu inteligencia envidiable, por tu sentido del humor ácido que me arrancó las mejores carcajadas en el momento que más lo necesitaba.

A Eduardo Ladislao Holmberg por su literatura fantástica y su visión de futuro y porque parte de su sangre corre por mis venas.

A toda mi querida familia de Elizalde, por haber estado cerca, gracias. Especialmente a Fernán por sus palabras de aliento y a Diego y Cristina por su amor infinito. A Mili, a Agus, a Belén, a Dieguito y a Paz. Y, por supuesto, a mi hermana por elección, Victoria de Elizalde, y Javier y su lindísima familia.

A mis queridos Meyrelles, la familia de Rufino, siempre tendrán un lugar especial en mi corazón.

A mis sobrinos del alma, Nicolás, Jerónimo y Ramiro Casella; Fermín y Ro Meyrelles, no tengo palabras para agradecerles.

A mi queridísima amiga, Mariana Meyrelles, gracias, podría dedicarte un libro entero.

A mis queridos Lolo y Carlos, saben que los quiero mucho.

A mi adorado Coqui, siempre en mis pensamientos. Y a mi preferida —sepa disculpar el resto— Leila Meyrelles, gracias infinitas.

A mis amigas del alma: Victoria de Elizalde, Gabriela Castro, Eugenia Archimbal, Verónica Loitegui, Florencia Giargia, Alejandra Villafranca y Julieta Rossi Viz. Y a las nuevas compañeras de ruta, Paola Giardullo, Ale Francini, Caro Matera, Teru García Sáenz, Raquel Fevre, Mary Koennecke, Soledad Semorile e Ieu Passano, compañeras inesperadas a lo largo de una ruta insospechada. Gracias.

A Lucas Gil por la sabiduría de su silencio. Por su compañía. Gracias.

A Marcela Díaz del Zoológico de Buenos Aires por el recorrido personal que me hizo del jardín y toda la información que me brindó.

A Ana Guillot por su alegría por esta novela.

A mi agente, Analía Rossi; sin ella esto no hubiera sido posible. Y a Glenda Vieites y Ana Laura Caruso de Random House Mondadori, por darme esta

oportunidad y confiar en mí. Gracias infinitas.

A Perlita, a Coqui, a Julián y a Vito por ser los ángeles de la guarda de Rufino.

A Bayayo Correa Luna por haber visto en mí aquello que yo, todavía, no había descubierto: la pasión por la escritura.

A Diego y a Ricky, por su ayuda en un momento crítico. Gracias.

Y a la vida, porque te da sorpresas.